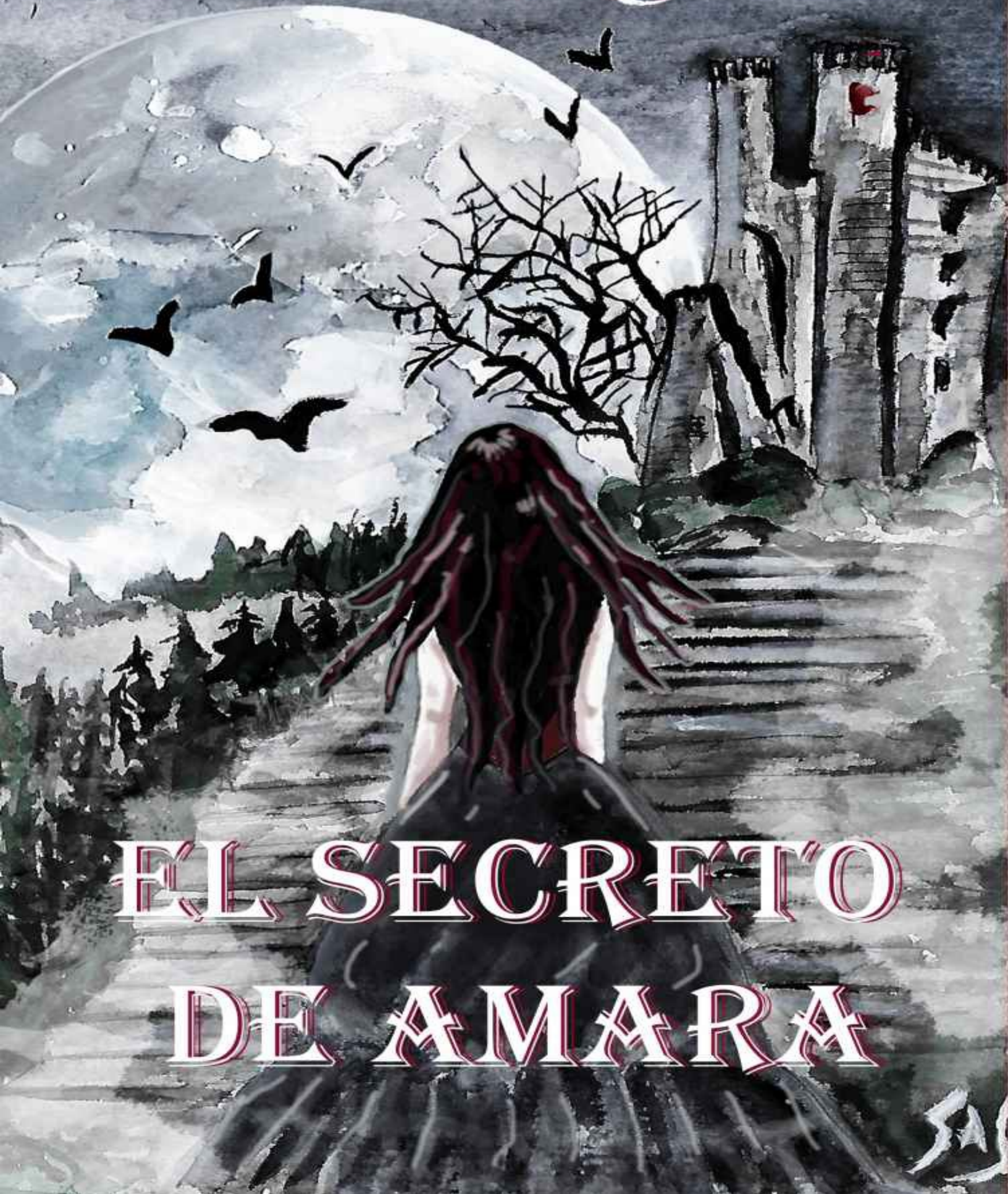


Susana Aguilera



EL SECRETO
DE AMARA

50

EL SECRETO DE AMARA

SUSANA AGUILERA

EL SECRETO DE AMARA

Copyright 2019: Susana Aguilera

Diseño portada: Susana Aguilera

Título Original: El Secreto de Amara

Libro revisado y corregido por Mercedes Buendía

Registro Propiedad Intelectual. Referencia: 09/767483.9/19

Expediente: 09-RTPI-04104.3/2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción

parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático

ISBN: XXXX

“Dedicado a mis hijos, mi inspiración siempre.”.

AGRADECIMIENTOS

Cada vez que termino un libro y siento la maravillosa sensación de haberlo logrado, me doy cuenta de toda la gente que me ha apoyado por el camino y que sin sus ánimos y ayuda jamás lo habría conseguido. Por eso quiero agradecer todo ese cariño que recibo en esta aventura que es escribir y publicar mis propios libros.

En primer lugar, agradecer a mi marido que me quiera y me aguante. A mi hija Raquel, por leer los avances de la historia cada noche y darme consejos e ideas para que mis personajes adolescentes. A mi hijo Iván por decirme cómo debe comportarse un hermano mayor, qué frases diría y cómo reaccionaría con su hermana pesada.

También quiero agradecer la ayuda de mis queridas lectoras cero: a mi sobrina Carlota por su punto de vista, a mi amiga Blanca por tener las mejores ideas del mundo para mejorar mi libro. A mi amiga Montse por estar siempre a mi lado y por la nana que me regalo para la historia. A Penélope por sus útiles consejos de medicina. A mi amiga Yolanda por ser una estupenda y exigente lectora cero. A mi amiga Kris por descubrirme el Valle Tiétar del que me enamoré enseguida. A Cecilia por regalarme su tiempo, leer el libro y darme ánimos.

Por último, quiero dar las gracias a todos los que me dais una oportunidad y leéis mis libros. A los que sois tan generosos que me ayudáis, animáis y apoyáis con la odiosa promoción. Gracias de todo corazón.

Contenido

I

II

IV

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

EPÍLOGO

NOTA AUTORA



PREFACIO

Cuenta la leyenda que en el año mil cuatrocientos ochenta y ocho de nuestro Señor, tras la conquista del reino musulmán nazarí por los Reyes Católicos, el joven Marqués de Águilas Negras regresaba victorioso a su hogar, cuando escuchó cerca del camino una hermosísima canción.

Tanto le emocionó la melodía que se bajó del caballo y buscó el origen de la música. Descubrió que la canción procedía de una muchacha que recogía flores. De tan conmovido que estaba no osó a interrumpirla y la contempló escondido entre los arbustos. La dama, ignorando que la observaban, cantaba mientras realizaba un exótico baile desplegando toda su gracia y hermosura. El Marqués quedó irremediabilmente prendado de su gran belleza, tanto que decidió retrasar su regreso a casa y conocer el hogar de la mujer que le había robado el corazón.

Según cuentan, ocultando su verdadera identidad, la del Señor de las tierras donde vivían, se presentó en la casa de la muchacha y solicitó su hospitalidad alegando que había sido asaltado y robado en el camino. Los padres de la joven, a pesar de ser unos humildes conversos, compartieron con el caballero la poca comida que tenían. El Marqués, impresionado por el buen corazón de la familia y, sobre todo por el de la doncella, que no dudó en ofrecerle consuelo y amistad, se enamoró perdidamente de ella.

Al volver a su castillo trató desesperadamente de olvidarla, porque no era apropiada para su noble cuna y nunca la aceptarían a su lado, ya que sus padres habían acordado una boda muy provechosa con la hija de un noble muy adinerado de Toledo. Pero su corazón ya había tomado la decisión por él y no pudo negarse a amarla. Se casaron en secreto sin el apoyo de ninguno de los grandes señores de la región ni de su familia, que consideraban a la dama indigna de su linaje.

A pesar del rechazo, los Marqueses se amaban tanto y eran tan dichosos que a los nueve meses tuvieron dos hijos gemelos.

Mientras tanto, Castilla y León continuaba sumida en la Reconquista y Los Reyes Católicos requirieron de los ejércitos del Marqués para conquistar Granada. El Marqués partió dejando a su amada mujer y sus hijos al cuidado de su hermano pequeño.

Granada capituló y Boabdil el Chico entregó las llaves de la ciudad a Los Reyes Católicos en el año mil cuatrocientos noventa y uno de nuestro Señor Jesucristo. Desgraciadamente, en la última batalla el Marqués fue herido de muerte y a pesar de las plegarias de su esposa, no pudo regresar con vida al hogar.

Dice la leyenda, que el hermano era un ser envidioso que avariciaba el título, por lo que aprovechó la tragedia para quedarse con las posesiones de la familia, casándose con la hermosa viuda y siendo el nuevo Marqués de Águilas Negras.

Pero esto ocurrió hace quinientos años...



I

Mi nombre es Amara que significa “Eterno”. No sé si mis padres me lo pusieron a propósito porque intuían que podría vislumbrar aquello que la gente entiende como “Eterno”. No es por hacerme la interesante, de verdad, pero desde siempre percibo cosas, como de otro lugar, o quizás de otro tiempo. No estoy segura, pero son de una vida muy lejana a

esta en la que estamos.

Seguro que a veces, a vosotros también os ocurre, es posible que a todos nos pase en momentos de soledad invadidos por las tinieblas y la oscuridad. Por ejemplo, esa vez que un escalofrío recorre vuestra columna vertebral cuando estáis leyendo por la noche solos en el salón; o unos fríos dedos que se clavan en la espalda mientras camináis deprisa por un oscuro callejón; o quizás ese aliento gélido en la cara cuando salís de la ducha y descubrís que no queda nadie más en el oscuro y frío vestuario; o el espeluznante suspiro ahogado que escuchas en el oído cuando esperáis en el vacío y sombrío andén del tren y que te hace temblar de arriba abajo. Quizás a vosotros también os ha pasado alguna vez, pero a mí me ocurre todos los días, a todas horas.

Aunque trato desesperadamente de no sentirlo, de no percibirlo, sé que está irremediablemente a mi lado, que me acompaña y me sigue allí donde voy, como una oscura maldición. Sé que debería aceptarlo porque en realidad, yo soy así, una persona cuya alma se encuentra más a gusto en el otro mundo que en este; que encaja más en la oscuridad, escondida entre sombras, que a la luz de una sociedad que no comprendo y donde todos me rechazan. Sé que debería aceptarlo, que es mi lugar, pero me aterroriza tanto...

Me han dicho una y mil veces que todo está provocado por mi perturbada fantasía, alimentada por las historias de mi familia escuchadas en la más tierna infancia. Ellos no me comprenden, para ellos es, sin duda, mi turbulenta imaginación o algo que no funciona bien en mi cerebro lo que me causa estas inquietantes sensaciones.

Pero yo sé que hay algo más, que no es solo mi cabeza desvariada, sé que es real, sin duda hay un secreto que pesa en mi corazón. Digan lo que digan los demás, sé que no estoy loca ni trastornada. En todo caso, solo soy distinta a todos ellos, lo que les atemoriza tanto que al final me rechazan y

alejan de sus vidas.

Pero no me adelanto a los acontecimientos, que parece que tengo prisa, y me gustaría contaros mi historia completa desde el principio.



Mi madre me trajo al mundo hace dieciséis años, un día triste, gris y helado de febrero, sumido en una inusual y espesa niebla, que impidió al doctor conducir su coche y llegar a tiempo para asistir al parto. La niebla fue tan densa que colapsó la ciudad porque no se veía a un palmo de distancia, los coches no podían andar y las personas se perdían de vuelta a sus hogares. El caos reinó ese día en Ávila.

Fue un día fatídico que jamás podré olvidar, aunque en realidad mi memoria de recién nacida no podía memorizar. A pesar de ello, lo he recordado cada día de mi existencia porque ese día murió mi madre mientras me daba a luz.

Yo llegué a este mundo y la perdí a ella, por lo que me he criado con la pena de su ausencia, sin el amor de una madre y con un profundo sentimiento de culpa por estar viva a costa de otra vida: la de mi propia madre. Mi pecado de nacer me es recordado cada día con el rechazo de mi padre, que siempre me ha acusado silenciosamente de ser la causa de la muerte de su amada esposa. Nunca me lo ha dicho, pero lo veo claramente en su mirada. En sus ojos tristes.

Tengo un hermano mayor, Robert, que seguramente me odia también por estar viva. Nunca ha soportado mi presencia ni comprendido por qué no me gusta jugar al fútbol ni a los videojuegos. Él, como los demás, se burla de mis fantasías y visiones, y solo se acuerda de ellas para ridiculizarme o mortificarme. Tiene dieciocho años y debe ser que entró en el pavo y le gustó

el lugar o quizás no encontró el camino de salida, porque es el tipo más ganso, atontado e insoportable que conozco. Un palo larguirucho andante y sin cerebro en su cabezota, que presume de ser un señorito y se viste y peina como un tremendo idiota engreído, con polos de marca y el pelo largo a lo niño rico.

Nos llevamos menos de un año y sin embargo somos muy distintos. Mientras a mí me gusta leer y escuchar música en mi habitación, él prefiere pavonearse con sus amigotes de aquí para allá con las motos, haciendo un ruido horrible con sus tubos de escape tuneados y la música a tope. Eso no me molesta demasiado, lo que me fastidia es que cuando está solo sin su cuadrilla, parece que se aburre y entonces decide entretenerse con la “rarita” de la casa: o sea conmigo. Entra en mi habitación y me insulta sin ningún motivo.

Normalmente consigo ignorarle, pero alguna vez logra su objetivo, sobre todo cuando menciona a mi madre, y destruye el falso equilibrio que con tanto esfuerzo he creado, y me sube un fuego por las piernas que explota lleno de congoja en mi pecho. Ciega por el tormento le grito todo tipo de improperios. En esos casos aparece mi padre disgustado y me echa un sermón sobre el comportamiento de una señorita, el saber estar y la educación que debe tener alguien como yo, que pertenece a su familia y que descende de Grandes de España. Después se gira y desaparece cabizbajo.

Así es mi padre, el actual Marqués de Águilas Negras, que nos observa siempre desde su amargura, siempre afligido porque con nuestra simple presencia rompemos su mundo distante y hermético, donde se esconde de cualquier sentimiento que le pueda herir. En algún momento debió ser un hombre atractivo: un caballero alto, bien parecido, de piel clara, ojos azules y perfil griego; pero el dolor y la tristeza oscurecieron su tez, apagaron el azul de sus ojos y encorvaron su espalda convirtiéndole en el ser patético que yo conozco.

El último de una gran estirpe que se remonta al rey Alfonso VI de

León, llamado “el Bravo”. En el siglo X, durante la conquista de Toledo, el primer Marqués de Águilas Negras fue recompensado con uno de los feudos más importantes de toda Ávila por el mismísimo Rey debido a su valor y heroicidad. Según nos ha contado nuestra abuela mil y una veces, durante generaciones, los señores marqueses siempre han servido a sus reyes con honor, sacrificando su vida con valor y orgullo. Durante todos los siglos pasados nuestra familia fue un ejemplo de prosperidad y riqueza, la envidia de los duques y condes que nos rodeaban.

Sin embargo, ahora no nos queda demasiado, los últimos marqueses fueron dilapidando siglo a siglo la herencia familiar y destruyendo el original esplendor del marquesado. En la actualidad, mi padre sólo conserva un piso en Ávila y este viejo castillo, donde estamos veraneando ahora mismo, en un pueblo perdido de la mano de Dios y encima sin cobertura.

Este verano, para sorpresa de todos, mi queridísimo progenitor ha decidido que pasemos todas las vacaciones en su casa familiar a los pies de la Sierra de Gredos; un castillo mal conservado, que ha estado cerrado los últimos treinta años y que ahora de pronto le interesa tanto como para hacernos pasar dos infernales meses sin wifi en el culo del mundo. Menos mal que me he traído descargada mi música preferida: clásicos como Evanescence y Within Temptation, y por supuesto Amorphys y Apocalyptica.

Por lo que nos contó mi padre durante el viaje, el castillo fue construido en el siglo XV y pertenece al mayorazgo de la familia desde la época de los Reyes Católicos. Por su posición dominando el valle y su proximidad al río se convirtió en un punto estratégico, y por ello gozó de mucha importancia como punto de defensa frente a los musulmanes.

Recuerdo el día que llegamos. A pesar de que era una mañana de julio, un cielo plomizo gris rodeaba el lugar y un frío inexplicable helaba mis manos y sobre todo mi corazón. A través de los cristales del coche podía

apreciar el castillo amenazante y tétrico, oprimiendo el paisaje. Hipnotizada, no podía apartar la mirada de la oscura fortaleza que se alzaba inquietante en lo alto del cerro. Podía sentirla como un ente malvado con vida propia. Me era fácil imaginar el terror que debía haber causado sobre sus enemigos en los años pasados.

Mi padre nos explicó que el castillo aún conservaba la torre del homenaje original y un [torreón](#) circular con almenas en una de las esquinas. Sus abuelos lo acondicionaron antes de la guerra civil para que pudiera ser habitado nuevamente, pero de eso ha pasado casi un siglo. El actual señor del castillo nos comenta orgulloso que aún conserva casi toda su construcción original, nos explica que se pueden apreciar las “saeteras”, que son las estrechas aberturas por las que los arqueros disparaban a cubierto. O las “ladroneras”, que eran las trampillas por las que vertían aceite hirviendo al enemigo.

Recuerdo que ese día, cuando bajé del coche, sufrí un dolor intenso que se clavó en mi cabeza; cerré los ojos y me apoyé en el capó del coche para controlar una sensación de mareo y no caer al suelo. En ese momento, una violenta imagen me vino a la cabeza, más bien era como de película antigua, en ella, sobrecogida, pude ver cómo todos aquellos hombres brutales, de otro tiempo, llenos de barro, sudor y sangre, entre gritos espantosos y desesperados se mataban a los pies de nuestro nuevo hogar.

Desde ese día he pasado muchas horas explorando la finca para intentar entretenerme, y he descubierto que está rodeada por una vieja y medio derruida muralla, aunque aún mantiene un impresionante portón con los escudos de nuestra familia: un águila con una corona y una cruz. Dentro de la muralla, a un lado de la fortificación, hay abandonado un jardín que algún familiar se afanó por cuidar en tiempos inmemoriales, y en el que ahora solo crecen malas hierbas acompañadas por tristes árboles retorcidos y setos

espinosos. Se ha convertido en uno de mis sitios preferidos porque allí siento que mi melancolía no distorsiona con el entorno. Allí me escondo de los demás a leer en un banco de piedra escondido a la sombra de la muralla.

Cruzando el jardín se llega a la vieja capilla, donde según dice una de las historias del lugar, rezaba desesperada la dama del mayorazgo cuando su marido “El Marqués” marchó a luchar con los Reyes Católicos en la Reconquista de Granada. Desde entonces, en el pueblo se conoce al mayorazgo como “el Castillo de la triste marquesa”. Un nombre que me viene como anillo al dedo.

También he explorado el castillo por dentro, y he descubierto polvorientas estancias abandonadas llenas de viejos recuerdos olvidados, impresionantes viejas y desgastadas alcobas, la cocina con los más modernos enseres del siglo dieciocho, y el gran y solemne salón de la torre del homenaje, con una chimenea de piedra ennegrecida por los años de historia. Las ventanas están cubiertas por espesas cortinas de deshilachado terciopelo oscuro para impedir el paso de la luz, y de las paredes cuelgan gruesos tapices impresionantes con las hazañas de mi familia, que me encanta observar durante horas, imaginándome que sus protagonistas me comprenden. A veces imagino que quizás en esa época de los tapices yo podría haber sido feliz...

Este lugar me provoca, por un lado, una especie de fascinación y curiosidad intensa por conocer cómo vivieron aquí mis antepasados y qué vidas asombrosas llevaron. Pero, por otro lado, desde el primer día que pisé esta tierra, una triste y profunda sensación pesa sobre mi corazón y no me abandona. Un terrible presentimiento me oprime.

Aunque seguramente esa sensación se debe a mi estado de ánimo porque, además de tener que pasar el verano en el confín del mundo civilizado sin redes, con mi padre y hermano, nos hemos venido de vacaciones con la institutriz. Parece que no tenemos derecho a disfrutar de un descanso completo

y debemos dar odiosas clases de inglés todo el verano.

Mi padre, tras la muerte de mi madre, pensó que unos niños tan pequeños necesitaban de una presencia femenina, por lo que nos buscó una institutriz inglesa, que por lo visto estaba muy bien preparada, tenía una gran formación y una educación intachable. Solo que es demasiado “tiesa” para mi gusto...

No puedo negar que es una mujer muy bella y elegante a pesar de tener más de cuarenta años. Su rostro no es agradable a pesar de sus grandes ojos azules y rasgos simétricos, quizás por esa expresión de amargada que siempre lo deforma. Siempre va con el pelo rubio peinado en un moño sobrio y tirante hasta el imposible. Fría y seca como los árboles del viejo jardín. Jane, que así se llama, controla inquisitivamente nuestras tareas, comportamientos y movimientos. Y yo creo que está especialmente obsesionada conmigo, porque no para de seguirme con la mirada todo el tiempo cuando piensa que no me doy cuenta. Estoy segura que es una persona torturada por una culpa del pasado que la persigue.

Ella es un misterio para mí porque creo que sí sabe que siento cosas distintas a los demás, ya que cuando tengo alguna crisis ella está siempre cerca vigilándome. Es una mujer extraña porque, aunque lleva años a mi lado, nunca me ha mostrado cariño, salvo una vez que pensó que estaba dormida y me dio un beso; juraría que susurró algo así como “eres igualita a tu madre”, aunque quizás simplemente lo soñé, porque no me la imagino sintiendo ningún afecto hacia mí.

Al revés, siempre me recrimina cualquier cosa que haga. Estoy convencida de que no soporta mi forma de ser, no le gusta que sea especial. No tolera mis miedos, no los soporta, la enfadan sobremanera, lo sé, porque cuando me quejo de estar en un sitio como éste donde percibo más, como en esta maldita casa, me mira con algo así como con lastima y la única palabra

que obtengo de ella es “acéptalo”.

¡Aceptarlo! ¿Cómo aceptar lo que me ocurre? ¿Cómo aceptar un terror que me congela el alma y me hiela la sangre en las venas?

Desde que llegamos a esta casa tengo muchas sensaciones extrañas y me ocurren cosas raras, muchas más de las que habitualmente siento en Ávila. Por ejemplo, un día miré hacia la torre y, sorprendida, vi una niña asomada en una de las estrechas ventanas. Se lo comenté a mi padre, pero cuando él miró ya no estaba. Además, me dijo que eso era totalmente imposible puesto que la casa lleva cerrada treinta años a cal y canto.

Todas las noches duermo intranquila, asaltada por todo tipo de pesadillas que luego no recuerdo bien. Una noche me desperté asustada en una cama extraña, grande y con bisel; en una habitación de otro tiempo con grandes muebles de pesada madera noble que me cuesta reconocer invadida por las penumbras. Era la del castillo; por fin recordó mi aturdida mente. Ya no podía dormir, por lo que me levanté de la cama para ir al baño, pero al pasar por delante del espejo antiguo de la habitación, uno de esos que no reflejan bien porque está deteriorado por los bordes, lo que vi, en lugar de mi pelo negro y mis ojos oscuros, fueron unos ojos verdes rasgados y tristes. No pude ver más, porque del grito que pegué llegaron todos en pijama a mi habitación preguntándose qué había ocurrido. Por supuesto, ninguno me creyó y desde entonces tengo el espejo tapado con una manta.

Pero da igual lo que piensen los demás porque yo sé que están aquí; les escucho por los pasillos, en el eco del viento, en los crujidos de las viejas vigas de madera, en el silbido del aire escapando por las rendijas; les veo en los reflejos de los cristales, en la luz del sol en el salón, en el agua de las fuentes. No entiendo bien ni qué me dicen, ni qué me muestran, pero sé que están ahí, a mi alrededor, en esta maldita casa embrujada. Durante estas dos semanas que llevamos he tenido más visiones que en un año completo en la

ciudad. Me pregunto cuál es el motivo de que en este lugar sea tan sensible. Quizás es porque esta casa es de mi familia y ellos podrían ser mis antepasados...

Por supuesto nadie me cree y si digo algo me miran con cara de pena pensando que ya estoy loca de remate. El día del espejo mi padre llamó al doctor, que le dijo que era un problema nervioso causado por las hormonas de la adolescencia, y me mandó unos ansiolíticos. Por eso mejor callo y paso los días aterrada esperando el momento en el que les vuelva a sentir; que nuevamente me envuelvan con su gélido hálito, como ahora mismo, junto a mí, en mi propia cama...

Lo noto, a pesar de ser verano, la temperatura ha bajado tanto que mi respiración se convierte en vaho y el aire se ha hecho denso, extraño, como viciado. Un aliento frío y húmedo se cuela serpenteando por mi cuello hasta clavarse en lo más profundo de mis huesos. Tiemblo de terror y mi corazón cabalga como loco de pánico en mi pecho. A pesar de haberme refugiado y escondido mi cabeza entre las sábanas, lo percibo; gélido y oscuro. Noto sus dedos puntiagudos arañando levemente mi piel que se eriza crispada por el terror. Aprieto los ojos llevada por el pánico, quizás si no me muevo dejaré de notarlo. Pero no, continúo sintiéndolo, algo plumizo, helado y denso me envuelve aprisionando mi cuerpo contra mi cama y cortándome el aliento. El pavor me invade y me impide respirar con normalidad. Me armo de valor y digo desesperada:

—Vete... — suplico aterrada, sintiendo como una gota de sudor resbala por mi frente bajo la sábana. — Por favor... — repito, y entonces me parece escuchar un ahogado y lejano “no” —. No quiero que estés aquí. ¡Márchate! — grito sin saber de dónde he sacado tanta valentía.

Entonces escucho con claridad una voz suave y aniñada decir:

—Ayúdame.

—¡Nooo! ¡Vete! — Respondo ronca con desesperación.

—Por favor...

—¡¡¡Vete!!! — grito histérica.

Mi corazón late a mil y la sangre se congela en mis venas. ¿Lo he escuchado? ¿Será de verdad o me lo imaginé? ¿Será lo que dicen todos y mi mente está perturbada? O simplemente es el miedo que me hace imaginarme cosas.

Angustiada, aprieto los ojos cerrados y me encojo más bajo las sábanas. Me quedo quieta, inmóvil, concentrada en un único pensamiento: no ha ocurrido, no hay nada, no existe. No hay nada, no hay nada, no hay nada... Tras un tiempo interminable temblando descontroladamente, tratando de escuchar sin querer hacerlo y esforzándome por determinar qué es cada sonido, decido que ya no oigo nada sobrenatural y que la presencia se ha marchado. Ya no la siento a mi lado. Me armo de valor y salgo de las finas sábanas que me protegían de ser arrastrada a los infiernos, y es entonces cuando, a la luz de la luna, distingo una figura esbelta, delicada, etérea y translúcida que se desintegra desapareciendo en la pared de mi habitación.

Esta vez no siento miedo sino una fascinación profunda por ese ser tan asombroso que pude ver solo unos segundos. Su cuerpo brillaba como si estuviera formado por miles de brillantes reflejando la luz de la luna. Su pelo sedoso y delicado flotaba en el espacio como si tuviera vida propia y no existiera la gravedad. Sus movimientos eran sutiles, delicados y refinados. No llegué a verla bien, pero diría que se trataba de una niña.

¡Dios Santo! Pero ¿era real? Lo juraría, pero sé que no puede ser posible. No debe ser posible. Otras veces había visto cosas, pero jamás con tanta claridad. Sin duda es una aparición, un alma perdida, un espíritu. ¿De verdad que lo he visto? O estaré soñando. ¿Será esto otra pesadilla? Ni yo

misma me lo creo. Por supuesto no puedo contárselo a nadie, porque nadie me va a creer.



II

No pego ojo en toda la noche dando vueltas a la visión que tuve ayer. Pero ¿fue de verdad? ¿Y quién era? Seguramente un antepasado mío. ¿Tan joven? ¡Una niña! En realidad, cuando la vi no me produjo miedo, sino una gran curiosidad. Necesito saber más de ella, descubrir quién fue, qué le pasó, por qué continúa aquí en el castillo. Tengo que investigar.

Me hago una cola de caballo, me pongo los vaqueros cortos y, tras oler mi camiseta preferida con una Catrina mejicana y decidir que no huele horrorosamente mal y es pasable, me la pongo por tercer día consecutivo. Bajo a desayunar al comedor, donde me espera mi familia y la institutriz. En otro tiempo el Marqués era atendido por más de cincuenta criados que se encargaban del mantenimiento del castillo, las cuadras, los jardines y la huerta. Hoy en día mi padre consigue malamente pagar al viejo matrimonio formado por Antonio y la señora Berna, que se encargan de cuidar la casa cerrada, y ahora que hemos venido, hacernos las comidas y servirnoslas en la gran mesa de caoba, como si aún fuéramos una familia pudiente. Lo que me parece una gran ridiculez. Yo preferiría comer en la cocina como todo el mundo hace.

Me siento en mi sitio al lado de mi hermano, y mientras la señora Berna me sirve el café, observo a mi padre, preguntándome si él conocerá bien la historia de su familia. A lo largo de mi vida me han contado muchas anécdotas y cuentos, pero siempre he pensado que eran más inventados que verídicos. Me armo de valor y decido preguntarle sin andarme con rodeos temiendo la reacción de mi hermano:

— Papá, ¿tú conoces la historia de la familia?

— Algo...

— ¿Y sabes si murió una niña? — Berna derrama el café de mi taza cuando hago la pregunta, seguramente la he asustado.

—Perdone, señorita —se disculpa la pobre señora Berna mientras limpia el café.

— ¡Ya empieza la loca! — me acusa mi hermano.

— ¿Cómo que murió? — me pregunta mi padre asombrado.

— Ehhh... — me doy cuenta de que he sido demasiado directa e

intento arreglarlo—. Quería decir, si sabes de alguna leyenda sobre una niña que se hubiese criado en la casa... — no sé cómo arreglarlo sin levantar sospechas.

— ¿Quieres conocer las leyendas familiares? — me pregunta mi padre salvando la situación.

— Sí... Me parece interesante... Así me entretengo— se me ocurre decir.

— ¡Pues vete a la piscina municipal como todas las personas normales! — me increpa Robert —. Esta niña es “rarita” hasta para divertirse.

— ¡Calla so tonto! — le grito, harta de que siempre esté con lo mismo.

— ¡Chicos! — nos fulmina con sus ojos azules Jane.

—Si quieres conocer cosas de la familia — continúa mi padre, como si no hubiera pasado nada — en la biblioteca podrás encontrar documentación de distintos tipos; desde manuscritos, diarios antiguos, registros, diplomas, cartas...

— ¡Qué bien! — promete la biblioteca.

No he hurgado demasiado en ella estos días. Sí que he cogido un par de libros para leer, pero de colecciones de clásicos. Hasta ahora no me han interesado nada los documentos familiares, aunque sé exactamente en qué parte se encuentran; en unos armarios de madera oscura al fondo de la sala.

—Hay muchísimos papelotes viejos. No sé qué estás buscando, pero te puede llevar todo el verano encontrarlo.

—Tengo tiempo de sobra — contesto muy animada, lo que sorprende a todos.

Me meto el resto de la magdalena en la boca y trago la bola con dificultad para levantarme con ímpetu y salir corriendo hacia mi nueva tarea: descubrir la identidad de la misteriosa visita que tuve anoche. Mientras corro

por el pasillo escucho la llamada disgustada de Jane, que ignoro complacida subiendo el volumen del temazo “House of the Silen” de Charon, que estoy escuchando.

La biblioteca es una gran sala de techo alto, que aún conserva todas las estanterías de vieja madera carcomida repletas de todo tipo de libros acumulados por mis antepasados. Los libros recubren prácticamente todas las paredes salvo la zona del fondo, donde me ha dicho mi padre que se acumulan todos los documentos familiares en pesadas librerías. Realmente aquí hay un gran tesoro del conocimiento para quien lo valore. No es un sitio muy agradable para estar, incluso en verano, porque da al ala norte de la casa y nunca recibe sol directo. Además, el frío de Gredos se cuela por las ventanas, que cierran mal, haciendo la estancia más inhóspita y lúgubre si es posible.

Me acerco a la ventana para ver la luz del jardín y armarme de fuerzas antes de sumergirme en la penumbra del fondo, cuando observo a Antonio encorvado limpiando algo en el jardín. Ese hombre es un viejo huraño que nos mira mal desde que llegamos a la casa. No le hace ninguna gracia que hayamos regresado. El otro día le sorprendí santiguándose cuando pasé frente a él. Ni que hubiera visto un demonio, aunque, pensándolo bien, para él somos una invasión de extraños poco deseada. Debe vivir tan tranquilo en el pueblo y de vez en cuando pasarse por el castillo para ver si está todo en orden, y de pronto venimos “los señoritos” a complicarle la existencia. No me extraña que siempre esté enfadado y nos mire de esa manera. Su mujer, la señora Berna, parece más amable, pero es muy miedosa. Siempre la veo asustada, intranquila y se sobresalta con todo.

Se evaporan mis pensamientos de golpe cuando aparece al lado de Antonio un chaval que nunca había visto antes. Viene empujando una carretilla llena de arbustos secos y hace caso a las indicaciones del viejo. ¿Quién será? El chico debe tener unos veinte años, más o menos, porque parece mayor que

Robert y es más alto. Aunque no puedo apreciarlo bien parece agradable a la vista. Bromea con el viejo y ríe a carcajadas, lo que le hace atractivo.

Pero ¿éste quién es? Pienso sorprendida, sin quitar ojo al muchacho; me quedo como embobada observando cada movimiento mientras arranca arbustos secos y plantas muertas para llenar hasta arriba la carretilla. De pronto el chico mira hacia la ventana desde donde le espío y me aparto alarmada con el corazón a mil por hora preguntándome si me habrá pillado.

Compruebo en el reloj que son casi las diez de la mañana. ¡No puede ser! He perdido casi una hora escudriñando al chaval, que es un buen mozo, pero realmente Amara, tienes cosas más importantes que hacer, me reprocho a mí misma alejándome de la ventana e internándome en la parte más oscura y sombría de la biblioteca.

Llego hasta los armarios e intento abrir la puerta de primeras sin conseguirlo. Está atrancada. ¡Vaya por Dios! Tiro con todas mis fuerzas, apoyando uno de mis pies en el armario y llevando el cuerpo hacia atrás, dando tirones como una loca. De pronto la puerta cede y se abre de golpe, provocando que yo salga despedida y caiga contra el suelo golpeándome con fuerza en la cabeza.

¡Jolín! ¡Qué daño! Me toco la cabeza y me palpita donde me he dado el golpe. Estoy mareada y no tengo fuerzas para incorporarme. Todo se nubla a mi alrededor, cierro los ojos confusa y cuando los abro el ambiente ha cambiado: estoy en la biblioteca, pero todo es distinto, está muy oscuro y tengo mucho frío. Miro por la ventana y me parece que está nevando. ¿Cómo es posible? Quizás me lo he imaginado porque no soy capaz de ver bien, veo como con niebla, abro y cierro los ojos para intentar enfocar, pero la imagen no es nítida. Ya ni siquiera veo la ventana donde nevaba. De pronto siento una pena muy grande, un sentimiento tremendo que oprime mi corazón tanto que no puedo respirar. Estoy desesperada. Estoy aterrada. Sin poder reaccionar miro

a mi alrededor con pavor. Lo siento, un desconsuelo profundo me envuelve. Escucho unos pasos que se acercan e instintivamente me oculto. Pero la curiosidad puede más que mi miedo y me arrastro detrás de una mesa para observar sin que me vean.

Se acerca a mí una mujer muy hermosa, que no he visto en mi vida, con un pelo moreno largo, suelto y una especie de diadema de piedras en la frente. Lleva un vestido de terciopelo azul con falda larga y mangas anchas adornadas con bordados dorados. Qué extraño, parece que va disfrazada de dama medieval. Me pregunto de dónde habrá salido. Se acerca hasta donde yo estoy y la puedo contemplar más de cerca: es bellísima, de tez morena y grandes ojos verdes rasgados. Parece muy triste. Entonces se gira y habla con alguien que no veo. Se desespera, llora y le suplica postrándose a sus pies. Noto su angustia en mi propio ser. Está aterrada, teme, pero no por ella, sino por otras personas a las que ama mucho. ¡Teme por sus vidas! Lo sé. Pero ¿cómo? Estiro el cuello al máximo, pero no logro ver con quién habla. Entonces, la otra persona se marcha y ella llora desconsoladamente arrodillada en el suelo.

De pronto, comienza a dolerme la cabeza muy fuerte, todo da vueltas, mi visión se nubla y pierdo el conocimiento. Cuando despierto no hay ni rastro de la extraña mujer ni de su acompañante. La biblioteca vuelve a ser la misma y es nuevamente verano. ¿Habrá sido un sueño? Me he golpeado la cabeza y he soñado con ellos. Pero ¿con quiénes?

Miro alrededor y observo afligida todos los papeles que han quedado desperdigados por la estancia. Hay libros, carpetas, cuadernos, pliegos, un sinfín de documentos que revisar y clasificar. Como dice mi padre esto me llevará todo el verano. En fin, no me queda más remedio que comenzar por alguno, pienso tomando entre mis manos un viejo pergamino agrietado que se encuentra a mi lado. Comienzo a leer:

Señora mía,

escribo antes de la batalla para declararos una vez más los profundos y conmovedores sentimientos que proceso por vos.

Amada mía, vuestro rostro es la imagen que atesoro en mi corazón cuando mi espada se cruza con la de mi enemigo. Solo le pido a nuestro Dios, el verdadero, que me permita vivir para volver a sentir la dulzura de vuestros labios y el palpitar de vuestro corazón junto al mío.

Rezo cada noche para volver con mi familia.

Os quiere vuestro amante esposo,

Rodrigo Sancho Eugenio Moreno de Villar

Marqués de Águilas Negras

Granada, MCDXCI

Me conmueve este antepasado mío y el amor tan profundo que procesaba por su esposa, tanto que decido que el mil cuatrocientos noventa y uno es una buena fecha para comenzar mis investigaciones. ¿No fue en el noventa y dos cuando se descubrió América? Y cuando se rindió Granada. Lo he dado este año en historia en el insti. Quizás la batalla del escrito fue la que

ganaron los Reyes Católicos antes de las dichas Capitulaciones de Granada, que me tocó aprenderme de memoria este invierno.

Le saco una foto con el móvil a la carta y reviso pacientemente los documentos del armario durante el resto de la mañana. No veo ninguno que me llame la atención especialmente. Nada sobre niñas muertas o asesinadas. Aunque me quedan otros nueve armarios por mirar, pero por hoy me doy por satisfecha, pienso mientras escucho mis tripas quejarse de hambre.

No sé si esta carta tiene relación con la niña que busco, pero mi intuición me dice que así es, y aunque no fuese, me parece preciosa. Así es como yo me imagino que debe ser el amor verdadero, como el que le procesaba ese Marqués de Águilas Negras a su amada. ¿Me querrá alguna vez alguien de ese modo?, me pregunto triste.

Veo a mi padre hablando con dos guardias civiles en el porche. Me pregunto de qué hablarán. Espero pacientemente a que terminen su conversación y mientras lo hago observo a mi padre. Parece que hoy tiene un buen día porque no le veo con tanto pesar como otras veces. Mi padre, Don Ángel Martín de Villas Grandes, es un hombre de complexión fuerte, bastante alto para su generación pero que denota debilidad a pesar de su estatura. Quizás es por su apenada mirada, o por sus hombros caídos y curvada espalda. Me pregunto si de joven, cuando mi madre aún vivía, su aspecto sería igual de frágil. Quizás en otro tiempo, cuando estaba enamorado, era un verdadero caballero andante, arrogante y soberbio que cortejó románticamente a su dama defendiéndola de todos los peligros. Salvo de mí...

Aparto con la mano los oscuros pensamientos que amargan mi corazón y me dirijo hacia él.

—Hola Papá, ¿qué querían?

—Por lo visto desapareció hace unos meses un chico en el valle. Salió

en las noticias. ¿No te acuerdas?

—No presté atención.

—Pues han encontrado su mochila cerca de aquí; las tormentas de la semana pasada la han desenterrado.

—¿Cerca del castillo?

—Sí, y querían saber si habíamos visto u observado algo fuera de lo común. Pero le he dicho que solo llevamos un par de semanas en la finca y no hemos visto nada que no sea normal.

—Oye papá — le digo, cambiando el tema porque no me interesa mucho la desaparición de un chico más. — Encontré una carta muy curiosa que data del mil cuatrocientos noventa y algo, y me gustaría saber a quién perteneció.

— Ummm — me contesta sin hacerme mucho caso porque continúa mirando el cartel con la foto del chaval desaparecido.

—Oye papá, ¿sabes si existe algún registro eclesiástico de nacimientos y muertes?

— Ummm...

— Normalmente la Iglesia registra esas cosas, ¿no? — le pido impaciente porque me parece que mi padre pasa de mí.

— Ah... En la capilla hay un libro donde pueden estar registrados esos datos. Sé que cuando me bautizaron anotaron la fecha en ese libro.

— ¿Y no tendrás la llave de la capilla? Me parece que estaba cerrada.

— Pues no. Se la pediré a Antonio, que seguro que él sabe dónde está. De todos modos, hija, ten cuidado, la capilla no está en muy buen estado.

— Vale...

Entonces, pasa Antonio con el muchacho y yo no pierdo la oportunidad

de preguntar sobre él a mi padre:

— ¿Quién es ese? — suelto sonrojándome.

— Es el sobrino de Antonio; ha venido unos días por vacaciones y ayuda a su tío a arreglar el jardín.

— ¿Quieres recuperar el jardín?

— Pues me gustaría... A tu abuela le encantaba antes de... ya sabes... Pasó muchas horas plantando rosas que luego dejamos morir. Ahora el jardín es un lugar decrepito y desolado.

— Ahh...— e intento imaginar a mi abuela, la gran marquesa, agachada y con las manos sucias de tierra y de verdad que no puedo.

— Pero he pensado recuperar la vieja piscina. Sacar toda la basura que hemos ido volcando en ella y ponerla en funcionamiento este verano.

— Estupendo... — contesto sin dejar de observar cómo se acercan Antonio y su sobrino.

— Cuando éramos chicos, a tus tíos y a mí nos encantaba. Luego pasó lo del accidente y se abandonó como el resto de la casa...— el horrible accidente que nadie quiere recordar.

—Hola Don Ángel, señorita Amara — nos saluda Antonio con su expresión esquivada de siempre. — Le presento a mi sobrino, Pablo — dice mientras el chico se acerca a mí y me planta un beso en cada mejilla.

Yo me quedo callada, sin poder levantar los ojos del suelo, roja como un tomate, sin saber qué hacer o qué decir, y al final, tras mucho esfuerzo por sobreponerme, voy y suelto un:

—Pues muy bien.



III

Pues muy bien... ¡Pues muy bien! Pero ¿qué clase de saludo es ese? ¿Es que en el colegio de monjas al que voy no me han enseñado a hablar? Parezco “mongel” como dice mi hermano. ¿Qué habrá pensado ese chico de mí? Ya se habrá enterado de lo que dicen por ahí; que soy rarita, y mi actitud le habrá confirmado que estoy mal de la cabeza. ¡De verdad que soy

una idiota total!

Hoy, como hace bastante solecito y mi padre parece de buen humor, decide que comamos en una mesa que han improvisado en el porche. Hace un día agradable para estar al aire libre porque los árboles dan sombra y una pequeña brisa acompaña la mañana. Pero a mí me fastidia sobremanera que mi padre pretenda que la comida sea un buen rato porque para mí solo es una obligación más, bastante desagradable, que quisiera pasar lo antes posible. Porque, ¿cómo puede ser grato estar en la misma mesa con el tontorrón de mi hermano, la estirada de Jane y el mustio de mi padre? Solo quiero tragarme todo lo antes posible y salir pitando de aquí.

Encima hoy nos sirve la comida Pablo, y yo me pongo tan nerviosa que tiro el gazpacho ensuciando el mantel blanco. Trato de arreglarlo con mi servilleta, pero solo consigo que quede todo hecho un Cristo.

—Si es que esta niña no sabe ni comer...— me hostiga mi hermano.

—¡Calla! — le respondo enfadada.

—Da mucho asquito estar a su lado. — le fulmino con la mirada.

Deseo con toda mi alma matar a mi hermano, sobre todo cuando vuelve Pablo con el segundo plato y Robert continúa metiéndose conmigo. Esto es infernal. ¿A santo de qué nos tienen que servir? Somos los aristócratas más decadentes y acabados que conozco. Me avergüenza esta pantomima ridícula que mi padre se obsesiona por interpretar cada día. ¿Y no podrá tragarse de una vez la lengua mi queridísimo hermanito? De verdad que me estoy conteniendo para no estrangularle ahora mismo. Pero lo que hago es pegarle un pellizco, de los de las abuelas, por debajo de la mesa.

—¡Serás idiota! — grita mientras pega un salto en su silla, golpeando la mesa con las rodillas y derramando también su gazpacho.

—Te avisé...— le susurro.

—¡Amara! Por favor, compórtate como una señorita — me regaña Jane injustamente porque ha empezado la pelea mi hermano.

Veo por el rabillo del ojo que a Pablo esta situación le hace gracia porque se ríe disimulando. Seguro que ahora irá a sus amigos del pueblo a contarles cómo somos de tontos los “marquesitos”. De verdad que me parece tan ridículo todo. Es aparentar lo que ya no se tiene. Mi padre solo recibe un salario de funcionario trabajando en la administración. Tanto título de marqués y no le sirve de nada. Pero eso sí, este castillo ruinoso es suyo por nacimiento y debe conservarlo, como las otras chorradas.

— Venga chicos, hoy es un día importante y debemos estar felices — dice mi padre sorprendiéndonos a todos —. Hoy empieza el regreso a lo que fuimos. Dentro de poco seremos nuevamente importantes y tendremos dinero. Podremos recuperar este lugar; devolverle su esplendor.

Pues como no haya soñado con el número de la lotería no sé cómo vamos a conseguir dinero para volver a ser importantes. Además, ¿quién quiere ser importante? No sé qué mosca le ha picado a mi padre, pero es verdad que se le ve más feliz que habitualmente. Otro misterio...

Por fin nos dejan levantarnos de la mesa y yo corro a esconderme de todos, pero sobre todo de ese chico nuevo. Paseo distraída por el castillo, observando los retratos de los ajados cuadros de mis antepasados en la escalera; recorriendo los largos y oscuros pasillos llenos de puertas cerradas, que a saber qué misterios ocultan. Cotilleo cada rincón con la esperanza de encontrar algo especial con lo que entretener mi cabeza y olvidarme del dichoso chaval; pero me temo que solo encuentro polvo y telarañas. La señora Berna no se esfuerza demasiado en mantener limpio este decadente lugar. No me extraña.

Entonces se me viene a la cabeza un tapiz del salón donde se representa una batalla de esas medievales. Quizás tenga algo que ver con mi

descubrimiento. El tapiz en cuestión está muy mal conservado y ha perdido los colores por lo que tiene un tono oscuro uniforme que no deja apreciar bien la escena desde lejos. Me acerco y lo toco con devoción sintiendo algo así como una leve descarga eléctrica, debe ser la energía estática de la lana. Conteniendo la respiración, recorro lentamente con las yemas de mis dedos el dibujo donde se distinguen dos ejércitos enfrentados en un campo de batalla. Uno lleva banderas con una luna blanca en un fondo rojo y otro una cruz roja en un fondo blanco. Claramente son musulmanes contra cristianos. Los dos ejércitos enfrentados tienen hileras de caballeros montados en caballos, ambos llevan picas y escudos. Pero los cristianos llevan armadura y los musulmanes turbantes. Me parece a mí que estaban en desventaja clara con solo sus turbantes, ¿no?

Poso nuevamente mis dos manos en el tapiz y esta vez noto la sacudida más fuerte. Estoy tan cerca, que huelo intensamente a polvo y tierra seca. De pronto el ambiente se vuelve opresivo y nuevamente todo comienza a girar alrededor. Caigo al suelo sobre mis rodillas confusa y me cojo la cabeza con las manos. ¡Todo gira demasiado rápido! Intento mantener la calma y no sufrir un ataque de ansiedad. Respiro profundamente. Con los ojos aún cerrados escucho el repiqueo de una campana lejana de iglesia: ¿de dónde sale ese sonido? Abro los ojos sorprendida, y en ese momento, ante mi asombro, del suelo se levanta una nube de arena que me envuelve. Me duele mucho la cabeza, me mareo de nuevo cayendo contra las baldosas, donde trato de dar sentido a lo que me está ocurriendo. Levanto la vista y ya no estoy en el salón, me encuentro al aire libre porque veo el cielo sobre mí, pero continúo rodeada de una nube de polvo que me dificulta ver más allá, aunque aún escucho la campana acompañada de miles de gritos, relinchos y metales golpeando.

Estoy aterrada, el polvo se levanta y conmocionada logro ver lo que me rodea. Horrorizada descubro que me encuentro en medio de una batalla

donde se están matando... ¿moros y cristianos? No puede ser, pero es tan real... Soy capaz de oler el sudor, la suciedad y la mugre de los combatientes. Los estandartes ondean al viento, resuenan tambores y trompetas, se escuchan gritos, insultos, llantos y aullidos. Por todos sitios blanden las espadas, aplastan huesos las mazas, las lanzas atraviesan cuerpos y chocan los escudos.

Espantada observo la batalla que se desarrolla alrededor. Esto... esto no puede ser real. Debo estar soñando nuevamente. Pero lo siento tan verídico, tan vívido. Es horrible ver cómo se matan cegados por la violencia. La sangre mancha el suelo, los cuerpos se acumulan y los caballos los pisotean. Esto es una pesadilla.

¡Dios! ¿Qué hago aquí? ¡Sea un sueño o no, tengo que salir de aquí! No soporto lo que veo a mi alrededor. Me arrastro como puedo para intentar alejarme de allí esquivando asustada a los muertos y heridos que se amontonan en el suelo.

— Zagala, ¿qué haces aquí medio desnuda?

Me grita un caballero desde su armadura mientras me agarra y me sube a su montura. ¿Desnuda? Si voy en pantalón corto, atino a pensar.

El caballero me deja a un lado de la batalla y se vuelve para continuar con la lucha. Sorprendida veo nuestro emblema familiar en su escudo. ¿Será el tal Rodrigo? Sin duda estoy en una batalla de moros contra cristianos. Pero ¿en cuál? Todavía con las piernas temblando por el miedo, trepo por una gran piedra para poder ver mejor lo que ocurre. Parece que los cristianos han rodeado a los musulmanes. Aunque de pronto, desde las filas de los de la luna salen volando flechas mortales que acribillan a los de las cruces.

Busco al caballero que me ha ayudado y le veo herido por una de las flechas batiéndose con uno que lleva un gran turbante y una capa. Dios mío, está en desventaja. Soy testigo de cómo detiene cada ataque a pesar de su

herida y finalmente consigue vencer a su enemigo. Pero cae al suelo inconsciente. ¿Estará muerto? La batalla continúa a favor de los cristianos que logran que los moros se retiren. Estoy preocupada por el caballero que me ayudó. Por fin le recogen los soldados y se lo llevan a rastras. ¿Eso significa que está vivo?

Entonces alguien me agarra y me zarandea. Yo espantada trato de librarme, resistiéndome, pero me agarran y sacuden. ¡Dejarme! ¡Dejarme! Me resisto con todas mis fuerzas. Abro los ojos y veo el rostro preocupado de Pablo sobre mi cara. ¡Dios mío! Era un sueño... Pero parecía tan real.

—¡Suéltame! — le grito aún asustada y desorientada intentando huir. —pero Pablo intenta nuevamente calmarme. Mi cara debe parecer un tomate. Me zafó e intento levantarme.

— Yo que tú mejor me quedaba tumbada y tranquila. Te levantaré las piernas por si acaso. — me dice cogiéndome de las piernas lo que provoca en mí un rechazo violento mientras muero de vergüenza.

— Estoy bien... de verdad. Quiero irme... — Le insisto intentando escapar de nuevo. Pero no me deja.

— Yo diría que no estás tan bien; has tenido un desvanecimiento. Deberías tranquilizarte y esperar un rato a ver si se te ha pasado.

— ¡Ni que fueras médico! — le contesto de malas maneras enfadada porque no me deja huir y esconderme.

— Pues casi aciertas. Aún no lo soy, pero espero en unos años llegar a serlo. No es por chulearme, aunque un poco sí, pero he terminado segundo de medicina, aunque no sé si es suficiente para la señora Marquesa. — me dice mofándose de mí, pero a mí me da igual solo quiero salir corriendo y encerrarme en mi habitación.

— Pero aún no lo eres. ¡Déjame en paz! — trato de zafarme

nuevamente. Aún estoy muy confusa, asustada y terriblemente avergonzada por la atención de Pablo.

— Pues me temo que va a ser que no. Anda, hazme caso, no vayas a volver a marearte y caer rendida en mis brazos. —¿Pero bueno? ¿Quién se ha creído que es este idiota?

—Quizás te confundes y solo estaba echándome la siesta... — le suelto sin pensar a ver si así me deja marchar.

—¿En el suelo? ¿No está un poco frío? — me pregunta divertido.

— ¿Y si tenía calor? — le contesto desafiante.

— Me dijeron en el pueblo que eras una borde creída, pero en realidad eres una graciosa. — me suelta guasón.

¿Qué? ¿Los del pueblo? Si no conozco casi a nadie. Habrá sido ese chico que me espía a veces por el jardín.

— Pues no sé quién te ha dicho eso porque soy muy simpática. — le contesto enfadada.

— Sí, ya lo veo. ¿Me dejarías tomarte el pulso? —me dice cogiéndome de la muñeca.

— ¿Para qué? — contesto retirando la mano como si me hubiera quemado el roce de su piel sobre la mía.

— Venga vamos, no seas criada. Si no te puedo herir tomándote el pulso — y se ríe encantado de su propia broma. Cuando ríe se le forman unos hoyitos encantadores... ¡Joer! Estoy pensando tonterías. Tengo que irme a mi habitación y encerrarme para siempre.

— Pues sí, parece que debo ser muy graciosa porque no paras de reírte de mí. — le contesto fijándome ahora en las pecas castañas que conjuntan con el tono miel de sus ojos. ¡Dios! ¿Qué me pasa?

—No hombre, no te lo tomes a mal, es que me divierte. Anda, venga,

déjame, que no te voy a hacer daño — y me pide la mano.

Yo le miro recelosa, sé que no va a hacer nada, ni cortármela como hacían los moros y cristianos en la batalla, pero me da miedo lo que pueda descubrir de mí. Finalmente, se la doy porque creo que ese va a ser el único modo de marcharme; pero aparto la mirada.

—¡Vaya! Si tienes el pulso a mil — eso ya lo sabía, si me galopa el corazón como un loco cada vez que le miro.

—¿Sí? — me hago la despistada —. ¿Y eso qué significa? ¿Debe operar doctor?

—Pues sí — me dice divertido —. Debo cortar por aquí — me contesta simulando con su mano una sierra que corta mi brazo por la muñeca.

Se me escapa una risa tonta que al instante trato de cortar, pero solo consigo que me ardan las mejillas. Pablo me mira divertido por mi reacción, pero le debo dar pena comportándome como una tonta porque suelta mi brazo y me dice:

— Bueno, ya parece que estás mejor. Me voy que tengo muchas cosas que hacer. — si lo sé, le dejo tomarme el pulso antes.

— Vale... — observo como empieza a marcharse y antes de desaparecer por la puerta le grito — ¡Oye! Gracias.

Se gira, me sonrío y me guiña un ojo. De nuevo me late el corazón a mil y no sé si es por la caída del caballero o por la presencia de Pablo. Pablo, Pablo, Pablo... Me encanta su nombre.

Mis compañeras de clase siempre andaban enamoradas de chicos, hablando de ellos, riéndose tontamente y haciendo completamente el ridículo. Y yo las despreciaba y me sentía superior porque me parecían tonterías de niñas. Ningún chico jamás se acercaría a la rarita. Y ahora resulta que me comporto igual que ellas cuando está Pablo cerca de mí, al que he conocido

hace unas horas escasas. ¿Esto es lo que pasa cuando un chico te gusta? ¿Te vuelves tonta de remate? ¡Pues no me agrada nada!

Con Pablo se me ha olvidado el extraño sueño. Parecía tan real. Me ha pasado lo mismo que en la biblioteca. He perdido otra vez la conciencia y he soñado con otra época. ¿Será que me he obsesionado con la carta? He soñado con la batalla de Granada. Tenía que haberle preguntado al caballero que me ayudó, dónde me encontraba. Quizás incluso me hubiera contestado. Al fin y al cabo, era mi sueño, ¿no?

—¡Amara! ¡Estás aquí! —me sorprende Jane al asomarse por la puerta.

Esta mujer me tiene controladísima, es como mi sombra, de verdad que en cuanto no me ve, me busca. La tengo todo el día con sus fríos ojos azules clavados en mi chepa.

—Sí, estoy aquí —contesto resignada.

—Te estaba buscando para la clase. ¿Qué estabas haciendo?

—Durmiendo la siesta en el suelo — me mira con cara.



IV

Desperto gritando en la cama. Estoy cubierta de sudor, respiro aceleradamente y mi corazón quiere escaparse por mi boca. Nuevamente he tenido el extraño sueño que se repite cada noche, en el que me arrastran por el suelo del bosque, pero esta vez el sueño ha sido más

largo, más intenso, lleno de detalles, y a mi pesar, lo recuerdo vívidamente.

Me encuentro perdida en el bosque; hace frío y está oscuro; es de noche. Miro hacia el cielo y las ramas de los árboles alargan sus retorcidas extremidades queriendo tocar una fría y brillante luna que me mira con una cruel sonrisa. Me he separado de los demás. Pensé que sabría volver, pero debí confundirme en el camino y no sé dónde me encuentro. Ando mucho rato desorientada, arañándome las piernas con los arbustos y las ortigas. Estoy desesperada. Tengo miedo al bosque, al silencio, a los animales, a estar sola.

Entonces lo veo: una luz a lo lejos. ¡Estoy salvada! Un júbilo y un gran alivio llenan mi alma alejando las oscuras premoniciones que inquietaban mi espíritu. Corro esperanzada hacia la luz. Allí me ayudarán, me darán cobijo, podré avisar a mi familia. Ya estoy cerca, corro ladera abajo y, de pronto, al volver a subir una colina me lo encuentro. El gran castillo en lo alto del cerro recortado contra la gran luna llena.

Mi corazón se inunda de temor. Hay algo hostil, tenebroso y oscuro en ese lugar. Lo sé. Lo intuyo. El aire que lo rodea es plomizo, pesado, espeso. No puedo respirar, me ahogo, el pecho me duele. Sé que allí voy a morir. Asustada decido huir. Buscaré otro camino. El pueblo no debe andar lejos. Pero en ese momento, algo doloroso me golpea y se enreda en mis piernas tirándome al suelo. Intento patalear, pero estoy inmovilizada. Entonces alguien comienza a tirar de la cuerda que ata mis piernas arrastrándome por la tierra a través de las matas y los rastrojos que arañan mi rostro y mis brazos. Grito aterrada. Trato de resistirme intentando clavar mis uñas en la dura tierra, agarrándome a las raíces y a las zarzas, pero soy demasiado pequeña y solo consigo herir mis manos y mis brazos.

De pronto la oscuridad y el silencio lo es todo. Estoy atada en algún sitio sombrío y helado. Tengo frío, mucho frío, se clava en mis huesos e invade mi aterrada alma. Tirito, pero no por la temperatura, sino por el terror que

siento. Me esfuerzo por ver algo, pero la negrura me rodea. Afino mi oído y solo escucho unas gotas rebotar contra algo duro. Huele mal, huele fuerte, huele a muerte.

La puerta se abre y yo con pavor trato de ver a mi verdugo, pero la oscuridad le envuelve. Sé que moriré ahora, en este lúgubre lugar; sé que no volveré a ver a mi familia; sé que todo se acabó. Mi madre llorará por mi ausencia. Aquí nunca me encontrarán. El horror se apodera de mí y comienzo a gemir, a suplicar, a rogar. No quiero morir. Aún soy pequeña. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Tenga piedad! ¡Por favor!

Pero siento un profundo dolor en el cuello y mi sangre caliente brota y escapa de mi cuerpo. Mi sangre y mi alma. Entonces despierto.

Tardo mucho tiempo en recuperarme de ese horrible sueño. De salir del estado de espanto en el que me encuentro al despertar. Ha sido una pesadilla aterradora y espeluznante. He sentido la muerte dentro de mí. He sentido el terror profundo al morir. He vivido el final de mi existencia. Era tan real y tan terrible. Me quedo en la cama agarrada a las piernas mientras lloro por alguien que no soy yo, y que perdió la vida de un modo tan espantoso.

Yo, que siempre pensé que no debía haber nacido, he comprendido que quiero vivir. ¡A toda costa! ¡Quiero vivir! Después de ese sueño sé que lo que más deseo en este mundo es solo y únicamente vivir. A pesar de los demás, a pesar de la incomprensión, del rechazo y de todo, yo solo deseo vivir. Mientras veo amanecer y el sol va iluminando mi habitación poco a poco, me doy cuenta de que la vida es maravillosa y este mundo es un lugar milagroso y extraordinario, aunque en algunos momentos no me acuerde de ello.

Sé que ha sido más que un sueño, he sentido el pánico y el terror de alguien al que mataban. Pero me pregunto quién será. ¿Será mi fantasma? Sin duda quieren transmitirme un mensaje. Pero es horrible. No deseo conocerlo.

No puedo soportarlo. Es tan cruel e inhumano. ¿Por qué me ocurren estas cosas a mí? ¿Por qué?

No tengo duda de que lo que vi en el sueño desde el bosque era nuestro castillo. Un castillo tétrico, horrible y siniestro; lleno de maldad. Pobre niña... La arrastrarían por el bosque y la encerrarían antes de matarla. ¿Será eso lo que le pasó?

Bajo temprano con el corazón en un puño, y como no soporto un desayuno familiar, tomo un par de galletas de la cocina y me escabullo a esconderme cerca de la muralla, donde da el sol y puedo conseguir que su calor descongele mi atemorizada alma.

Pero hoy no hace el calor que yo esperaba y la temperatura comienza a bajar más de lo habitual. Para colmo hay alguien que me espía. Se cree que no le veo porque se oculta detrás de los arbustos. Pero le he pillado ya un par de veces. Además, no es el primer día que me ronda el muy pesado. Ya el otro día le grité que se fuera, pero el tío vuelve. ¿Qué pensará encontrarse aquí? Seguro que es uno de los chicos del pueblo que viene a ver a los “marquesitos” y luego va contando historias por allí. ¡Ni que yo fuera un muñeco de feria! ¡Hoy se va a enterar!

Me levanto y voy tras él, pero el tipo es bastante escurridizo, cuando intento pillarle, se esconde y luego aparece en otro lado. Me está tomando el pelo el niñato este. ¡Como le pille! Corro furiosa de un lado a otro, pero no consigo cazarle. Me ha hecho perder la paciencia este canijo. ¡Como le coja!

—¡Oye tú! — le grito enfadada de lejos cuando vuelve a aparecer detrás de unos arbustos. —¿Se puede saber qué miras? ¿No te das cuenta de que te he visto? ¡Sal! ¡No seas cobarde!

Nada, no me contesta. Aunque me mira con cara de susto, y yo estoy

tan molesta que empiezo a gritarle como una posesa.

—¿No sabes que este sitio es privado? Aquí no se puede entrar a espiar a la gente. ¿No lo sabías? ¡Haz el favor de salir y dar la cara!

Me acerco a él, pero el chaval comienza a correr alejándose otra vez de mí.

—¡No seas cobarde y ven! — le grito impotente cuando veo que lo pierdo otra vez. — ¿No sabéis en este pueblo lo que es la intimidad? ¿Qué quieres ver aquí? — grito de nuevo.

Esta gente paleta que no tiene otra cosa que hacer que curiosear lo que hacemos, me pone mala. De nuevo le veo y salgo detrás de él. El chico me mira con cara de susto y comienza a alejarse nuevamente. Es pequeñajo y delgado. Lleva la ropa sucia como de haber estado jugando en la tierra o no haberse lavado en meses el muy guarro. Hasta tiene las uñas completamente negras de barro. Debe ser el vecino andrajoso del pueblo. En el fondo me da pena, así que suavizo un poco el tono.

—Oye chaval, que ya te vale, ¿no? — le miro a los ojos y me sorprendo al ver la intensa tristeza de los suyos. —¿Quieres... dejar de espiarme? ¡Que soy una persona como los demás!

No me contesta, pero se queda mirándome embobado.

—¡Para ya de mirarme! ¡Que no tengo monos en la cara! — el chico pone cara de pánico y yo me controlo de nuevo. — Venga, chaval, vete a tu casa que tu mami te debe estar buscando.

—¡Mi familia no me encontrará! — de pronto le escucho decir triste.

—Si te escondes aquí seguro que no. Anda, vuélvete a tu casa y ¡no vuelvas más! — le vuelvo a gritar cuando comienza a marcharse nuevamente. — ¡Cuéntales a tus amiguitos que soy una borde para que no vuelva nadie! ¡Aquí no os queremos!

Entonces aparece mi hermano con una sonrisa de oreja a oreja. Si hoy está buscando guerra ha venido en el mejor momento porque llevo un día complicadito.

—Pero Amara, ¿a qué pobre desdichado estás poniendo verde?

—A uno que debe ser colega tuyo porque es igual de idiota que tú.

—Oye, que no me había metido contigo. Ni que tú fueras la inteligente de la familia...

— Déjame en paz. ¡Lárgate!

— Eh, no te cabrees “rarita”. A saber lo que le has hecho al pobre chico que insultabas.

—Pues nada, ¿qué idioteces dices?

—¡Ninguna en comparación con las que cuentas tú!

— Oye, que yo no me he metido contigo, imbécil.

— ¿Y ahora qué?

— ¿Qué de qué? Atontao.

—¡Atontao yo! ¡Pues tú bruja!

— ¡Has empezado tú! ¡Tonto lava! ¡Pírate de una vez!

— ¡Porque lo dices tú! ¡No me da la gana!

— Como no te vayas te echaré una maldición y te crecerán las orejas y la nariz, se te alargará el cuello y... ¡se te encogerá el pito!

— ¡Bruja! Eres una mala bruja.

— ¡Y tú un cretino!

— No me extraña que nadie te quiera. No aguantas una broma. Además, hueles al infierno y tienes sebo en el pelo. ¡Me das asco!

— ¡Eres un idiota! ¡No huelo mal!

— Hueles fatal y tienes la cara llena de granos. No lo logras ocultar con ese horrible flequillo trasquilado que te cortas. Así quién se va a fijar en ti. ¡Todos salen corriendo no vaya a ser contagioso!

—¡Serás gilipollas! ¡Lárgate! Estoy mejor sola que mal acompañada. ¡Así que fuera!

— ¡Ojalá no hubieras nacido!

Me quedo callada de golpe y Robert también. Creo que se ha dado cuenta de que se ha pasado. Muchas veces he pensado que fue una maldición nacer, pero hoy tengo claro que quiero vivir a toda costa.

—Bueno, me voy...

Se despide mi hermano y yo me quedo de nuevo sola con mis sentimientos a piel viva. Sé que mi familia me odia; nadie me quiere y eso me duele profundamente. Pero me da igual. Yo debo seguir mi camino y conseguir salir adelante; terminar mis estudios, buscarme un trabajo y alejarme de todos. Distanciarme de esta farsa que viven sintiéndose superiores y gente mejor que los demás. Alejarme de su hipocresía y de su egoísmo. Alejarme del aire envenenado que les rodea.

Camino triste por la finca, y sin darme cuenta mis piernas me han llevado al cementerio del mayorazgo. Es un lugar lúgubre y aciago, abandonado hace mucho tiempo. Las viejas lápidas han sucumbido a la vegetación que, irrespetuosa, crece sobre las tumbas. Antiguamente cada iglesia tenía su cementerio al lado. Cuanto más importante era el difunto más cerca estaba enterrado su cuerpo del altar o de algún santo o figura. Por eso los nobles y los reyes están enterrados en el suelo de las catedrales. Luego llegó Napoleón e introdujeron sus costumbres más prácticas y modernas: enterrar a los muertos lejos de la población, a las afueras de los pueblos y ciudades para evitar el contagio de enfermedades. Algunos de nuestros

antepasados fueron sepultados en este cementerio al lado de la capilla de la familia. ¿Estarán aquí el caballero, la dama y la niña que vi? Distraída, intento leer lo que está escrito en las lápidas. Muchas de ellas son muy antiguas y solo conservan la forma de la piedra. En otras solo se aprecia alguna cruz tallada. Alguna palabra prácticamente borrada de la que no soy capaz de imaginar su significado. También hay cruces de distintos estilos; de piedra o de hierro forjado, cruces de calatrava y una con una especie de “U” en la parte superior.

Busco alguna lápida donde ponga marqueses de Águilas Negras, pero no encuentro. Imagino que posiblemente los marqueses reposen hasta la eternidad en la ermita. De pronto me topo con una losa que me llama la atención, es solo una piedra que termina en pico en la parte superior pero el texto que tiene grabado está formado por extraños símbolos; no estoy segura, pero me parece que es árabe. Saco el móvil y le echo una foto. Aunque en parte las letras están borradas, el día que consiga cobertura trataré de descubrir su significado. Es raro que haya un sepulcro árabe en un cementerio cristiano, ¿cuál será el motivo?

Continúo inspeccionando las tumbas curiosa, y descubro una que me impresiona por lo bellísima que es: se trata de una delicada y maravillosa escultura de un ángel llorando sobre una sepultura cuadrada blanca. No es muy grande y no parece muy antigua; unas cuantas décadas a lo sumo. Me fijo mejor y dentro de la talla de una corona de laurel puedo leer “Jaime Martín de Villas Grandes. Tu familia no te olvida. 1978-1988”. Me sorprende porque se trata del gemelo de mi tía Gema; mi tío, el niño que murió por un accidente hace casi treinta años. Pero lo que más me llama la atención es que a los pies de esta tumba hay dos flores rojas marchitas. ¿Quién traerá aún flores a esta tumba? ¿Será mi padre? Quizás las dejó el día que llegamos en recuerdo de su hermano. Según estas fechas mi padre tenía dieciséis años cuando murió Jaime. Posiblemente entre ellos habría una bonita relación filial que aún

recuerda con tristeza.

Sin duda mi padre es un hombre que ha sufrido grandes pérdidas.



V

Llevo varios días revisando los otros dos armarios y no encuentro nada interesante, ni tampoco he vuelto a “tener visiones” con nadie, y eso me extraña y me inquieta mucho; por lo que he pasado dos días de tensa paz, esperando con ansiedad que vuelva a ocurrir algo extraordinario o espeluznante. Pero nada. Aunque el tiempo se me ha pasado rápido leyendo

viejos documentos y, sobre todo, espionando a Pablo.

Lo malo es que no debo ser muy discreta y muchas veces me ha pillado y se ha reído de mí. Me fastidia porque se va a creer que me he enamorado de él o algo parecido. Y lo único que pasa es que me intriga... El sobrino del hosco Antonio estudiando medicina. ¿Cómo es posible? El chico debe ser listo. Seguro que sacaba buenas notas en el insti...

¡Pero qué me importarán sus notas del instituto! No voy a engañarme a mí misma, no es precisamente que estudie medicina lo que más me interesa. ¡Es que no logro quitármelo de la cabeza y me tiene fastidiada! Me paso todo el santo día pensando en él: en sus ojos cuando ríe, en esa sonrisa que le hace hoyitos, en el tono de su voz cuando me toma el pelo, que es cada vez que me pillan... ¡Es que estoy tonta de remate! ¡Qué rabia me da!

Los últimos días de junio pasan pesadamente y cada vez me encuentro más con Pablo. Sospecho que se hace el encontradizo conmigo y aunque me esconda siempre da conmigo. No me gusta su interés, ¿qué querrá de mí? Supongo que lo que todos: pasarlo bien a mi costa. ¡Pues no pienso dejarle! Tengo que apartarle como sea de mi vida y de mi pensamiento. Pero por las noches, antes de dormir, revivo una y otra vez, cómo me busca cada día por la casa, cómo me suelta una broma, cómo me cuenta cosas del pueblo, cómo me toca la espalda disimuladamente, cómo me revuelve el pelo, cómo me mira con sus ojazos, cómo me sonríen sus labios... ¡Definitivamente estoy fatal y soy una estúpida!

Trato de quitármelo de la cabeza y entender las líneas que he debido leer cuatro o cinco veces de un documento familiar sin prestar atención pensando en el dichoso Pablo. De verdad que así no me puedo concentrar. Esto es una pérdida de tiempo... Voy a dejar la tarea por hoy porque no avanzo nada.

Me encamino a mi habitación y paso por delante del salón donde escucho a través de la puerta a mi padre hablando muy alterado. Ya sé que es de muy

mala educación espiar a los mayores, pero me sorprende mucho su tono de voz porque llevaba unos días sintiéndose feliz. Pego la oreja a la puerta controlando que nadie me vea en esta lamentable situación y escucho atenta:

—¿Qué se pensaba? — le pregunta una voz que no conozco.

—Me garantizaron que era una buena inversión, que no podríamos perder — responde mi padre.

—Le explicamos que existía un riesgo.

—Yo... Pensé que era seguro, eso me prometieron— ¿de qué hablarán? Mi padre parece compungido.

—El interés era bueno porque la inversión no era del todo garantizada. Lo sabe.

—¡No! ¡Ustedes me aseguraron que era totalmente fiable!

—Ahora tiene una gran deuda con el banco. Pero no debe preocuparse porque gracias a sus posesiones podrá hacerle frente.

—¿Qué quiere decir?

—Que este castillo con sus tierras en el valle y su casa de Ávila podrían cubrir perfectamente la deuda.

—Pero ¿qué harán con el mayorazgo? Está casi en ruinas.

—Con la ley de patrimonio nadie puede tocarlo, y mantenerlo tal y como hacía usted es imposible. No será fácil que alguien quiera ocuparse del castillo. De las tierras sí. Quizás alguno de sus vecinos las quiera. Sin embargo, la casa de Ávila seguro que se vende muy bien.

—¿La casa de Ávila? ¡Pero allí vivo con mis hijos!

—Pues tendrá que mudarse.

—¡Dios mío! Yo invertí para conseguir dinero y de ese modo poder mantener nuestras posesiones. Nunca hubiera pensado...

—Tiene de plazo hasta octubre para que se haga efectiva la deuda. Luego tendremos que realizar el procedimiento judicial para embargar sus posesiones.

—¡No! Mi madre se morirá de un infarto si se entera —lloriquea mi padre como un niño chico. —Conseguiré solucionarlo —escucho que promete. Estoy en shock porque, si he entendido bien, mi padre ha perdido todo, incluida nuestra casa en Ávila. ¿Qué haremos entonces? ¿Dónde iremos? ¿Tendremos que abandonar la casa donde hemos vivido siempre? ¿Cómo ha podido ser? Estoy muy nerviosa porque es una noticia terrible y no puedo contársela a nadie ya que no debería haberlo escuchado. Me alejo de la sala corriendo como si así pudiera olvidar lo que he oído.

—Amara, han llegado la abuela y la tía Gema— me dice mi hermano cuando pasa por mi lado.

—Ah, ¿sí? Algo he oído — intento escapar a mi habitación, pero es demasiado tarde y mi abuela me lo impide.

—Amara, cariño mío. Dale un beso a tu abuela que te ha traído hornazo recién hecho— me dice arreándome uno sin avisar, que yo limpio disimuladamente con la mano. Odio que me besen y odio el hornazo.

—Te he visto Amara. El día que te bese un chico espero que no hagas lo mismo.

Mi abuela Riansares es la madre de mi padre y aunque está ya arrugada como una pasa, aún conserva una belleza elegante y un porte glamuroso y distinguido que ya quisiera haber heredado yo. Su padre, el Marqués anterior, era un hombre algo excéntrico que le gustaba viajar por el mundo y pasar grandes temporadas hospedándose en los mejores hoteles de cada capital de Europa; disfrutando de la cultura de cada sitio, acudiendo a todas las fiestas, a la Ópera, a los teatros, a cualquier acto cultural importante. Y siempre llevaba a

mi abuela en todos los viajes, y eso que era una niña. Mi abuela conoció a toda la aristocracia de Europa y por ello se considera de una escala social superior.

Aunque cuando su padre enfermó decidieron volver al castillo y enclaustrarse hasta que murió. Así que mi abuela pasó de vivir con lo mejorcito de la sociedad a vivir en un lugar salvaje y olvidado como este. Pero a pesar de ello, su fama hizo que gran cantidad de pretendientes vinieran hasta aquí y le pidieran el matrimonio. Finalmente, y a pesar de las ofertas de señores con mucho dinero, se casó por amor y quizás algo engañada, con mi abuelo: un afanado y galante caballero, con sangre azul, según él mismo contaba, pero el mayor vividor y derrochador de fortunas de este país. El único hombre en el mundo que podía arruinarla a la vez que hacerla muy infeliz. Yo creo que por eso siempre me tortura con su teoría de que las clases sociales no deben mezclarse y que yo debo unir mi vida con alguien de mi condición. Y yo me pregunto qué condición debe ser esa: ¿rarito?

—Amara, ¿qué tal todo? ¿Van bien las cosas? Tienes mala cara — me interroga mi abuela.

—Todo bien abuela — no me apetece contarle nada.

—Cariño mío deberías dejar de estar tan enclaustrada y relacionarte con chicos interesantes de tu edad. Ya sabes que puedes venir a mi club de campo cuando quieras. Allí van los mejores jóvenes de la sociedad. De tu nivel. — ya empezamos con el sermón, pienso desesperada.

— Claro abuela.

Si mi abuela supiera de lo que está ahora mismo hablando su hijo le daría algo: un infarto, seguro. No me lo puede notar, aunque yo no soy normalmente la alegría de la huerta, debe ser que ahora estoy aún más seria.

—Aún no sé cómo me ha convencido tu padre para volver a este lugar

que me trae tanta pena. — comenta mi abuela mientras se aleja de mí. —Odio este lugar. Solo me trae malos recuerdos y pesar.

—Pues a mí me encanta este pueblo. Vengo cada vez que puedo a pesar de que tu odias este sitio — le lleva la contraria mi tía Gema, antes de mirarme y gritar con una sonrisa de oreja a oreja. — ¡Amara! ¡Mi niña!

Mi tía es una persona llena de vida y energía, muy divertida y a la que todo le resbala. Gema es alta, delgada y también muy guapa, con el aire distinguido de su madre. Debe tener casi cuarenta años y trabaja en marketing de una gran compañía viajando sin cesar por todo el mundo. Hace poco estuvo en Nueva York y ahora acaba de llegar de Londres. Yo la admiro porque siendo mujer ha prosperado mucho en la empresa llegando a ser una “súper jefaza”. Es una triunfadora. A mí me cae genial, aunque es verdad que es un poco egocéntrica y a veces manipuladora.

—Querida, tengo tantas cosas que contarte. Además, te he traído un modelo único de Londres. Lo vi y pensé que era perfecto para ti— me dice feliz, y yo temo lo que me haya comprado. Seguro que no es nada de mi estilo. Seguro que es colorido y brillante...

—Gracias tía. — le digo mientras abro la bolsa y compruebo sorprendida que se trata de un vestido con una vaporosa falda negra y una especie de corsé granate. Casi ha acertado porque yo siempre visto de negro. Pero no creo que me ponga ese corsé jamás en la vida.

Entonces aparece Jane y saluda a mi abuela y mi tía con total corrección inglesa. Cuando se marcha, mi abuela me pregunta:

—¿Se la ha traído tu padre? — pregunta sabiendo la respuesta. — ¿Es que no os deja descansar ni en verano de ella? —continúa diciendo mientras le dedica una mirada llena de algo que no sé determinar: entre odio y miedo, diría.

—Parece que no... — respondo asombrada por la aversión de mi abuela hacia la institutriz.

Mi tía entonces observa la casa y murmura:

—Volvemos a nuestro viejo hogar. Tu abuela lo odia, pero a mí me emociona poder volver. De pequeña hacía todo tipo de gamberradas en este lugar. —Observo cómo se le entristece la cara a mi abuela. — ¿Qué tal lo estáis pasando?

—Bueno, nos vamos acostumbrando a pesar de que no hay wifi y solo tiene una televisión “cabezona” de esas viejas. Hay una colección de pelis en VHS muy curiosas de ver: “regreso al futuro”, “la chica de rosa”, “cuenta conmigo” ...

—¡Ah! Esas eran nuestras. Las grabábamos de niños cuando nos traían aquí. Me alegro de que al menos os entretengan ahora.

Me encanta mi tía porque es tan fácil hablar con ella. Me salvó la vida el día que me bajó el periodo por primera vez. Ni mi padre ni Jane me avisaron de lo que podría ocurrirme, y aunque en el colegio lo comentaban, nunca pensé que la sangre que encontré en mis sábanas esa mañana fuera la odiosa menstruación; simplemente pensé que me moría por una enfermedad dolorosa y mortal. Menos mal que ese día vino Gema de visita y me explicó todo lo que tenía que hacer. Pero ahora, la verdad, es que no tengo mucho humor para hablar con ninguna de las dos.

Por fin logro escabullirme del agobio familiar y me escondo en una sombra del desmadejado jardín, abrumada aún por lo que he escuchado en el salón, con el corazón en un puño pensando que nuestras vidas van a cambiar drásticamente. ¿Podremos seguir juntos? No veo a mi padre con energías como para cuidar de nosotros sin recursos. ¿Cómo podremos salir adelante cuando no tengamos nada? Dijo que lo arreglaría, pero no estoy segura. Realmente,

¿puedo confiar en que sabrá afrontar esto? Me temo que no. Imagino que se sumirá nuevamente en la desesperación, en su drama, y se olvidará de nosotros otra vez.

—¡Estás aquí! — dice Pablo que aparece como de la nada. — Tu hermano anda muy enfadado buscándote. Dice que te has escaqueado de la abuela y tiene que soportarla él solo.

—Quería estar sola...—susurro para mí misma.

—Vale, pues si molesto a la señora marquesa me voy. — parece que me ha escuchado.

—No... No molestas. ¡Y no me llames marquesa! — es raro, pero no quiero que se vaya. A pesar de todo con él me siento bien y es lo que necesito ahora mismo.

—Te noto muy desanimada. — me dice preocupado.

—No es nada...— que me guste que esté conmigo no significa que le vaya a contar mis cosas.

—Espero que no te hayas encontrado con uno de los chicos desaparecidos que se tragó tu castillo.

—¿De qué hablas? — pregunto intrigada no vaya a ser que él conozca lo que le pasó a la niña que vi y con la que sueño.

—¿No sabes lo que cuentan en el pueblo? — me pregunta sorprendido.

—No. ¿Qué cuentan? — estoy muy intrigada.

—Pues cuentan en el pueblo que cuando tu familia cerró la casa tras la muerte de tu tío, la casa no se quedó sola. Un alma demoniaca invocada por el aquelarre de “Las Siete” la poseyó y deseaba más sangre porque la de tu tío le causó mucho placer. Por eso los chicos que se acercaban al castillo eran engullidos y nunca volvían a aparecer. Como el chico del invierno pasado y

otros muchos que han desaparecido cerca de este lugar.

—Vaya historia más mala. Mi tío tuvo un accidente y mi abuela cerró la casa porque no soportaba estar aquí. Además, yo llevo varias semanas viviendo dentro y no hay ningún alma demoniaca que se coma chicos. — de momento solo hay una niña que necesita ayuda y una mujer triste, pienso para mí misma.

—Bueno, imagino que esa es la historia que cuentan las madres para que nos mantengamos alejados de este castillo viejo y peligroso.

—Pues es una historia bastante tonta, porque Robert y yo vivimos ahora en el castillo y aún no hemos desaparecido — razono muy seria. —Oye, ¿y qué es eso del aquelarre de “Las Siete”?

—Ah, esa historia seguro que te gusta más. La gente cuenta que, en las noches de luna llena junto al camino viejo de Poyales del Hoyo, se reunían en alguna cueva de la Tablá, siete brujas muy poderosas, que adoptaban forma de molinos, animales o bellas mujeres. Echaban mal de ojo o realizaban conjuros a los vecinos que les habían hecho alguna afrenta. Otras veces invocaban seres malignos para lograr sus malvados propósitos.

—Miedo a las brujas... Sí, eso lo estudié en historia. En todos los pueblos siempre había una pobre mujer a la que acusaban de bruja y le echaban toda la culpa de las desgracias de todos los vecinos.

—Sí, estas brujas creo que fueron perseguidas y quemadas por la Inquisición. Mal asunto.

—Pues en vuestro pueblo no os faltan las brujas. El otro día que bajé a comprar unos cuadernos a la única tienda que tenéis en este maravilloso lugar, al pasar por la iglesia todas las viejas empezaron a mirarme con cara de odio y alguna se santiguaba. Yo creo que se volvieron todas locas de golpe. Y una, con pinta de bruja de las de cuento, con verrugas en la nariz y todo, se

levantó y me dijo que no debería haber vuelto nunca porque no traigo nada bueno a estos lugares. Solo dolor y vergüenza. Como si hubiera venido antes en mi vida por aquí.

—Tendría demencia la pobre mujer. No se lo tengas en cuenta —me dice divertido Pablo por mi historia.

—Sí, algo así me dijo su hija cuando se disculpó. Pero no veas, qué mal rollo. Me volví corriendo para casa.

—Quizás son “Las Siete brujas” que se han vuelto viejas porque han perdido la juventud al no encontrar una virgen a la que sacrificar.

—¡Qué gracioso! — le digo sin entender la broma porque sí que las hay, yo soy virgen y esas brujas casi me sacrifican de verdad. — ¿Y con estas historias querías levantarme el ánimo?

—Pues... sí. ¿No lo he logrado?

—Pues no — Al revés, ahora mis temores han aumentado, pienso para mí.

¿Y si hay más almas por aquí que aún no se me han aparecido? Si yo no hubiera nacido en el siglo veintiuno seguro que me habrían acusado de bruja y me habrían quemado. Encima tengo que estar agradecida de que en este siglo solo “te hacen bullying” y no te tortura y asesina la inquisición. Lo de ser “rarita” en ningún siglo ha estado bien.

No sé qué cara debo estar poniendo mientras mi cabeza cavila sobre todo esto porque Pablo me observa pensativo como queriendo leerme la mente, y cuando me doy cuenta solo quiero que me trague la tierra porque me sonrojo.

—¿Sabes? — me dice sonriente —. Tengo una genial idea. Te voy a enseñar unas pozas que hay muy cerca. Seguro que nadie te ha llevado. Es el secreto mejor guardado del pueblo.

—¿Seguro? —pregunto no muy convencida.

—¡Que sí mujer! Ya verás como te gusta. ¡Vamos!

Aunque me da una vergüenza que me muero no consigo oponerme a su propuesta porque en el fondo me emociona que me quiera llevar con él a un sitio secreto. Caminamos un rato entre los árboles hasta llegar al río. El corazón me late a mil cuando me agarra de la mano y, atento, me ayuda a bajar por unas piedras que nos llevan a una poza del río.

Es un lugar mágico, una bonita poza de agua transparente que refleja los colores del monte, rodeada de piedras que consiguen que las aguas reposen formando una piscina natural bastante profunda, coronada por altas paredes de piedra y abundante vegetación por la que se cuelan los rayos de sol, provocando que el agua brille de un modo sorprendente. Estoy sobrecogida por el lugar, tanto, que temo que de un momento a otro aparezca un hada o algún ser sobrenatural.

De pronto Pablo se quita la camiseta, lo que me detiene el corazón mientras admiro su cuerpo ya desarrollado, con espaldas anchas, brazos torneados y abdominales marcados, no como el de Robert que parece un palo. Se lanza al agua y sale de ella gritando y riendo.

—¡Está buenísima! ¡Amara métete! ¡Ven!

¡Sí hombre! Si no llevo bañador. Ni loca me meto con él para hacer el ridículo. Además, con lo delgada que estoy va a pensar que tengo culo de pollo y patas de alambre. Seguro que se gasta alguna de sus bromas. ¡Ni hablar!

Además, me da miedo que se me revuelva el pelo y pueda ver las calvas que tengo camufladas en la cabeza. Mi familia no lo sabe, pero cuando estoy muy alterada me arranco los pelos sin darme cuenta y se me han hecho claros en la cabeza. Si Pablo las ve no creo que quiera volver a dirigir la

palabra a una histérica como yo...

—No me traje bañador... — contesto con un hilo de voz.

—¡Y qué más da! ¡No importa! ¡No seas cobardica!

—¡Qué! ¡Pues claro que importa! ¡Yo no soy cobarde!

—Metete con ropa interior. No miraré. Te lo prometo.

—¡Qué no!

—Venga, no seas una pija estirada.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Yo no soy pija!

—Pues métete con los vaqueros. Son tan cortos como un bañador. Lo mismo da.

—¡Sí hombre!

—¡Pues tú te lo pierdes!

¡Maldita sea! Va a pensar que soy una niña tonta. Pero es que me muerdo de vergüenza... Como me diga algo de mi cuerpo o de mi pelo me va a dar algo. Pero la verdad es que el sitio es maravilloso para darse un baño. Y encima con él... No puedo perderme esto porque sea una cortada. Puedo recogerme el pelo con una coleta y así controlarlo. Ufff, debo hacerlo...Tengo que hacerlo. ¡Puedo hacerlo!

—Venga, me meto. Pero no mires. ¡Gírate!

—Vale, no miro.

—No hagas trampas...

Le digo mientras empiezo a quitarme la ropa nerviosa, quedándome con un top deportivo y unas braguitas a conjunto que bien podrían pasar por un bikini. Me acerco a la poza y meto un pie.

—¡Dios! ¡Si está helada! — grito como una loca.

—¿Qué dices? Está buenísima — me responde girándose. Me cubro

como puedo avergonzada mientras descubro en sus ojos una mirada de admiración que me sorprende.

—¡Oye! ¡Te has girado!

—Venga, si eso que llevas es como un bikini. ¡Tírate de una vez! Tienes que meterte de golpe.

—¡Está muy fría!

—¿No decías que eras valiente? ¡Pues demuéstalo!

¡Jolín! Estoy quedando como una tremenda idiota. De verdad que esto no era lo que yo esperaba de compartir un secreto. Bueno Amara, si no quiero que piense que soy una niña ridícula y miedosa, no me queda otra que tirarme... A la de una, a la de dos...

—¡Tres! — grito antes de tirarme a la poza helada.

El golpe de frío es brutal al sumergirme en las aguas de la poza de Gredos, siento agujas heladas que traspasan mi piel, quiero gritar bajo el agua, pero no puedo porque juraría que se me ha parado el latido de la impresión. Sin embargo, por otro lado, me siento bien, osada y valiente. Quizás es la famosa adrenalina, pero siento una energía nueva que recorre mi cuerpo. La sangre bombea con fuerza en mi corazón, cuando por fin saco la cabeza del agua para gritar:

—¡La madre que te parió! ¡Está congelada!

Pablo se muere de risa y me aconseja:

—¡Anda exagerada! Nada de prisa, así se calentará tu cuerpo.

Hago caso de su consejo y me hago un par de largos al charco con mi conseguido estilo de crol, tras muchos años yendo a clases de natación. Cuando paro ya no tengo tanto frío, aunque aún me castañean los dientes. Pablo se acerca a mí y me dice:

—De verdad, que los de capital sois unos blandengues y no aguantáis

nada.

—Quizás los de aquí estáis acostumbrados.

—Quizás... — me contesta mirándome a los ojos tan cerca que puedo ver cómo los suyos desprenden un brillo dorado y se me corta la respiración. Puedo contar sin problema los lunares de su rostro... Tiene uno precioso al lado del labio. Sus labios...

—¿Sabes que cuando te apartas el flequillo y se te ve la cara eres preciosa? — me dice mientras me retira el pelo mojado del rostro.

Nos miramos como encantados por el lugar; el tiempo se para y todo se desvanece a su alrededor, solo existe él y lo que siento en este momento. Nada importa, solo perderme en sus ojos, tenerlo cerca, sentirle a mi lado, escuchar su latido, oler su piel. Él me agarra por la cintura sin dejar de mirarme y a mí me deja de latir el corazón. Ya no siento nada de frío, sino un calor que se abre paso desde mi interior, quemándolo todo. Pablo tímidamente acerca su rostro al mío y roza sus labios con los míos. Cierro los ojos, siento su cálido aliento sobre mi boca y quiero dejarme llevar, sentir su boca sobre la mía, así que junto indecisa mis labios a los suyos, que él besa con ternura. Yo aprieto los ojos perdiéndome en un torrente de emociones y sensaciones que me turban y me llevan a un estado que desconocía que pudiera existir.

Me estrecha con más fuerza y yo le agarro insegura de la nuca, sorprendiéndome porque quiero más, no quiero que este beso termine, quiero que sea eterno. Deseo quedarme aquí para siempre, en sus brazos, ajena a todos los problemas, solo sintiendo cómo su corazón palpita junto al mío. Ya no me importa el frío, ni la vergüenza, ni mi vida, ni los demás, ni nada de nada. Solo importa él y este momento que llena toda mi alma.

Pero Pablo se separa de mí, dejándome sin aliento y confusa. Me sonrío antes de decirme:

—Vaya, esto no me lo esperaba...

—Ni yo... — le confieso tras recuperarme, seguramente colorada como un tomate.

Sonriente me toma en brazos y vuelve a besarme. Parece que a él le está gustando tanto como a mí. El frío y la tiritera se me fueron con el calor de su cuerpo junto al mío. Cuando fantaseaba con mi primer beso no imaginé que en la realidad pudiera ser mucho mejor. Nunca esperé que un chico se pudiera fijar en mí y menos alguien como Pablo, tan mayor, tan guapo y tan seguro de sí mismo. Ahora mismo mi espíritu viaja inflado de emoción por algún lugar del cosmos. Vuelve a separar su boca de la mía y me mira con media sonrisa y ojos brillantes.

— Yo... Nunca esperé que te fijases en mí —admito tímidamente.

—Es difícil no fijarse en una morenita con pelos rojos como tú escondiéndose por los rincones. Totalmente inevitable no sentir curiosidad de alguien con ese flequillo cortado a trasquilones.

—Me lo corto yo misma...— le contesto cortada. — Y las mechas rojas también me las tiño yo.

—Se nota — y nos reímos los dos juntos —. Es una pena que te cubra los ojos tan bonitos que tienes. Son casi negros...

—Marrones corrientes — le aclaro.

—No, son muy oscuros, más de lo normal — me dice mirándome abiertamente y yo me sofoco de nuevo.

No sé cómo reaccionar a sus palabras, por lo que me pongo tan nerviosa que de pronto me siento muy estúpida y solo deseo marcharme y esconderme en un sitio oscuro donde controle lo que ocurre. No me creo que en realidad le guste, y de pronto sospecho que se trata de algún juegucito cruel en el que he caído. Así que le suelto:

—Se ha hecho muy tarde, seguro que me están buscando.

—Vale...—me mira como queriendo averiguar qué ha ocurrido en mi cabeza. — Volvamos — dice soltándome, saliendo de la poza y ofreciéndome la mano para ayudarme caballeroso.

— Gracias— le digo lamentando ser tan idiota y haberme cargado yo solita todo el hechizo del momento. ¡Seré gilipollas!

— Dame un minuto — me dice—. Que le voy a coger a mi tía un poco de tomillo de aquel rincón.

Mientras le espero secando mi cabreo conmigo misma al sol, me asomo para ver cómo corre el agua del río por la pendiente hacia abajo, haciendo caprichosos remolinos y arrastrando todo tipo de palitos, hojitas y bichos, cuando de pronto me parece ver cómo se agita el borde de una falda bajo el agua.

Me asomo más y me quedo helada, es la falda de una bellísima mujer, hundida en el fondo del río, con el pelo moreno flotando en el agua, y su piel bañada por la luz del sol que se refracta en el agua. Lleva un vestido largo, blanco, vaporoso, que se balancea mecido por la corriente. Estoy a punto de gritar cuando me doy cuenta de que sé quién es: ¡es la mujer de la biblioteca!

Entonces parpadeo y ya no está. Ha desaparecido de pronto. La busco, pero no la encuentro. Ha sido otra de mis visiones. Me apoyo en la roca mareada y empiezo a tiritar. ¿Qué hacía en el río? ¿Se ahogaría?

—Amara — Llega Pablo y me mira preocupado —. ¿Estás bien? Te has puesto muy blanca. ¿Te pasa algo? Creía que ya no tenías frío.

—No es nada... Volvamos, porfa.



VI

No sé qué me ha turbado más, si el beso de Pablo o ver a esa mujer en el río. Me encuentro muy nerviosa, me duele la cabeza y tengo una opresión fuerte en el pecho. Encima hay cena familiar. No me apetece nada tener que bajar a reunirnos en familia. Seguro que el ambiente esta noche no es muy agradable. Podría decir que estoy enferma, pero entonces mi abuela

me perseguiría con sus remedios caseros y sería mucho peor.

La cena al final no ha sido tan mala, aunque mi padre ha estado hosco y callado; mi tía, como siempre, ha hablado por todos; no ha parado de contarnos anécdotas de sus viajes, de explicarnos curiosidades de cada lugar, qué comen, qué visten y cómo se comportan. Y mi abuela también ha aportado a la animación de la velada torturándonos una vez más con sus recuerdos de cuando vivía en otras ciudades de Europa.

Al terminar la cena Gema se acerca a mí misteriosa y me dice con una sonrisa de oreja a oreja:

—Te he visto...

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—Te he visto muy acaramelada con el jardinero.

—No es el jardinero...

—Bueno, pues con quien sea.

—Es un chico del pueblo.

—Más mayor que tú...

—Solo un par de años.

—¿Y te gusta? — pero qué cotilla. La miro justo antes de contestarle una barbaridad y veo que está ilusionada por mí, así que me lo pienso mejor y finalmente le contesto la verdad.

—Pues aún no lo sé. Pero no dejo de pensar en él.

—Pues eso es que sí. ¡Con lo que me gustan los romances! Mientras no sean míos: no soy capaz de aguantar mucho tiempo a nadie.

—Es que no sé cómo comportarme con él.

—Bueno, pues es sencillo, sé tú misma.

—Es que yo soy muy aburrida.

—Eso es una tontería, eres muy interesante. Él te tiene que apreciar por cómo eres; si no lo hace no te interesa.

—Entonces no hay esperanza.

—¡Pero bueno! ¿No estaba contigo esta tarde? — asiento —. Pues eso es un gran avance.

—No sé. Me da miedo que solo quiera reírse de mí.

—Venga Amara. Date una oportunidad. No le abras tu corazón de par en par a la primera, pero deja que te conozca un poco. Esa parte es la más bonita de las relaciones, descubrir cómo es el otro. Una vez descubierto todo ya deja de tener interés a no ser que se deje manipular y te convenga lo que te ofrece.

—¡Cómo eres! Nos conoceremos si él quiere volver a quedar conmigo...

—¡Seguro!

—¿De qué hablan mis dos chicas preferidas? —nos interrumpe mi abuela.

—De los estudios — miente rápidamente mi tía. Y mi abuela la acribilla con la mirada porque sabe que no es verdad. A mi tía no le suele gustar compartir sus cosas con mi abuela. No es la primera vez que me doy cuenta de que la miente.

—¿Qué tal el curso Amara? ¿Al final tus compañeros dejaron de meterse contigo? — me pregunta.

No me apetece nada hablar de eso, aunque sé que mi abuela solo se preocupa por mí. De siempre he sido la rara en clase, pero mis compañeros lo tenían asumido. Pero este año llegó una chica nueva que enseguida se hizo popular, y no sé el motivo, pero decidió hacerme la vida imposible. De pronto yo era la víctima de las bromas de todos y no llevo nada bien ser el centro de

atención. Intenté concentrarme en los estudios, pero me costaba mucho ignorar sus risas y comentarios.

Nunca he tenido muchas amigas, pero me dolió profundamente que mis únicas dos aliadas se unieran a la masa y me dieran la espalda. Ha sido un año realmente difícil y triste. Menos mal que ya no volveré más al instituto porque el año que viene empiezo el doble grado de filología hispánica e inglesa en la universidad.

—Da igual abuela, con suerte, el año que viene conoceré gente nueva.

—Claro que sí, cariño mío. La gente que no te aprecia no merece la pena. No son dignos de ti. Seguro que conocerás a alguien muy especial que estará a tu altura —mi tía y yo la miramos preguntándonos si nos ha escuchado a pesar de todo—. No me miréis así, no me refiero a un novio, podría ser una buena amiga o amigo...

—Sí, una amiga de esas para toda la vida —dice Gema.— Yo nunca he necesitado tener ninguna. Son una molestia, todo el día contándote sus preocupaciones.

—Y dime Amara, ¿continúas queriendo hacer esa estúpida carrera que no te ayudará nada en la vida?

—Deja a la chica, mamá. Ella debe elegir sobre su futuro: no tú. No la presiones. Si le apasionan los libros pues es la ideal para ella.

—Si yo no la presiono... Solo le doy consejos. Eso que quiere estudiar no tiene salidas ni ayuda a llevar un negocio ni a gestionar un patrimonio.

—¡Pero a ella le apasiona!

—Lo que te apasiona no suele ser práctico.

—Ummm... Se me está ocurriendo una idea para saber qué te deparará el futuro. — dice mi tía encantada, y yo la miro con cara de susto

esperando a ver por dónde sale.

—¿Una idea? —le pregunta mi abuela preocupada.

—Ven, vamos a ver a Berna y que te eche las cartas— dice feliz con su ocurrencia y tira de mi brazo con fuerza arrastrándome hasta la puerta.

—Eh... No sé si es una buena idea— intento resistirme, pero Gema me toma de la mano y tira de mí.

—Venga, ¿es que no quieres saber qué pasará con tu jardinero? — la verdad es que me muero por saber algo más sobre nosotros así que al final me dejo llevar dócilmente por el camino que lleva a casa de Berna.

—Es una pésima idea dice mi abuela. No me gustan nada los tejemanejes que se trae entre manos Berna. Desde que la conozco siempre anda con esas tonterías supersticiosas y nunca me han hecho ninguna gracia. — pero en lugar de detener a mi tía la sigue hasta la casita que se encuentra adjunta al muro del castillo.

—Vamos, que hace mucho tiempo que no pregunto por el futuro a los espíritus. — dice mi tía.

¡Lo que me faltaba! Si no tengo ya suficiente, mi tía quiere convocar a las ánimas del mayorazgo para preguntarles si me voy a echar un novio. Por lo visto la señora Berna tiene afición en echar las cartas a las vecinas del pueblo y según dicen acierta bastante.

Llamamos a la puerta y nos abre una sorprendida Berna que nos mira con cara de perro, y en ese momento yo pienso que no teníamos que habernos dejado llevar por el arrebato de Gema. Berna es una mujer de unos sesenta años, algo bajita, metida en carnes, que siempre me da la impresión de que está recelosa y asustada por algo. Entonces mi tía empieza a hablar con ella, a poner pucheritos y a hacerle así como mimos, y ante mi sorpresa, la expresión de Berna se suaviza y finalmente nos deja entrar. Yo trato de ver si Pablo se

encuentra en la casa y cotillear cuál puede ser su habitación, pero no descubro nada interesante. Lo que daría por entrar en su habitación y curiosear entre sus cosas.

La seguimos hasta una habitación en el fondo de la oscura casita, algo así como un cuarto de estar. La habitación tiene un olor a rancio, la pintura de las paredes está descascarillada y siento frío y humedad. No me gusta nada ese lugar. Me pregunto cómo Pablo puede vivir aquí. No me extraña que se vaya en invierno a la universidad y se aleje de este sitio.

Unas gruesas cortinas ajadas tratan de dar algo de calidez a la habitación, pero a mí me parece casposa y decrepita. Se aloja en mi corazón cierta desazón, no sé el motivo, pero en esa casa hay muy malas energías. En el centro de la habitación hay una vieja mesa camilla con faldas de terciopelo anticuadas. Nos sentamos alrededor y ella saca su taco de cartas y las coloca sobre el tapete.

— Primero corta tres veces.

— ¿Así?

— Muy bien. Ahora elige trece cartas y colócalas como a ti mejor te parezca.

— Vale.

— Vamos a ver el presente.

Entonces descubre la primera carta y aparece la muerte. Me quedo mirando la carta asombrada. La muerte. ¿Será la mía? O quizás se trata de la muerte de las almas que me persiguen en esta casa. Miro con terror a Berna, que me hace un gesto con la mano para que me calme y me explica:

— La muerte no siempre significa morir, también significa el final de algo. Por ejemplo, has terminado Bachiller y comienzas la carrera en otro sitio. Eso es un cambio bueno que vas a tener. ¿Ves? La carta es buena en

realidad.

¡Vaya! ¡Qué de cosas sabe la señora Berna de mí! Aunque menos mal, porque comenzar con la carta de la muerte da muy mal rollo.

— Ahora... La sacerdotisa. Esta carta significa reserva, silencio, discreción y resignación.

—Bien podrías ser tú ahora mismo— apunta mi abuela.

—Podría...— sin duda guardo demasiadas cosas en silencio.

—Voy a levantar la carta que nos indica qué tienes en contra: el emperador invertido. Esto significa pérdida de bienes. Una caída —y tanto. Si ellas supieran lo hondo que vamos a caer todos dentro de nada.

—Continúo con el futuro inmediato. El carro invertido. Vaya, esto son malas noticias. Un peligro inminente te ronda, hay que estar atento — me dice seria.

—¿No te habrás metido en algún lío? — me pregunta mi abuela preocupada.

— Ehh... No...

—Está acompañada de la luna que indica poderes psíquicos y sobrenaturales —. Me pregunto si podré mover cosas con la mente...

Mi abuela me mira un rato callada pensativa. El entrecejo se le junta en una gruesa arruga que solo he visto cuando está muy preocupada. Berna continúa echándome las cartas, esta vez sobre el pasado; sale el ermitaño invertido que indica engaño y oscuridad; el diablo también invertido, que tampoco es nada bueno, porque es fatalidad y efectos maléficos. A mi abuela no le están gustando nada las cartas, pero a mí me encajan perfectamente en el infierno de curso que he vivido y en la bruja que me ha amargado la existencia todo el año.

— Vamos ahora con el futuro lejano. Aquí tenemos el juicio. Esta

carta nos dice que tendrás un cambio radical a una nueva vida. A ver... Va acompañada de la estrella, que nos dice que tendrás una ayuda inesperada o una inspiración.

—Esto bien podría ser el cambio que harás del instituto a la universidad y que conozcas allí a alguien importante para ti que te ayude a llevarlo bien — dice mi tía Gema guiñándome un ojo.

Menos mal, algunas cartas positivas.

—Vamos ahora con las preguntas. Piénsate qué quieres consultar, no lo digas, plantea la pregunta mentalmente.

Sin duda quiero saber si descubriré el misterio del castillo.

—¿Ya? A ver... La torre invertida. Tendrás una liberación o revelación que te cambiará la vida, pero con gran coste, porque esta carta va junto a la del mundo invertido que nos dice que deberás trabajar muy duro para alcanzar tu éxito. Pero lo lograrás al final.

Menos mal que no me creo mucho esto de las cartas porque parece que todo me costará mucho.

—La segunda pregunta — sin duda planteo la pregunta de si me irá bien con Pablo —. Bien, los enamorados... — me dice mirándome Berna disgustada, y yo pienso que no le debe gustar lo que ve en las cartas —. Parece que el amor llegará... O quizás signifique que superarás todas tus pruebas. Depende de lo que hayas preguntado — me dice seca.

—Pues yo lo tengo claro — dice mi tía Gema, que inusualmente ha estado muy callada todo el tiempo —. Yo me quedo con la carta de los enamorados, que lo demás es la vida misma y es un rollo: trabajar duro, luchar mucho y eso que nos dicen siempre. Yo prefiero hacer lo que mejor me parece. Pero no nos despistemos... ¡Que se nos va a enamorar Amara!

Pues vaya con la conclusión que ha llegado mi tía, la que le interesa y

más le divierte. Sin embargo, mi abuela no debe pensar lo mismo porque tiene una expresión sombría en la cara. Creo que se ha quedado preocupada con lo del peligro inminente, la fatalidad, los poderes sobrenaturales y esas cosas tan interesantes que me han salido... Si yo le contara...

—No hay que tomarse a la ligera lo que desconocemos, sobre todo en estas tierras donde el mal ha andado a sus anchas — nos suelta mi abuela enfadada. — Nuestra familia siempre ha luchado contra esos poderes malignos. Nuestros antepasados fueron grandes inquisidores y persiguieron sin cuartel a todas las brujas que aterrorizaban el valle, quemándolas en la hoguera para que sus espíritus quedasen atrapados en lo profundo del infierno.

Miro sorprendida a mi abuela, me parece una mujer de otros tiempos, de esas de la edad media que creían en el mal y perseguían brujas. Yo pensé que ella estaba por encima de esas cosas.

—Claro mamá — responde mi tía —. Tú y tus historias. Si te vieran aquí echándote las cartas esos antepasados tuyos también te quemarían como a esas pobres mujeres. ¡Hay que ser hipócrita!

—Yo no creo en estas cosas de gente inculta... —dice mientras se levanta muy tiesa de su silla y sale de la casa caminando indignada.

No comprendo lo que le pasa a mi abuela. Pero yo no he entendido mucho lo que decían las cartas. Me he quedado con que había peligro, pérdida, algo oscuro, esfuerzo para superarlo. Aunque lo que mejor recuerdo es lo del amor. ¿Será Pablo el amor que sale en mis cartas? ¡Cómo besa! Seguro que ha besado a muchas y tiene muchísima experiencia. Pero me ha parecido increíble. ¡Qué maravillosa sensación estar entre sus brazos! ¡Qué guapísimo es! Bueno, no tanto, pero me encanta. ¡Me encanta! Y dice mi tía que le dé una oportunidad sin parecer un cordero degollado, pero... ¡Me encanta!

Esa noche me duermo pensando en sus cálidos labios a pesar del agua helada de la poza, cuando me despierta el llanto de un niño. ¿Quién llora? ¿Será Robert? Imposible, ese no tiene sentimientos para poder llorar por nada. ¿Será mi padre? Es que parece un llanto infantil o femenino. ¿Quizás Gema?

Me levanto de la cama y camino descalza por el pasillo oscuro intentando descubrir de dónde viene el llanto. Paso por delante de las habitaciones poniendo la oreja en cada puerta, pero no viene de ninguna de ellas. Llego al final del pasillo y me esfuerzo por escuchar el origen de los gemidos. Creo que vienen de la torre. ¿Quién puede haber subido a la torre? Quizás se ha quedado encerrado. Vuelvo a mi habitación a por mi linterna, una de esas que se cargan girando una manivela; giro y la enciendo. Me acerco a la escalera que conduce a la torre sin decidirme por subir. Quizás debería buscar ayuda, quizás despertar a Gema porque Robert seguro que me manda a tomar vientos. Vuelvo sobre mis pasos y golpeo suavemente con los nudillos en la puerta de mi tía.

—Gema... — la llamo susurrando, pero no me contesta —. Tía... — nada, golpeo nuevamente la puerta, pero tampoco me responde. La abro lentamente, enfoco su cama y está vacía. ¡No está! De pronto escucho otra vez el llanto aún más fuerte. Vuelvo a la escalera y miro hacia arriba con aprensión. Viene de la vieja torre. El corazón me va a mil, quiere escapar de mi pecho y huir de allí.

¡Jolín! ¿Y si es la propia Gema la que llora? Quizás le ha pasado algo. A lo mejor se ha caído y hecho daño. Tampoco pasa nada por subir, ¿no? Me pregunto a mí misma aterrada sin decidirme a avanzar. Por fin, muy preocupada por mi tía, me armo de valor y comienzo a subir la escalera muy lentamente muerta de miedo; un sudor frío me recorre la frente y siento cada vez más frialdad a mi alrededor. A medida que subo escalones el aire se espesa volviéndose denso, plomizo, pesado sobre mis hombros. La oscuridad

apenas se rompe con la débil luz de mi linterna. Me imagino seres invisibles estirando sus miembros y rozando mi erizada piel. Estoy completamente aterrada, pero continúo subiendo como embrujada. No quiero, mi cerebro lo rechaza, debería huir de aquí, pero mis pies avanzan escalón a escalón la escalera hasta el final. Finalmente me detengo en la puerta de la torre jadeando. Mi cuerpo está crispado y mi mente aterrada. Estoy empapada en mi propio sudor del esfuerzo que he hecho para llegar aquí. Querría salir corriendo de allí, pero estoy como bloqueada y no puedo moverme. Tengo pánico de lo que me pueda encontrar detrás de esa oscura y vieja puerta. Respiro con dificultad y las lágrimas resbalan por mi cara del miedo que tengo. Entonces, escucho con más claridad el llanto y se me pone toda la piel de gallina. Alguien llora al otro lado de la puerta.

—Gema, ¿eres tú? — pregunto con voz débil, pero no me contestan, aunque continúan los sollozos —. Gema... Por Dios...

Con la mano temblorosa empujo despacio la puerta. Rechinado se abre lentamente mostrándome una oscuridad infinita, enfoco con la linterna y no hay nadie. Los llantos han parado. ¡No hay nadie! Me giro sobre mí misma enfocando la habitación de arriba a abajo, buscando desesperadamente el origen del llanto. ¡No puede ser! La habitación está llena de muebles viejos, llenos de polvo y telarañas, abandonados hace décadas. Entonces siento un viento frío que me envuelve y la puerta se cierra de golpe tras de mí. ¡No! ¡Por favor! ¡No! ¡No!

—¡Gema! ¿Eres tú? ¡Gema! ¡Gema!

Grito aterrada corriendo hacia la puerta que se ha quedado cerrada. Entonces escucho una voz que me dice:

—No soy Gema, soy Maira, ¿me... puedes escuchar? — ¡Dios! ¿Quién me habla?

—Sí...— no sé de donde saco fuerzas para volverme y contestar —.
¿Dónde estás? No te veo...

—Aquí — y entonces sale, a la luz de la luna que se filtra por la claraboya, una niña de piel blanca, ojos grandes verdes y pelo largo rubio. Parece un ángel. Viste una especie de camisón largo. Me pregunto de dónde habrá salido. Ya no tengo miedo, siento mucha lástima por ella porque la veo tan asustada como yo, y debe tener solo unos ocho años. Se me ha pasado el terror que sentía hace unos segundos y ya no tengo frío. Un sentimiento intenso de compasión me invade. Hago un esfuerzo por calmarme y hablarle amablemente.

—¿Qué haces escondida aquí? —pregunto intrigada.

—Tengo miedo a salir — contesta mirándome con sus grandes ojos.
— un ser malvado me busca porque quiere hacerme cosas malas. Nos llama, pero me escondo.

—¿Por eso llorabas?

—Sí, no me gusta este sitio, me da mucho miedo. El malo hace daño a los niños. Lo he visto...

—No te preocupes, yo te protegeré. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde hace mucho tiempo. No recuerdo...

—Pues no es un buen sitio para estar de noche.

—¿Querrías ser mi amiga? —me pregunta la niña.

—Claro, me encantaría.

—¡Siempre he querido tener una amiga como tú! Mi hermano es muy pesado.

—Yo también tengo un hermano que me da mucho la lata.

—¿Te gustaría que viniera a verte otras veces?

—Claro, me encantará hablar contigo. Pero deberíamos ir a tu casa. Seguro que tu madre está muy preocupada.

—Sí, mi mamá está muy triste y preocupada siempre. Me da mucha pena. Yo la quiero ayudar, pero no puedo hacerlo sola. ¿Me querías ayudar?

—Por supuesto. Pero salgamos.

—Pero antes, ¿quieres ver un baile que he aprendido? — verla bailar no es exactamente lo que estaba pensando hacer, pero como quiero que la niña gane confianza en mí para poder salir de la habitación, cedo.

—Venga, enséñame el baile.

Entonces Maira comienza a girar sobre sí misma, a hacer reverencias, dar saltitos, todo con una asombrosa elegancia y arte. Los movimientos son tan armoniosos que da la impresión de que está suspendida en el aire. Es como un baile de cuento de hadas. Su pelo parece que flota y su piel brilla de un modo especial a la luz de la luna. Sus bracitos y piernas se mueven con infinita armonía y encanto. Me siento hipnotizada por sus cadenciosos y flexibles movimientos. Está cantando una melodía triste y preciosa que me es muy familiar, se cuela en mi mente y siento una fuerte infelicidad y congoja, tanto que se me escapan lágrimas que recorren mis mejillas. De pronto me recupero y las limpio con el torso de mi mano antes de que la niña se dé cuenta.

—Maira, no hay sitio suficiente para tu baile en esta habitación. ¿Por qué no bajamos al salón? Allí hay mucho espacio y podrías enseñarme el baile a mí también.

—¿Y el hombre malo?

—De ese ya me encargo yo. Te lo prometo— estoy segura que debe ser Robert. En esta casa el único que les podría hacer perrerías a unos pobres niños es mi maldito hermano.

—Venga vamos.

Entonces escucho que alguien me llama y abre la puerta. Me giro y es Gema aún vestida.

—Amara, ¿qué haces aquí? Me pareció escuchar un grito tuyo cuando entré en la casa, pero no sabía de dónde venía. Te he buscado por todos los sitios. ¿Qué diablos haces aquí?

—Es que escuché a esta niña llorar, fui a por ti para que me acompañases, pero no estabas en tu habitación.

—Había quedado con unos amigos del pueblo para tomar algo... Pero ¿de qué niña hablas?

—De esta...

Me giro y no hay nadie. ¿Cómo es posible? ¿Se habrá escondido? La busco por la habitación pero no la encuentro. ¿Cómo es posible? ¿Habrá podido salir mientras hablábamos? Es imposible, la habríamos visto porque mi tía estaba justo en la puerta. Quizás hay un pasillo secreto. Tiene que haber una explicación razonable. No parecía una visión; era tan real. Mañana con la luz vendré a investigar la torre. Debe haber salido por algún lado.



VII

Nada más salir el sol corro hacia la torre, estoy muy preocupada por la pobre niña. Le dije que la ayudaría y sin embargo la he perdido. Me habría quedado toda la noche buscándola, pero mi tía no creyó mi historia y me obligó a meterme en la cama. No he podido pegar ojo pensando en quién podría ser y lo que estará su madre sufriendo.

A la luz del día reviso cada palmo de la habitación, moviendo con mucho

esfuerzo los muebles, paso la mano una y mil veces por la pared buscando alguna puerta oculta pero no encuentro nada. Ni rastro... ¿Cómo es posible? ¿Cómo ha podido esfumarse de ese modo?

Vuelvo a revisar despacio la pared y solo encuentro un símbolo raspado muy profundamente en la piedra, tanto, que el tiempo no ha logrado borrarlo. Es una especie de cruz cruzada por una “U”. Yo lo he visto antes..., pero no me acuerdo dónde. ¿Qué significará? Seguramente algún antepasado mío la grabó en esta torre.

Apesadumbrada y sin entender qué ha podido pasarle a la niña de la que solo conozco que se llama Maira, bajo a desayunar y me encuentro a mi abuela tomando unos huevos revueltos y un té, un desayuno muy europeo, como a ella le gusta, para, según dice, recordar sus tiempos vividos en el extranjero. Yo, la verdad, prefiero unas buenas tostadas de aceite, tomate y jamón.

—Abuela, ¿la torre para qué se usaba antes?

—Desde hace mucho tiempo solo se emplea para guardar trastos. Pero según me contaron, en esa torre encerraban a los enemigos del Marqués.

—¿Encerraban a niños en la torre? — pregunto de pronto asustada de mi propio pensamiento.

—Pues se dice, aunque yo nunca lo he creído, que en la época de los Reyes Católicos el Marqués de Águilas Negras era una mala persona, malvado y avaricioso, que le robó a su propio hermano el título y que incluso llegó a encerrar a sus sobrinos en la torre por temor a que exigieran su posición. Dice la leyenda que los niños desaparecieron y nunca se supo nada de ellos. Por lo visto la madre desesperada se suicidó tirándose al río. Y el Marqués no permitió que fuera enterrada en tierra sagrada...

— Pero ¿eso ocurrió de verdad?

— Es solo una leyenda de la casa, como otras muchas...

—Parece el argumento de una película de conspiraciones históricas — dice mi tía que acaba de entrar por la puerta —. Amara, al final, ¿pudiste dormir anoche?

— No mucho.

—Creo que debiste tener una pesadilla. Quizás estabas sonámbula y lo soñaste todo.

— ¿Qué paso ayer por la noche? — se interesa mi abuela.

— Nada...

— Que Amara subió a la torre y asegura que vio a una niña bailar — dice mi tía.

— ¿La viste Amara? — me pregunta mi abuela con esa arruga profunda en la frente.

— Quizás lo soñé... Debió ser eso — contesto para evitar más preguntas.

— Seguramente. Tienes una imaginación prodigiosa... — dice mi tía.

— Me tengo que ir. Tengo clase de historia con Jane...

— ¿Con Jane...? ¿Y qué cosas te enseña esa institutriz? ¿No os llenará la cabeza de locuras?

— Lo normal abuela: matemáticas, geografía, inglés... ¡Un rollo! —le contesto bufando.

—Tu padre debe ser un hombre desalmado si os obliga a estudiar en verano — dice mi tía—. Si terminas pronto iré a bañarme a las pozas. Si te animas puedes venir conmigo.

— Vale. En una hora habremos terminado la clase. Si me esperas voy contigo.

— Trato hecho, pero llevas tú la nevera con la bebida — ya decía yo

que era raro que me invitara a ir con ella sin ningún interés.

Resignada me dirijo a la clase de Jane que nos espera en la biblioteca. Ha habilitado un espacio para nuestros estudios.

— Hoy vamos a hacer una clase distinta — nos dice Jane —. Aprovechando que Amara está investigando la historia de la familia en la Reconquista, vamos a repasarla.

—¿Estarás de broma? — rebuzna Robert fuera de sí — Me puedo tragar una clase de inglés, ¡pero una de historia, es inhumano!

—Por favor, ¡compórtate!

—Menudo rollo...

—A ver si os acordáis, ¿qué es la Reconquista?

—Lo de que los cristianos echaron a patadas a los perros musulmanes — dice mi hermano.

—Sin faltar a nadie el respeto... Eran religiones opuestas, pero ambas muy importantes en aquella época. ¿Os acordáis cuándo comenzó y terminó?

—Terminó el mismo año que se llegó a América. En 1492.

—Así es. Y empezó muchos siglos antes. En el año 722, que fue cuando Don Pelayo emboscó a los musulmanes en Covadonga. Luego reconquistó Gijón y otros cristianos se le unieron en la lucha inspirados por sus triunfos.

—Y seguro que les dieron su merecido — dice mi hermano entusiasmado por la victoria de los cristianos.

—En realidad, la Reconquista comenzó solo siete años después de que los Sarracenos entrasen por Gibraltar y tomaran casi toda la península. El resto de los siglos, los cristianos estuvieron luchando para recuperar el terreno perdido, mientras los musulmanes creaban el Al-Ándalus.

—¡Malditos! ¿Sólo en siete años invadieron toda España los “moros”? — pregunta mi hermano muy ofendido.

—En muy pocos años habían tomado prácticamente toda la península, que aún no era España, sino muchos reinos distintos que eran enemigos entre sí. Por eso les fue tan fácil a los musulmanes invadir todas las tierras: los cristianos estaban muy divididos, no consiguieron hacer un frente común y no lograron ayuda del resto de reinos europeos que estaban ocupados con sus propias guerras — nos cuenta muy seca Jane. — Sin embargo, el Califato sí apoyó la conquista. Además, la cultura musulmana en aquella época era muchísimo más avanzada que la cristiana. Por lo que gran parte de la población de la península se fue convirtiendo al islam.

—¡Traidores!

—Posiblemente la gente vivía mejor con los musulmanes — le suelto a Robert para fastidiarle aún más.

—Así era —confirma muy seriamente Jane. — Mientras los cristianos ni se lavaban y usaban “boñigas” para curar sus heridas, los musulmanes tenían médicos, astrónomos y todo tipo de estudiosos.

—¿Boñigas? ¡Qué asco! ¡Eso te lo has inventado! — yo me parto de risa mientras mi hermano pone caras raras y Jane mantiene esa postura severa de siempre.

—Me temo que no...Los heridos solían morir de infecciones derivadas en gran parte por esos tratamientos tan primitivos.

—Yo me moriría de “asco” — comenta Robert con cara de repugnancia.

—El caso es que los cristianos estuvieron hasta los Reyes Católicos luchando contra los musulmanes para recuperar la península. Y fue en el 1492 cuando, con las Capitulaciones de Granada se dio por terminada.

—Y nuestros antepasados participaron en la Reconquista, ¿no? — pregunto, esperando que Jane sepa algo de nuestra propia historia.

—Sí, los musulmanes entraron a la región de Ávila por Gredos y Guisando a los tres años de llegar a la península. Y durante muchos siglos la zona fue un punto estratégico, ya que las batallas por su posesión fueron constantes. Se conquistó y reconquistó muchas veces hasta que quedó prácticamente despoblada porque la gente huyó cansada de tanta violencia. Los sucesivos reyes intentaron repoblar la zona entregando tierras a los súbditos que les ayudaban en la contienda.

—Y eso le paso al primer Marqués, ¿no?

—Efectivamente, le entregaron este mayorazgo que estaba situado entre Gredos y la ciudad de Ávila a cambio de defender el acceso para evitar una nueva invasión.

—Un Marqués de Águilas Negras participó en la batalla de Granada, ¿no?

—Sí, y generación tras generación los marqueses además de defender el acceso a la ciudad proporcionaban su ejército a los reyes para la contienda. Uno de ellos pereció en la batalla de Granada.

—¿Y qué pasó con su familia? — pregunto esperanzada de que Jane lo sepa.

—No lo sé, Amara. Si quieres saber de tu familia deberías ver los registros eclesiásticos.

—Pues yo me conozco una leyenda sobre los hijos de ese Marqués... — comenta Robert divertido —La que te contó la abuela sobre los niños encerrados en la torre..., pero yo me la sé de otro modo: según dicen toda su familia fue asesinada y descuartizada, y sus huesos enterrados en alguna parte del castillo por lo que sus almas aún andan por este lugar. — dice Robert con

cara de interesante.

—Tonterías. Eso solo son supersticiones— le contesta Jane mirándome con intensidad. Es como si sus ojos quisieran preguntarme algo que no logro identificar.

—¿No la habéis escuchado? Es muy famosa en el pueblo.

—Pues no. — contesto apartando con esfuerzo la mirada de los ojos de Jane. —No bajo al pueblo nunca.

—Todos juran que en este castillo pasan cosas extrañas cuando está cerrado. Gritos en la noche, lamentos, luces espectrales, personas que desaparecen...

—¿A ti también te lo han contado? — pregunto sorprendida de que mi hermano haga caso a esas cosas.

—Eso solo es la ignorancia de los pueblerinos — contesta tajante Jane cortando nuestra desbordante imaginación.

—¿Dicen que el castillo fue maldito por unas brujas! Dicen...

—¿Eso son solo supersticiones de gente sin cultura! —nos contesta enfadada Jane por las tonterías de mi hermano. Yo la miro sorprendida, jamás la había visto perdiendo su estricta compostura.

—Debe ser... ¡Anda! ¡Ya ha pasado una hora! — suelta mi hermano ignorando la cara desenchajada de nuestra institutriz; da un salto y se levanta de su asiento —. Muy interesante la charlita de historia, Jane — dice antes de salir a toda prisa de la biblioteca.

Salgo impresionada por las palabras del idiota de Robert y sorprendida por el comportamiento de Jane. ¿Qué más había en su expresión? ¿Preocupación? ¿Inquietud? Mira que llevo años con Jane y nunca la había visto perder los papeles. Si ella es fría como un témpano. La verdad, es que no sé absolutamente nada de ella. Es completamente un misterio para mí a pesar

de llevar toda la vida a nuestro lado.

Salgo a la puerta y mi abuela me está esperando. Creo que no voy a poder escaparme de esa conversación que quiere tener conmigo.

—Amara. Deberías ponerte un pasador. El pelo en los ojos no es bueno — ya empieza con mi peinado. — Estoy preocupada por ti —lo que menos deseo es este tipo de charla. — Me contó tu padre que habías tenido un mal año por culpa de unas chicas que te hacían la vida imposible.

— Un poco abuela...— le contesto mientras pienso cómo escapar.

— Recuerda quién eres ante todo. Tu familia siempre ha sido importante. No debes dejar que lo que dicen te afecte. Ese es el modo de superarlo. Ellas son inferiores, ridículas y no merecen tu atención. ¡Debes pensar así para sobrevivir! Siempre recuerda, debes ignorar a esa gente zafia que te tiene miedo y se mete contigo. Te temen porque eres muy especial e inteligente. No lo olvides.

— No abuela...

— Ellos te harán daño solo si te dejas. Recuerda que estás por encima de todos. De lo que digan, de lo que murmuren, de las supersticiones y envidias. Eres de mi sangre y esas cosas son superfluas. Tu destino es grande. No lo olvides.

Flipo con mi abuela. ¿Que mi destino es grande? ¿Me querrá casar con alguien con mucha pasta? Miedo me da... Siempre anda con lo de nuestra estirpe y esas cosas. Intento alejarme lo más rápido posible cuando al doblar la esquina del pasillo me choco con mi padre.

— ¡Perdona! — le digo apresuradamente esperando una nueva reprimenda sobre cómo debe comportarse una señorita.

— ¡Qué prisas son esas! Cualquiera diría que huías...— me mira de lado y esboza una media sonrisa cuando me dice. — ¿Quizás de tu abuela?

— Pues sí — le contesto flipando con la broma de mi padre; el hombre más seco y serio del mundo.

— No me extraña. Yo la he sufrido toda mi vida. Quizás te ha contado eso de que somos mejores que los demás con sangre noble.

— Algo parecido. Bastante insufrible — le digo sorprendida.

— Ella se preocupa por ti porque sabe que lo has pasado mal. Todos nos preocupamos. — vaya, me deja de piedra. Pensé que no se había dado cuenta de lo que me sucede.

— ¿Tú...? ¿Tú sabes lo que me ha pasado? — le pregunto cohibida y alucinada porque pensaba que no le interesaba nada mi vida.

— Bueno, en realidad yo sé mucho sobre tus problemas, porque aquí donde me ves yo fui un niño que sufrí lo que ahora se llama “bullying” cuando era pequeño — le miro sorprendida. No me lo puedo creer. — Sí, no me mires de ese modo. Antes no era así: era bastante chiquitajo, llevaba gafas, aparato y tenía la cara llena de granos. Era un tipo bastante inseguro.

— ¿En serio?

— Pues sí. Era un adefesio. Cuatro ojos, boca de buzón, “marquesenano”... Había muchos adjetivos para mí. En los recreos venían a por mí. A pegarme. Yo me escondía, pero me encontraban al final.

— No lo sabía...

— No siempre me pegaban, otras veces me insultaban. No sé qué era lo que más me dolía. Pasé unos años muy difíciles. Sin amigos, odiando ir al cole, odiándome a mí mismo.

— ¿Y cuándo terminó?

— Pues gracias al cielo crecí, me puse lentillas y me quitaron el aparato. Pero creo que fue cuando comencé a hacer karate. Llegó un momento que yo era más alto y más fuerte que todos esos idiotas. Pero el cambio no

solo fue de mi cuerpo, sino de cómo me sentía yo. De cómo me veía a mí mismo. El deporte me ayudó mucho.

—Yo no puedo crecer...—jamás me había contado mi padre su historia y nunca hubiera esperado que lo hiciera hoy. ¿Qué bicho le habrá picado?

—No importan los demás. El cambio lo haces tú por dentro. Todo acaba cuando te deja de importar lo que opinen los otros porque te sientes bien contigo mismo. ¿Lo comprendes?

En ese momento aparece Gema con todo el kit de piscina y me siento aliviada de terminar con todas estas conversaciones tan surrealistas. No sabía que mi padre supiera que este año lo hubiera pasado mal en el instituto. ¿Y qué le habrá empujado a hablar conmigo? Él que siempre me esquivo. Estoy totalmente confusa.

A pesar de ir con mi tía a las charcas y luego comer con la familia, hoy mi cabeza vuelve una y otra vez a la misma pregunta: ¿será verdad que algo horrible les pasó a esos niños? Tengo que ir a la ermita como sea y ver los registros de la familia. Tras la comida, intento escaparme nuevamente de la parentela porque esta tarde Pablo me quiere enseñar algo:

— Perdonadme, pero he quedado con un amigo para dar una vuelta por la zona.

— ¿Un amigo? ¿No será el vulgar jardinero? —pregunta mi tía irónica.

—Espero que te alejes del jardinero ese, hermanita —me increpa mi hermano, justo antes de meterse en la boca una cucharada de tarta de manzana—. Es un pueblerino paleta que solo sabe chulearse de las “forasteras” que se liga cada verano — dice escupiendo trozos de masa por la boca.

— Robert, ¡no hables con la boca llena! — le regaña mi abuela. —

¿De qué jardinero habláis?

— Del novio de mi hermana. Es el sobrino de Antonio y Berna.

— ¡¿De Antonio y de Berna?! — grita mi abuela espantada. — Espero que sea una vil mentira porque ese tipo de gente soez, mediocre e inculta no te llega ni a los talones.

— Yo... Solo hablamos de vez en cuando...

— Ah, bueno. Siempre hay que ser educado, hasta con los inferiores.
— me suelta.

— A ver mamá. No seas del año Mary Castaña... Ahora nadie es inferior, todo el mundo va a la escuela y ese chico está estudiando para médico. Ahora somos todos iguales. ¿No es eso lo que se lleva?

—Te confundes hija. Nosotros somos los que sabemos lo que conviene. Son siglos teniendo negocios, controlando los mercados y tomando decisiones importantes para el bienestar de todos. Si no fuera por nosotros que les damos trabajo, esa gente estaría perdida.

—Abuela, no estoy de acuerdo — salto cansada — La educación ha marcado la diferencia y hoy en día todo el mundo sabe lo que le conviene. Por eso vivimos en democracia.

—Créeme Amara, la gente no sabe lo que vota y hacen presidente a personas ineptas que nos llevan a la ruina...

Por fin logro escaparme de la discusión de política y salir al jardín sin dar demasiadas explicaciones a mi familia y esquivando a Jane; no vaya a ser que quiera continuar con la clase de historia o con su silencioso interrogatorio. Desde que llegaron mi abuela y mi tía, no come a la misma hora que nosotros, es como si la estuviesen evitando. Hay algo que se me escapa entre ellas porque me da la impresión de que no se tienen mucho aprecio. En algún momento tendré que preguntar a alguna qué ocurre.

¡Pero qué más me da a mí la relación que haya entre ellas! ¡He quedado con Pablo a las cuatro en la vieja cancela! Después de mi huida el otro día en la charca hemos hablado un par de veces como si nada hubiera pasado, y aunque aún no me fío de él voy a darle una oportunidad como me aconsejo mi tía. Solo para conocernos un poco mejor, pero manteniendo las distancias. Nada de besos y las manitas lejos de una menda.

Me está esperando en la puerta de la finca con su moto. No entiendo nada de estos cacharros, pero ésta tiene buena pinta; es una Yamaha y parece bastante grande y potente. Escondida entre los arbustos, le observo un rato, suspirando como una idiota por lo bien y ajustada que le queda la camiseta. Estoy a punto de girarme y huir asustada por lo que siento, cuando me descubre y saluda con la mano.

—¡Hola! ¡Vamos Amara! Te voy a enseñar mi tierra. — me propone señalando la moto. Yo jamás he montado en ninguna y no sé si me mola la idea.

—¿No correrás mucho? —pregunto acobardada cuando me acerco.

—Tranquila, soy un tipo prudente. ¿No lo parezco? —me responde tomándose el pelo.

—¿Estás seguro? — le amenazo desconfiada —. Como vayas muy rápido me tiro de la moto.

—Seguro... Ponte el casco y sube, no seas cagueta.

Me pongo el casco, me subo detrás de él y me siento recta como un palo intentando no pegarme demasiado a él.

—Mira Amara —se gira y me explica como si hablara con un niño chico —. Para que vayamos bien los dos en la moto, mejor agarrarme de mi cintura, que no muerdo...— me mira divertido —. Y debes dejarte llevar por mis movimientos siguiendo la inercia. Si me tumbo, tú te tumbas, no tengas

miedo. Relájate y disfruta de la experiencia.

¿Cómo que si se tumba? ¿Dónde se tumba? Pienso, confusa. Entonces arranca y nos alejamos del mayorazgo despacito. Bueno, si es a esta velocidad lo aguanto bien. Toma la carretera que sube a la peña del Perro Viejo; la llaman así porque si le echas imaginación la peña parece el cuerpo de un viejo perro cansado.

Subimos la serpenteante vía hacia la cima, rodeados de pinos altísimos que nos proporcionan sombra y frescor. Huele fenomenal. Aunque no quiero, en el fondo, me siento muy emocionada. A pesar del casco noto cómo el viento recorre mi cuerpo, cómo el motor vibra entre mis piernas y el paisaje verde pasa veloz ante mis ojos. Entonces, Pablo comienza a acelerar la moto y de pronto comprendo lo que quería decir con “tumbarla”. En cada giro la Yamaha se ladea dando la impresión de que rozamos el suelo. Mi corazón comienza a palpar a mil por hora y la sangre golpea violentamente mis sienes. Me agarro con más fuerza a su cintura mientras la emoción sacude mi alma. Quizás tengo un miedo horrible, pero me colma una sensación de libertad, de júbilo y entusiasmo que me hacen sonreír de oreja a oreja. Una exaltación me recorre, algo así como la felicidad. Quiero gritar como una loca, pero me contengo para no hacer el ridículo delante de Pablo. No sé, quizás es la adrenalina, quizás la aventura de ir en moto por primera vez o simplemente tener a este chico estrechado entre mis brazos.

Recorremos kilómetros de sierra rodeados por frondosos, altos y eternos árboles. Yo levanto la cabeza para ver a través del cristal del casco cómo la luz se filtra entre las copas de los pinos que rodean la estrecha carretera. Me da la impresión de que mil hadas iluminasen con su luz centelleante mi maravillosa aventura.

Llegamos a la parte más alta de la montaña desde donde se aprecia una vista impresionante de la zona. Pablo se detiene de vez en cuando para

mostrarme un rincón especial, un pueblo encalado de la región, las escarpadas paredes de piedra de los Galayos, o el pico de la Mira. Bebemos en cada manantial o fuente que encontramos, comemos moras e higos salvajes y reímos sin parar. Y yo me siento tan viva..., más viva que en todo el año pasado, más feliz que hace mucho tiempo.

Lejos del frío invierno, de la negrura de mi corazón, de la soledad de sentirme odiosamente distinta. Esa tarde descubro que con él puedo ser yo misma, sin ocultar mis pensamientos, sin controlar mi forma de ser. Puedo compartir mis impresiones sin temer el rechazo, a decir algo inoportuno o parecer distinta o rara porque parece que le gusta que yo sea como soy. Se muere de risa con cada ocurrencia mía y disfruta con mis extraños descubrimientos. Parece que le encanta como soy y eso me hace sentir tan tremendamente bien.

Llegamos a un antiguo puesto forestal con un mirador desde el que se ve prácticamente todo el valle. Me señala en medio del paisaje un sitio importante para él, un maravilloso pueblecito blanco llamado Guisando al lado del río Pelayo, donde me dice que nació. Me cuenta orgulloso que, según Cela, es el pueblo con las vistas más bellas de toda España. Y yo trato de imaginarme un niño de ojos dorados viviendo en ese precioso lugar.

La tarde está avanzada y el sol baña con caprichosos colores el monte. Las nubes en el cielo pintan dibujos anaranjados a lo largo de todo el valle que hacen que la tarde parezca embrujada. Es una visión asombrosa. Completamente mágico. Quiero recordarlo cuando ya no esté aquí. Respiro hondo para que mis pulmones se llenen del olor fresco del monte. Es tan maravilloso. Me apoyo en la barandilla sin aliento sintiendo que el tiempo se ha parado especialmente para mí. Pablo se coloca a mi lado y comienza a señalarme los distintos lugares que se reconocen desde allí. De pronto siento su mano ardiendo en mi cintura y no me atrevo a respirar por si se rompe el

hechizo.

Parece que eso le anima a atreverse más porque me abraza por detrás abarcando toda mi cintura. Quedamos callados. Siento su aliento en mi nuca y se me erizan todos los pelos del cuerpo. Cierro los ojos porque ahora mismo el paisaje se ha borrado de mi pensamiento; yo solo quiero sentirle.

De pronto noto sus labios en mi cuello y quiero morir. Querría salir corriendo porque me tengo mucha vergüenza, pero estoy congelada y ni siquiera puedo respirar. Continúo mirando al frente sin ver en realidad nada mientras sus labios se entretienen recorriendo a besos mi piel. ¡Por Dios! ¿Cómo es posible que no sepa qué hacer?

Me siento tan estúpida porque no sé cómo reaccionar. Quizás debería volverme y comérmelo a besos, aunque entonces pensaría que soy una chica fácil y no merezco la pena. Entonces, ¿debería volverme y darle una torta? ¿No hacían eso en las películas antiguas? Pero, por favor, que estoy en el siglo veintiuno y no en la época de la Reconquista. Soy una chica moderna, madura... y ahora mismo muy asustada porque no quiero estropearlo.

Suavemente me gira y nuestros ojos se encuentran. Entro en el cielo al perderme en el dorado de los suyos. Me estalla el pecho y me tiemblan las piernas. Me encanta, pero estoy tan aterrada con hacer el ridículo que me encuentro bloqueada, rígida, tiesa como un palo. Quizás me está dando tiempo para que yo dé el siguiente paso, pero soy incapaz de hacerlo.

Rezo para que lo haga él, y debe ser que se escuchan mis plegarias porque sus labios se acercan a los míos que sueltan un suspiro de alivio. Su boca es cálida, suave y húmeda, y encaja a la perfección con la mía. Me besa con infinita suavidad unos minutos y se aparta. Yo le miro anhelante porque me ha sabido a muy poco y en ese momento descubro, sin ninguna duda, lo que he de hacer: le echo los brazos al cuello y le beso esta vez yo. Algo como una ansiedad o quizás lo que llaman pasión empieza a arrastrarnos a un excitante

baile de movimientos persiguiendo nuestras bocas mientras se acercan y alejan al compás de un ritmo cada vez más frenético. Su lengua, para mi sorpresa, se cuela entre mis labios buscando la mía hasta que la atrapa. Yo se la regalo encantada.

Entonces, una de sus manos abandona lentamente la cintura y me agarra un pecho. ¡Joder!

—¿Qué haces?! — le grito mientras le empujo con fuerza.

—Nada... — me responde asombrado.

—¿Nada?! ¡Me has metido mano! — le digo enfadada.

—Es lo normal, ¿no? — responde.

—¿Normal para quién? — le grito incrédula.

—¡Pues para todos! — me contesta sorprendido.

—¡Pues para mí no! — le respondo más enfadada — ¿No serás otro capullo que sólo se quiere reír de mí?

—¿Por qué iba a reírme de ti? — trata de razonar conmigo.

—¿Otro que solo quiere aprovecharse de mí y luego ir contando por ahí sus logros? — le digo girándome y secándome una lágrima de desilusión.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? — dice buscando otra vez mi rostro.

—Porque apenas te conozco y ya querías aprovecharte.

—Solo quería sentirte.

—¡Sentir mi teta, querrás decir! — le grito de nuevo enfadada. — ¡Quiero irme a casa! — le ladro exigente.

—¿Pero qué te pasa? No eres una cría de trece años. Ya sabes lo que ocurre con estas cosas, ¿no? — contesta perdiendo la paciencia.

—¿Me estás llamando infantil? — le grito.

—Pues sí. Te comportas como una bebé. —me responde molesto.

—¡Me comporto como me da la gana! Por favor, llévame a casa. — le pido cortante.

Monto en su moto y esta vez trato de no agarrarme como antes. No sé quién se ha pensado que soy el gilipollas este. Según van pasando los kilómetros de regreso voy sintiéndome menos enfadada y más triste y desilusionada. Estoy muy herida, me ha defraudado completamente. Yo pensaba que él era distinto, que no se parecía en nada a los chicos del insti que durante el curso se habían acercado a mí para presumir de haber estado con la rara. Yo pensaba que le gustaba tal y como era... Después de tantos días conversando, riendo, pasándolo bien, parece que todo era mentira y no le gustaba mi forma de ser. Todo era un ardid para llevarme al huerto.

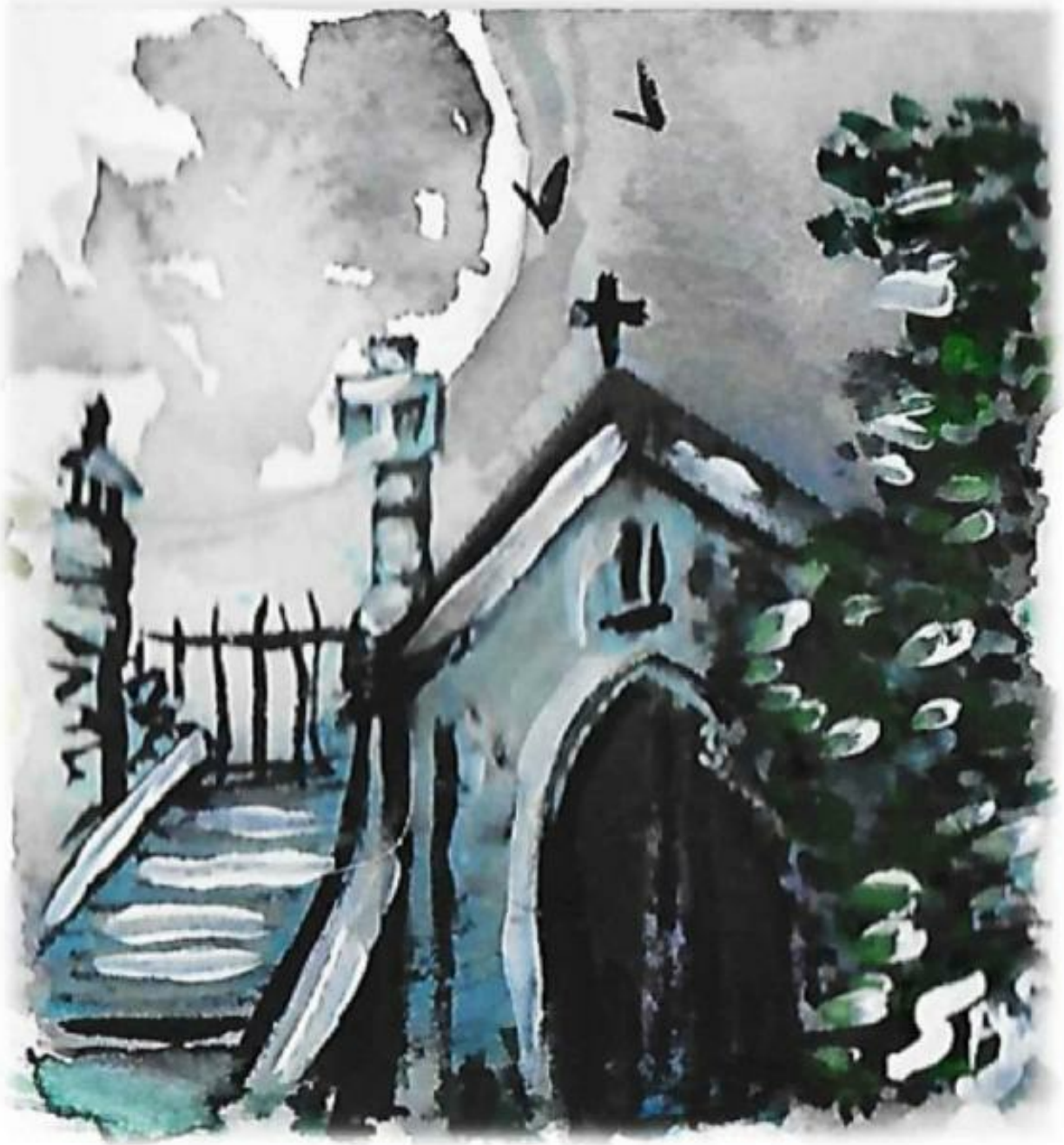
Estoy tan dolida por el engaño que las lágrimas arden y escapan sin que yo las pueda controlar de mis ojos. Menos mal que llevo casco y nadie las puede ver.

Llegamos a la puerta de la casa, me bajo, le devuelvo el casco sin hablar y cuando empiezo a largarme de esa humillante escenita me llama:

—¡Amara! ¡Espera!

Me giro esperanzada por si se va a disculpar, cuando me dice:

—Se me olvidaba. Mi tío me ha dado esta llave para ti. Es de la vieja ermita. Me ha dicho que tengas cuidado y no pases por detrás del altar, las maderas están podridas y habría que cambiarlas.



VIII

No logro pegar bocado en la cena, no sé si por el disgusto con Pablo o por la ansiedad de ir a la ermita para comprobar si se encuentran allí los registros de la familia que necesito. Mi trabajo en la biblioteca es lento y

tedioso; esta familia tiene demasiada documentación inútil guardada y no doy con lo que busco: más información sobre esos niños.

No puedo quitármelos de la cabeza, sobre todo a Maira, porque estoy convencida de que la niña que vi y desapareció no era una niña normal, sino una nueva visión tan real que me confundió. Solo así explicaría que Gema no la viese y que haya salido de la torre. Tengo la horrible sospecha de que a esa niña le pasó algo en este castillo y por eso se me aparece. Creo que fueron sus ojos los que vi en mi espejo, que aún no me atrevo a destapar, y fue también ella la que me habló cuando estaba en la cama.

Sé que no son horas para investigar, pero no puedo dormir, doy una y mil vueltas en la cama y las sábanas se me pegan. A pesar de que en Ávila por la noche bajan mucho las temperaturas, hoy hace un calor sofocante que no me deja relajarme; o quizás soy yo la que está acalorada por todos los pensamientos que bullen en mi cabeza y no consigo dormir.

Son las dos de la mañana y no he conseguido pegar ojo, así que decido ir a la ermita. Mi vida no es una película de terror donde la inocente protagonista se mete en la boca del lobo. ¿Qué puede pasar porque eche una ojeadita a la vieja ermita? Total, mis visiones las tengo tanto de día como de noche... Y los malos momentos pueden ocurrir a cualquier hora del día, incluso con un maravilloso atardecer.

Nuevamente mi mente vuela hasta Pablo y esa sonrisa a medias que muchas veces me dedicaba. Y pensar que hasta había pensado contarle lo de mis alucinaciones. Menos mal que no lo hice o entonces sí que se habría divertido contándoselo a todo el pueblo. Siento que una rabia profunda se apodera de mí. No soy una niñata como siempre me acusa. Voy a descubrir qué pasa en este maldito castillo.

Me visto, cojo la linterna y la engancho al pantalón, salgo de mi habitación lo más silenciosa posible y paso por delante de la puerta de mi tía y de Jane,

conteniendo el aliento e intentando hacer el menor ruido posible. Bajo las escaleras y salgo a la calle, cruzo el jardín, que por la noche me parece lúgubre y sombrío, sobre todo por la extraña niebla que se arrastra a mis pies. Observo hechizada cómo brilla una extraña y enorme luna entre oscuras nubes que forman imágenes fantasmagóricas en el cielo. La imagen me sobrecoge. Acelero el paso con una especie de desasosiego en el alma. A medida que me acerco a la abandonada ermita las ramas desnudas de los árboles se extienden densas y afiladas hacia el cielo oscuro, retorcidas, haciendo nudos entre sí y cerrándome el camino hacia la capilla. Quizás es mi estado de ánimo, pero me da la impresión de que no quieren que me acerque y me obstaculizan el camino.

Un violento escalofrío recorre mi espalda al entrar por la verja que rodea la ermita. Desde allí se ve parte del cementerio y es entonces cuando las nubes se apartan del todo y la luna ilumina a alguien arrodillada sobre una de las tumbas. ¿Quién es? Juraría que es mi tía Gema. ¿Qué hará allí a estas horas? Me parece que está en la tumba de su gemelo, esa tan bonita del ángel. Verla así bañada por la luz inquietante de la luna me hace sentirla de otro modo. Me siento aturdida, tanto que me detengo en seco con la intención de volverme corriendo a la cama, pero sé que mi tía es inofensiva, no entiendo por qué me he asustado tanto. Mañana le preguntaré qué hacía allí.

En realidad, mi necesidad de saber puede más que el mal sentimiento que me invade: estoy segura que esta noche encontraré alguna pista más sobre Maira. Necesito saber que existió, que no estoy loca, que hay algo real en todo esto. Así que me obligo a continuar hasta llegar a mi meta. Miro hacia la ermita y observo sorprendida que hay cuervos en el tejado. Nunca antes los había visto. ¿Serán una mala premonición?

Llego al pequeño templo que es una edificación de piedra con techumbre de madera y una gran puerta envejecida. Saco la llave de pesado hierro y la

inserto en la cerradura. Hago fuerza para girarla, pero debe estar atascada de tanto tiempo sin uso. Forcejeo nerviosa, porque quiero entrar a toda costa y al final logro que gire y que la puerta se abra con un agudo chirrido. ¡Dios! Debería marcharme, este lugar no tiene demasiada buena pinta, dice una voz en mi cabeza. Venga, Amara, aquí está lo que buscas, si no lo encuentras no podrás descansar, dice otra voz. Dudo, pero finalmente paso, para que luego diga Pablo que soy una “cobardica” infantil.

Giro la manivela de mi linterna, la enciendo y avanzo despacio por la oscura estancia. La ermita es muy pequeña, tiene una pequeña planta rectangular con una sacristía y un sagrario al lado del altar, que es donde debe estar el registro que yo busco. Abro el sagrario y rebusco entre los libros de la eucaristía hasta encontrar el que quiero: uno que pone “Registro” con letras antiguas. Lo saco y lo abro. Lo ilumino como puedo con la luz de mi linterna y comienzo a pasar páginas buscando alguna referencia del nombre de Maira o alguna defunción demasiado temprana.

Encuentro la de mi tío, el gemelo de Gema, fallecido en 1988, a los diez años de edad. Ni mi padre, ni mi tía, ni mi abuela han querido contarme jamás qué pasó el día del accidente, pero siempre he escuchado que mi tío se resbaló, con tal mala suerte que se golpeó la cabeza contra una piedra. Nada pudieron hacer por él porque una hemorragia cerebral acabaría con su vida horas después.

Siempre he escuchado que los gemelos son inseparables y que lo que uno siente el otro también lo nota. ¿Me pregunto qué sentiría mi tía al perder a su gemelo? Nunca ha querido hablar del tema, pero tampoco la he visto jamás triste o apenada por echar en falta a su media mitad; salvo esta noche en el cementerio. Para mí, mi tía Gema siempre ha sido ejemplo de la felicidad, del éxito y de saber aprovechar la vida. Los dramas no van con ella. Ella consigue simplemente lo que quiere. Lo ve y lo toma, sin historias.

Continúo buscando en el registro retrocediendo en el tiempo, repasando los nacimientos y muertes de mis antepasados. Encuentro el de mi padre, la muerte de mi abuelo, el nacimiento de mi abuela, mi bisabuelo y así consecutivamente. Nacimientos y muertes separadas por décadas de años. Ni rastro de los niños que busco. Paso las páginas angustiada, porque el lugar me inquieta mucho y no debería estar allí de noche. Entonces llego al año 1490 y me encuentro de nuevo el signo extraño que vi en la pared, la cruz con la “U”. Continúo leyendo y doy un grito de satisfacción al ver los nombres de Maira y Gonzalo. ¡Son dos! ¡Son ellos! Salto de alegría por mi descubrimiento. Pero es la fecha de su nacimiento: ¡eran gemelos! Paso las páginas buscando la de su muerte, pero no está. ¡Maldita sea! Continúo sin saber qué les pasó. Aunque al menos sé que existieron de verdad. Maira y su hermano Gonzalo nacieron y vivieron en este mismo castillo, y por lo que sé continúan atrapados por algún motivo aquí.

Entonces siento una fuerte ráfaga de viento helado que me golpea con fuerza y cierra la puerta de golpe. ¡No! ¡No puede ser! Me dirijo hacia la puerta para volver a abrirla cuando percibo una fuerte presencia que detiene mi paso y me obliga a retroceder asustada hacia el altar. Hay alguien más conmigo en la ermita, pienso aterrada.

Se me encoje el alma mientras alumbro con la linterna todos los rincones de la iglesia, aunque sé que no encontraré a nadie. El ser que me acompaña no es de este mundo. Es una sombra inquietante procedente del más allá.

—¿Qui...Quién hay aquí? — me atrevo a preguntar.

Nadie me contesta, pero el ambiente se condensa, el frío se hace más profundo y noto angustiada que me rodea algo oscuro y plomizo, denso y agobiante que me impide respirar con normalidad. Percibo una gran desolación a mi alrededor. No sabría explicar por qué lo sé, pero lo intuyo, y el terror crece dentro de mí. ¡Tengo que salir de aquí! Sé que algo malo va a

pasar, que por algún motivo no hay remedio, todo está perdido, lo percibo con claridad. Lo siento, siento su rencor, su desesperación.

Intento correr de nuevo hacia la puerta para escapar, pero su presencia me corta el paso, me rodea y envuelve como si fuera una serpiente gigante, la noto oprimiéndome, atrapándome, inmovilizándome. La pena me parte el alma, el dolor es demasiado intenso, no puedo soportarlo. Entonces comienzo a retroceder hasta chocar con el altar, trato de escapar por detrás para dirigirme a la sacristía alejándome de su presencia. Pero el suelo se hunde bajo mis pies; intento agarrarme a las tablas y se deshacen entre mis dedos; caigo al vacío. Me golpeo contra el suelo y noto un gran dolor en la frente y en el brazo. Me duele mucho y no puedo moverlo, aunque intento incorporarme. Es entonces cuando, con gran estruendo, se viene abajo también el techo de la iglesia, arrancando la cruz de la pared y cayendo todo sobre mí.

Abro los ojos y todo es oscuridad. El polvo no me deja respirar y no puedo pensar con claridad. ¿Dónde estoy? Me duele mucho el brazo. Me lo he debido romper. Recuerdo que llevo la linterna enganchada al cinturón, la busco con el brazo bueno y trato de darle a la manivela con ayuda de la boca. Se enciende con un hilo débil de luz y descubro que me encuentro bajo la cruz, que me ha protegido de la viga del techo que, sin duda, me habría matado. Es un milagro que la techumbre de madera no me haya herido de gravedad, aunque me ha golpeado las piernas, pero las puedo mover. Siento también dolor en la frente y compruebo que me sangra bastante. Debo haberme hecho una brecha. Comprendo con angustia que estoy atrapada en el sótano de la ermita.

Me quedo callada e intento percibir algo, esforzándome por ver en la oscuridad. Pero no hay nada, la horrible presencia se marchó y yo quedé encerrada. Grito, pero parece que nadie me escucha. Estoy atrapada aquí abajo y nadie lo sabe. Tengo mucho miedo de que vuelva ese ente pernicioso.

Me desespero y no consigo contener un llanto histérico. Mi barbilla tiembla y los mocos se escapan de mi nariz. Me los sorbo como haría una niña chica y me encojo en el suelo desolada y vencida.

De vez en cuando la linterna se apaga, y mientras hago girar la manivela con dificultad me quedo en la más profunda oscuridad; dolorida, asustada y desesperada. En esa soledad tan pienso en mi madre y en lo poco que sé de ella. Me encantaría poder sentir su presencia como me ocurre con el resto de almas. No sé qué hay después de la muerte, pero por mi experiencia seguro que algo hay. Y en ese caso, ¿por qué ella no contacta conmigo? Me gustaría preguntarle tantas cosas, contarle cómo soy, cómo pienso, cómo me siento... La echo tanto en falta... Ella sí me habría querido. Lo sé.

Nadie me quiere. Nadie sabe que estoy aquí porque a nadie le importo. Solo soy un problema para todos. Una “rara” molestia. Mi padre me odia, mi hermano me detesta, Jane me desprecia, a Gema le doy pena, mi abuela solo quiere usarme para recuperar el esplendor de la familia y Pablo... solo quería aprovecharse de mí. No sé para qué lucho, para qué me empeño en sobrevivir. Todos serían más felices si yo no hubiera nacido. Mi madre viviría y sería feliz con mi padre y Robert. Ya no enciendo la linterna...

Se cuele la luz de la luna por el techo roto y les veo efímeros y brillantes: una niña rubia preciosa y un muchachín de rizos dorados revoltosos. Los niños se acercan a mí despacio, como con miedo, y se sientan a mi lado. Poco a poco me voy encontrando mejor, ya no me siento tan sola. Ellos me sonríen y una ola de calor me llena el corazón. Al menos les tengo a ellos...

Entonces escucho una voz que me llama desde arriba. ¿Me llaman? Nuevamente escucho la voz lejana. Me parece Pablo... Imposible. Debe ser mi imaginación, ¿qué podría hacer aquí de madrugada? Mi cerebro me está gastando una mala jugada. Cierro los ojos desmoralizada, pero la voz es

insistente. Suena justo encima de mí. Presto atención. Juraría que es Pablo de verdad.

—¡Amara! ¿Estás bien? ¡Contesta por favor!

—¡Pablo! ¡Pablo! ¡Estoy aquí! ¡Estoy atrapada!

—¿Estás herida? ¿Te encuentras bien?

—Creo que me he roto el brazo. Por favor Pablo, pide ayuda.

—Vale, no te preocupes, volveré pronto.

Me siento tan feliz de que me haya encontrado. Me pregunto qué haría a estas horas merodeando por aquí. Quizás vino a hablar conmigo. Pero a unas horas demasiado extrañas.

Me siento tan cansada tras pasar tanto miedo que ahora que sé que casi estoy a salvo se me cierran sin querer los párpados y me duermo. Mientras estoy atrapada tengo de nuevo extraños sueños.

Sueño que estamos juntos Pablo y yo, en esta misma ermita. Nos miramos a los ojos y nos besamos con verdadera pasión. Yo le amo más que a mi propia vida y sé que él también a mí. A pesar de ello lloro de tristeza. Sostengo un bebé en mis brazos y tengo el corazón desolado por la pena y el miedo. Temo perderle. Le miro y los ojos que me devuelven la mirada no son los dorados de Pablo sino los azules intensos y a la vez afligidos de mi caballero. Lo extraño del sueño, es que yo tampoco soy Amara; soy otra mujer, la bella dama con el alma destrozada porque mi amado marido marcha a la guerra. Sé que es su obligación marchar, pero temo tanto por su vida. No solo tengo miedo por los musulmanes, sino por otros enemigos que detestan que estemos juntos. Enemigos que están muy próximos a nosotros, en nuestra propia familia. No puedo pedirle que no vaya con sus Reyes, pero le suplico que cuide de su vida y vuelva a mi lado y al de sus hijos. Nos volvemos a besar con desazón sabiendo en nuestros corazones que quizás sea la última vez

que lo hagamos.

De pronto estoy sola en la ermita, de rodillas y con las manos juntas agarrando una preciosa cruz con una “U” que forma parte de un rosario de piedras preciosas. Estoy rezando. Llevo el pelo suelto, voy descalza y solo una túnica cubre mi camisón. No veo bien, está todo borroso; entonces me doy cuenta que es por culpa de las lágrimas que salen a raudales de mis ojos mojando mi rostro y mi ropa. Un dolor imposible se apropia de mi ser, destrozando mi alma, no puedo soportarlo, mi amado ha sido herido de gravedad en la batalla y temo por su vida. ¡Dios Todopoderoso! Padre que estás en los Cielos, Tú que eres misericordioso, salva al amor de mi vida. Sálvale, permítele volver con su familia, conmigo. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Permítele vivir!

Unos ruidos me despiertan y me doy cuenta de que alguien baja con unos arneses del techo. Ya es casi de día y entra la claridad a través del tejado destrozado. Se trata de mi hermano Robert que me dice:

—¡Vamos hermanita! Para algo me tenía que servir mi equipo de escalada. Te sacaré de este agujero y me deberás la vida. Estoy pensando en qué pedirte a cambio...

He de reconocer que por una vez en la vida me alegro de ver a Robert. Aunque me temo que me pedirá que sea su esclava o algo parecido para compensarle. Lleva todo el verano obsesionado con abrir una nueva vía de ascenso en las paredes de los Galayos para llegar a la Mira. Robert es aficionado desde chico a la escalada y por eso no se quejó como yo cuando nos dijeron que pasaríamos este verano en el valle. Él estaba encantado de poder escalar todas las vacaciones.

Me engancha el arnés a la cintura y da la señal para que me eleven. Al subir unos brazos me sujetan, cálidos y fuertes, y yo descubro encantada que son los de Pablo: mi caballero salvador. Ante mi sorpresa, es mi padre el que

en el suelo me toma en brazos y me mete en su coche para llevarme al hospital.

Vamos callados todo el trayecto. Intento ocultarme en la manta que me ha dado porque siento vergüenza, como si hubiera hecho algo malo, como si no mereciera su atención, la del señor Marqués. Entonces escucho un suspiro y comienza a hablar mirándome a través del retrovisor. Yo esquivo sus ojos, nerviosa.

—Amara... ¿Sabes que yo te quiero...? — me quedo de piedra. ¿Cómo puede preguntarme eso así de pronto?

—Imagino...— le contesto por no decirle que siempre he pensado que me odia por haber nacido.

—No Amara, no imagines. Yo te quiero muchísimo. Tu hermano y tú sois las personas más importantes para mí en este mundo.

—Ah...—solo acierto a decir con la boca abierta por la sorpresa.

—Siento mucho que lo dudes. Es culpa mía... Lo sé. Lo he hecho todo tan mal.

—Yo...—no sé cómo tomarme estas confesiones de amor. En la vida me ha dicho nada igual y no sé si abrir la puerta y tirarme del coche en marcha para no escuchar más. No le creo.

—He sido muy egoísta concentrándome en mi pérdida, en mi pena. Me acostumbré a vivir así. Hoy me he dado cuenta de que te podía perder también. Me he asustado mucho cuando me dijeron que habías tenido un accidente.

—Yo lo siento...

—Yo siento más que hayas pensado alguna vez que no te quería... — gira la cabeza mirándome un momento directamente a la cara. Yo la oculto aún más en mi manta. Estoy flipando con esta conversación.

—Eres una persona especial, como lo era tu madre. Siempre lo he sabido; desde pequeña lo eres, pero no quería reconocerlo porque me hería

mucho. Te pareces tanto a ella... Más según creces y eso duele mucho porque cada vez que te veo me recuerda que ella ya no está aquí.

—Pues vaya...— estoy conmocionada con tanta sinceridad.

—Yo adoraba cómo era tu madre. La adoraba por ser tan especial. La amaba profundamente. Tienes el mismo modo de ver la vida. De una manera distinta a los demás. Eres una persona única, hija.

—Pues pensé que no te habías dado cuenta y pasabas de mí, ya que todos estos años no me has hecho ningún caso— al final le suelto enfadada.

—Estaba ocupado...

—¿Ocupado con qué? — le grito. —Yo necesitaba un padre a mi lado, pero nunca has estado por muy especial que ahora me veas.

—Estaba ocupado en curar mi corazón. No lo entiendes Amara. La pérdida de tu madre me afectó tanto...

—¡Que no pudiste querer a la hija que la había matado! —le suelto con lágrimas en los ojos. Me duele más esto que mi brazo roto.

—No Amara. Era una persona rota. Mi corazón estaba destrozado. Por favor, créeme. He tardado en curarme y ahora quiero recuperar el tiempo perdido. ¿Me ayudarás?

—Quizás — le respondo sin estar convencida de sus palabras.



IX

Tres puntos en la frente y rotura de cúbito y radio: ya me puedo olvidar de volver a bañarme en la poza con Pablo por unas semanas. Lo bueno es que estoy viva gracias a que la cruz evitó que la viga del techo me aplastara. Fue una suerte, porque si no llega a ser por la cruz, ese ser horrible me habría matado. He pensado mucho en ello y creo que estas cosas, almas, entes o lo que sea que se me aparecen, de algún modo me transmiten sus sentimientos, sus sensaciones y sus vivencias o recuerdos. Debe ser su modo

de comunicarse conmigo.

Ya sé que los niños existieron y que fueron los hijos de uno de los marqueses de Águilas Negras, el que luchó con los Reyes Católicos. Y que ella fue su esposa. Pero ¿qué les pasó? ¿Murió el padre? ¿Será verdad la leyenda que cuentan en el pueblo? ¿El tío mató a los niños? ¿A quién arrastran por el bosque? Todo es una maraña en mi cabeza.

Pero, sobre todo, lo que aún no sé es el motivo por el que se ponen en contacto conmigo. Necesitan ayuda, pero ¿para qué? ¿Qué puedo hacer yo por ellos? Estoy tan sumida en mis incertidumbres que no veo a Pablo llegar a mi banco del jardín abandonado.

—Hola— me saluda con media sonrisa.

—Hola — le contesto poniéndome colorada.

—Te han hecho un buen trabajo de corte y costura —me dice señalando mis puntos.

—Sí, me han dicho que no me quedará casi señal; que me han hecho una costura de estética—le suelto orgullosa.

—Y el brazo... ¿te dolió mucho cuando te lo colocaron?

—Quería morirme, pero soy una mujer valiente —le suelto pensando aquello que me dijo de niña cobarde.

—Sí, fuiste muy valiente. Siempre he sabido que no eres tan cobardica como pareces, solo un pelín quejica— me dice tomándome el pelo y a mí se me escapa una sonrisa de boba. — Pero dime..., ¿por qué fuiste por la noche a la ermita? Si lo sé no te doy la llave.

—No podía dormir...—le contesto sin más. No le quiero contar mi secreto, ya no. Ahora no confío en él, aunque me salvara anoche. — ¿Y tú? ¿Qué hacías allí?

—No quería estar en casa con mis tíos. Así que fui a dormir sobre los

sacos de hojas que habíamos acumulado. No me mires así; las hojas son bastante cómodas y acogedoras.

—¿Y eso? —me parece muy extraño que no quisiera dormir en la casa de sus tíos.

—¡Vah! Estaban peleando. Y cuando pelean la casa se vuelve un infierno. Paso de meterme en sus historias y simplemente me largo —no me sorprende nada porque Antonio es un ser tan rudo que debe ser imposible razonar algo con él.

—¿Y vives siempre con ellos?

—Ahora solo en verano. Pero desde chico vivo con ellos; desde el accidente de mis padres...

—No sabía que tus padres sufrieron un accidente. ¿Qué les paso? — de pronto me doy cuenta de que quizás me he pasado preguntando algo tan doloroso. — No es necesario que me lo cuentes si no quieres... Lo comprenderé.

—No te preocupes. Hace ya mucho tiempo— me dice con sonrisa triste. — Ya lo he superado. Fue un día que pasamos aquí paseando y jugando con las hojas secas cerca del castillo. Mis padres querían ver una película en Arenas y me dejaron esa noche con mis tíos. Nunca más volvieron.

—Lo siento mucho...

—Se salieron de la carretera cayendo por un barranco. Nadie se explica cómo pudieron salirse de la carretera por ahí.

—¿Y desde entonces vives con ellos?

—Sí, mi tía no quiso que nadie más me criase. Se volcó totalmente conmigo. Tengo que reconocer que han sido como unos padres — me dice sincero. — Aunque llevo dos años estudiando en Madrid, es más divertido vivir en un Colegio Mayor que con ellos. Ahora solo vengo en verano. Este

año me dijo mi tío que buscaban un jardinero y yo quería sacarme un dinerillo extra... y me lie.

—¿Y te gusta hacer de jardinero?

—Pues al principio pensé que me había fastidiado el verano con este curro, pero luego te conocí a ti y entonces la cosa cambió y se volvió mucho más interesante y divertida.

Me dice la última frase mirándome tiernamente a los ojos.

—Amara, siento mucho haber sido tan cretino el otro día.

—Sí, lo fuiste—contesto dolida.

—Te dije cosas de las que luego me arrepentí. —desvío mi mirada al suelo, pero él toma mi cara para que le vuelva a mirar a los ojos. — Oye... Entiendo que casi no nos conocemos, no te preocupes, no tengo prisa... Yo... me gustaría saber más de ti. En serio. Te daré el tiempo que necesites. De verdad.

— Yo... Es que tengo miedo...

—¿De qué? ¿De mí? ¡Si soy un blandengue! — me dice sacando músculo.

— ¡Lo que eres es un payaso! — le suelto riendo.

—¿Ves?

—No, lo que pasa es que se han reído tanto a mi costa. Me han engañado tantas veces, haciendo como si yo les importara algo, como si les cayera bien o haciéndome sentir especial y solo era para divertirse, para poder presumir de haber engañado a la “rarita” — me arden lágrimas de rabia en los ojos, pero yo las contengo con todas mis fuerzas. — Me han hecho tanto daño. — al final se me escapan y la barbilla me comienza a temblar sin control. — Solo quería ser normal.

—Lo siento mucho, pero yo no soy así. Soy un poco cabrón, pero no

mala persona. Tú me preocupas de verdad.

—No quiero que me hagas lo mismo. No lo soportaría...—le confieso antes de taparme la cara con las manos y romper a llorar.

Me muero de la vergüenza porque no logro parar, hasta hipo y todo. Pero es que tenía un nudo negro dentro de mí y al contarlo ha salido todo a raudales como el agua violenta cuando se desborda un río, arrasando todo a su paso. Me abraza y yo vuelco toda mi pena, el dolor, la decepción, la rabia y los años de rechazo sobre sus hombros.

Lloro durante una eternidad y él solo me acaricia el pelo con infinita paciencia y cariño. Cuando por fin he vaciado toda la barahúnda de sentimientos que me oprimían, me separo de su abrazo, le miro y solo se me ocurre una palabra que decirle:

—Gracias.

—De nada. Además de cabroncete soy un buen pañuelo de mocos y tengo los hombros anchos. — responde, y sonrío enseñándome esos maravillosos hoyitos que tanto me gustan.

—Nunca le había contado todo esto a nadie.

—¿Por qué no? —me pregunta con interés sincero.

—Porque siempre creí que a nadie le podía interesar cómo me siento — le contesto pensando que me gustaría tanto contarle mi secreto, pero temo que salga corriendo y no vuelva a verle nunca más.

—Creo que a la gente que te quiere sí que le preocupas — me dice acercando sus labios lentamente a los míos.

—Solo que nadie me quiere —o eso pensaba yo hasta hoy.

Quiero confiar en él, quiero importarle a alguien, quiero importarle a él. Quiero que esta vez no sea una mentira.



Los días pasan, y Pablo y yo nos volvemos inseparables. Pasamos julio recorriendo el valle del Tiétar con su moto. A Pablo le encanta mostrarme su tierra y disfruta al observar cómo me entusiasman las cosas que me enseña y cuenta. Se sabe todas las historias y cotilleos del valle. Me lleva a ver la asombrosa gruta del Águila llena de maravillosas formaciones de estalagmitas y estalactitas con impresionantes colores y formas. También visitamos el museo de las abejas del valle donde aprendo mil cosas sobre ellas y lo importantes que son para nuestro ecosistema: sin duda es el ser vivo más importante del planeta. Además, compro unos riquísimos caramelos de miel natural: ¡nunca antes había probado algo igual!

Otro día hacemos una excursión a la charca del “puente viejo” en la Garganta de Alardos, que es una poza turquesa a los pies de un impresionante puente romano. Esta vez, como llevo el brazo en cabestrillo me libro de meterme en el agua congelada, pero disfruto observando los saltos que realiza el loco de Pablo desde las rocas. Me conformo con hacer la “lagartija” encaramada en una roca calentita por el sol.

También catamos los quesos naturales de cabra de una quesera en la Vera. A mí nunca me ha gustado el queso fresco porque no sabía a nada. ¡Pues me confundía! ¡Este está riquísimo! Compro un montón para mi tía y mi abuela. Seguro que les encanta. Pasamos una tarde en la piscina municipal de Arenal donde compartimos un maravilloso y romántico atardecer viendo cómo se oculta el sol tras las vistas más espectaculares del valle.

Son unos días tan intensos que no siento a mis almas en pena y ya no tengo ese horrible sueño cada noche. Y es que no paramos por el castillo. ¿Será posible que mi “Don” esté asociado a mi estado de ánimo y a mi

disposición de vivir con el corazón lleno de sombras?

Soy feliz porque me siento una chica normal como las demás. Solo me dejo llevar cada día de un lado a otro del valle disfrutando simplemente de observar cómo sonrío o cómo se le atraganta la comida. Cualquier cosa que haga me parece maravillosa porque, lamentablemente, me he convertido en una tonta enamorada como esas chicas del “insti” de las que yo me reía.

Así se va terminando julio; entre visitas a las charcas de hornillo, cervezas en “La Cabra” a los pies de los Galayos o poniéndonos morados con los torreznos y “revolconas” del Tropezón o de “minutejos” en el Macario.

Pero lo que más ilusión le hace a Pablo es llevarme a la verbena de su pueblo por la fiesta del veraneante, que tiene lugar el primer “finde” de Agosto, y poder presentarme a todos sus colegas. Dice que así celebramos que me han quitado el cabestrillo. Me da pena negarme, pero es que conocer a sus amigos me asusta mucho ya que no se me da bien la gente. Seguro que meto la pata, les caigo mal o me rechazan. Finalmente, por no oírle más, cedo. Él me dice que simplemente sonrío, beba cerveza y baile como una loca. La verdad es que creo que eso lo puedo hacer.

Guisando es un preciosísimo pueblo enclavado en mitad del valle con sus casas encaladas y sus balcones volados de madera llenos de flores. Subimos por sus calles empinadas y Pablo me explica todos los maravillosos rincones que vamos pasando, las curiosidades de cada casa, de cada fuente o de cada pilón; cuando no se para a saludar a algún vecino o amigo. Saludamos incluso al cura del pueblo, un chaval muy joven, colega suyo, con el que fue al cole de pequeño. En esos momentos yo sonrío de oreja a oreja como él me indicó.

La plaza mantiene el estilo del resto del pueblo con casas de fachadas blancas y balconadas de madera, aunque estas casas tienen soportales donde los vecinos sentados en bancos conversan animadamente. Han colocado

delante del ayuntamiento, justo debajo del reloj donde imagino que se dan las uvas, un escenario donde toca una banda de música animando al personal. La plaza está a rebosar de gente y yo me pongo muy nerviosa; no me gustan las multitudes. Ya sabía yo que lo de la verbena no era muy buena idea. Para empeorar las cosas, al llegar al “Kapa”, el bar que se encuentra al lado del río, se nos acercan a tropel sonrientes todos los amigos de Pablo.

Me hartó de dar besos y sonreír falsamente a un sinfín de colegas mientras me tiemblan las piernas, y el brazo de Pablo me sostiene por la cintura impidiendo que salga corriendo a esconderme a alguno de los curiosos rincones que me enseñó en el paseo por el pueblo. Un alma caritativa, una chica morenita muy simpática, pone un tercio entre mis manos que engullo casi de un trago, aunque me sabe a rayos: dijo que sonriera y bebiera, ¿no? Por el momento voy haciendo todo lo que me indicó. Todos son muy amables conmigo, pero no logran sacarme más que monosílabos de mi boca. Una pena que Pablo no les dijera que soy muda o algo así. Me habría ayudado mucho.

Se acerca a mí un amigo delgaducho y me dice acercando su fétido aliento de borracho a mi cara:

—Eres tú la que vive en el castillo encantado, ¿no? —yo afirmo sin separar los labios e intentando alejarme de él, pero me agarra y me clava sus ojos ebrios antes de comenzar a hablar con voz de misterio, que resulta patética debido a su borrachera. — Pues mi padre me contó que allí desapareció un amigo suyo hace unos veinte años. Por lo visto se enamoró de una gran dama que vivía en ese lugar: una mujer bellísima y muy ardiente, ya sabes, le hacía de todo en la cama: le...

—Ya, ya... No hacen falta los detalles —le corto agobiada.

—El caso, es que una noche, cuando le había prometido amor eterno e incluso su alma, descubrió con espanto que la bella muchacha no tenía piernas bajo la falda sino unas pezuñas de cabra. ¡Era el diablo! ¡Y nunca más regresó

el amigo de mi padre!

Me dice riéndose con sus dientes negros y retorcidos. Vaya tipo más desagradable.

—Amara, no hagas ni caso a este elemento— interviene Pablo. — A ver tío, ¿si no regresó cómo sabía tu padre lo de las pezuñas?

—Joder, pues quizás le mandó un whatsApp.

—¡Si en aquella época no había! ¡Pedazo tonto! —le responde Pablo riendo y le aparta de mi lado; y yo me siento completamente agradecida por haberme rescatado de ese pesado.

Las cervezas van apareciendo en mis manos y las voy tragando con desesperación, intentando mejorar mi estado de nervios. Pablo me mira preocupado, pero yo le hago un gesto con la mano indicando que todo va bien. La verdad es que a medida que vacío botellines me encuentro mucho menos nerviosa. Esto de beber no está tan mal. He de reconocer que la cerveza nunca me ha gustado nada; en general no me gusta el alcohol. Me sabe demasiado amargo y seco. Prefiero tomar simplemente agua, ni siquiera me gustan los refrescos. Otra rareza de las mías de las que se ríe siempre mi hermano.

Pero esto de la cerveza está resultando. No es que quiera hablar con todos y ahora sea la chica más simpática del mundo; simplemente ahora no me importa nada. Escucho la música y me gusta. Muevo mis caderas al compás encantada. Están tocando canciones de los ochenta, esas de la movida. Me conozco muchas porque las pone la señora que nos limpia la casa mientras hace sus tareas. Son pegadizas. La gente las baila feliz y yo me uno a la fiesta. Pablo decide bailar conmigo y enseguida formo parte de un corro con sus amigos. Es la primera vez en mi vida que me pasa algo así.

Estoy eufórica, lo bailo todo, lo que sea. Cantamos, reímos, gritamos, nos abrazamos y nos besamos. Es uno de los momentos más felices de mi vida.

Comparto mi alegría con gente que parece maja y eso sienta bien. No estoy sola y, ¡me divierto!

Suenan Radio Futura, la Guardia, La Unión y canciones de otros grupos que no conozco. La música va bajando de década y ponen de Rafaela Carrá y Camilo Sexto. La gente se vuelve loca y los amigos de Pablo no son una excepción; mueven como poseídos la cabellera al compás de la canción y yo les imito exultante. Bailo, giro, salto, hago todo lo que hacen los demás y es muy, muy divertido.

Comienza el famoso “Paquito el Chocolatero” y se forman varias hileras enfrentadas de gente. Vamos caminando inclinando el cuerpo una y otra vez mientras suenan los acordes. A mí me entra la risa, una risa casi histérica que me hace llorar. No puedo parar. Ríe tanto y tan fuerte que me atraganto y comienzo a toser. Me encuentro mal, estoy mareada. He debido mover la cabeza demasiado. Todo me da vueltas, pero es distinto a mis visiones porque una gran arcada sube a mi garganta. Me suelto de los brazos que me acompañan en el baile y trato de alejarme a una esquina para vomitarlo todo. Alguien me sujeta el pelo y yo echo la pota; echo hasta la primera papilla.

Tengo sudores fríos y me encuentro fatal. Pablo me trae un vaso con agua, pero cuando bebo vuelvo a vomitar. Nunca me he sentido tan mal. Mi estómago parece una centrifugadora y la cabeza me explota. Creo que se acabó la diversión para mí.

—Tío, tu novia ha pisado chapa— escucho que alguien le dice a Pablo y me pregunto qué coño tendrán que ver las chapas con mi lamentable estado.

Pablo me ayuda a bajar las cuestas del pueblo para subir a la moto y volver a casa. Pero yo no puedo ni imaginar montarme en la moto y menos recorrer las mil curvas que tiene la carretera. Así que me lleva para que pueda recuperarme a “la terraza de Luci”, el bar que según me cuenta tenía las mejores vistas del pueblo, pero que ahora es un museo de “Diosas y ninfas”.

Nos sentamos en silencio en un banquito de hierro forjado para no molestar a los vecinos que duermen en las casas que hay alrededor, pero hemos debido despertar a la dueña del antiguo bar porque la mujer amablemente me saluda desde la ventana y yo se lo devuelvo, educada.

—¿A quién saludas? —me pregunta Pablo.

—A la mujer de la casa.

—Si hace años que murió.

—Ahhh. Me habré confundido...— y no he saludado a la mujer sino a su espíritu, me digo a mí misma.

—¡Mira! ¡Una estrella fugaz! —señala feliz Pablo.

Entonces levanto la mirada y el cielo que veo es completamente impresionante. Miles no, millones de estrellas brillan mostrándome la inmensidad del Cosmos. Hoy es luna nueva y se ven perfectamente las estrellas parpadeando en el firmamento. Nunca en toda mi vida había visto tantas. Me llama la atención que no todas son blancas, algunas me parecen rojas y otras azules. Se lo comento a Pablo y me dice que el color depende de la temperatura de la estrella y la más caliente es la azul. Yo asiento fascinada.

Sobre nosotros se aprecia claramente un camino blanco que atraviesa el firmamento: es la Vía Láctea. Solos somos un diminuto planeta de una pequeña estrella de esa constelación. Hasta ahora se han identificado más de ochenta constelaciones, me explica Pablo. No somos nada... Pienso estupefacta por la magnitud del universo y la insignificancia de mi complicada persona.

Me pregunto si las almas que contactan conmigo conocerán esas otras galaxias. Si ellas viajarán libres por el espacio.

—Mira, ¿ves una especie de carro allí? ¿Lo ves? — me dice moviendo mi cabeza hacia las estrellas que me indica.

—Sí, sí. — contesto entusiasmada.

—Pues es la osa mayor. Fíjate, por encima hay otro carro. ¿Lo ves? — me pregunta juntando su cabeza a la mía.

—¡Lo veo, lo veo! — grito emocionada.

—Ese es la menor. Sigue el asa del cazo; la última estrella, la más brillante, es la Estrella Polar. ¿La ves? — me pregunta acercando su cara a la mía.

— ¡La famosa estrella polar!

— Es la estrella más cercana al hemisferio norte, por eso guiaba a los marineros por el mar indicando siempre su camino hacia el norte. Les llevaba a casa. Y esta noche me guía a mí por el camino hacia tus labios — me dice besándome suavemente en la boca.



X

Aunque Pablo me dejó en casa con mucha discreción y subí de puntillas a mi habitación, y esta mañana he intentado disimular, mi tía Gema, a la que no se le escapa ni una, se ha dado cuenta de que no llegué muy “cristiana” anoche. Seguramente sea por el careto que tengo. No puedo con mi alma por la resaca, me estalla la cabeza, el estómago me arde y no soporto la

luz. Ahora además de rarita soy vampiro...

Intento esquivar a mi tía, pero me acorrala sin piedad y no me queda más remedio que pasar por su “tercer grado” y sufrir la tortura mental a la que me va a someter hasta obtener todas las confesiones que quiere de mí. Me arrastra hasta el porche y me obliga a sentarme. Me mira con una mueca que no sé si es de risa, de pena o de cabreo. O quizás es una mezcla de las tres cosas.

— Estás fatal— finalmente dice con mirada inquisitiva.

— ¿Yo? — pruebo a hacerme la despistada.

— No trates de negarlo que se te nota a la legua. Tienes un resacón tremendo — y sonrío abiertamente. La muy cabrona está disfrutando con esto.

—Qué va... si no es para tanto — me niego a darle esa satisfacción.

—¿Que no es para tanto? ¡Ya no sabía qué inventarme anoche para cubrirte! Tenías que haber llegado a la una y llegaste casi a las tres de la mañana, y ¡borracha!

—Solo nos entretuvimos un poco...—intento excusarme.

—No me mientas que te vi. Te mandé miles de mensajes y no me contestabas. Tu padre estaba nervioso porque por la tarde la guardia civil vino a contarnos que había desaparecido otro chaval por la zona. Y no veas la lata que me estaba dando por tu culpa.

—Es que en Guisando no hay cobertura...—le explico, pero por su cara me doy cuenta que he metido la pata. Estaba mejor con la boca cerradita.

—¿Guisando? ¿Qué hacías allí? Pensaba que estabas por el pueblo. — casi me grita enfadada — ¿Es que no sabes que hay un loco que secuestra y mata chicos por este valle?

—Había verbena y es el pueblo de Pablo, solo quería presentarme a sus amigos. Tampoco es un pecado irme a otro pueblo, tengo ya diecisiete años. No sé por qué te pones así conmigo.

—Sí, tienes razón, no debería gritarte, pero ayer tu padre y tu abuela estaban muy nerviosos por el desaparecido y yo no sabía qué inventarme para cubrirte.

—Pues deberías decirle que salgo con un chico y ya está.

—¡Eso debí hacer! — exclama levantando los brazos, luego se queda callada y me mira fijamente antes de contraatacar. — Aunque ya sabes cómo es tu padre. Bueno, y tu abuela aún peor. No quieren que salgas con chicos como Pablo.

—¿Como Pablo? — no entiendo qué le pasa a Pablo.

—Sí, gente del montón — me contesta, y no me sorprende lo que escucho. La familia Martín de Villas Grandes solo puede codearse con Grandes de España.

—¡Pero si va a ser médico! — contesto enfadada.

—Ya, pero tu abuela quiere que te relaciones con personas con “pedigree”. Y tu padre parece que últimamente piensa igual; no para de darme la lata con un empresario multimillonario que me conviene —me relajo y una sonrisa escapa a mis labios al imaginarla con un viejo verde ricachón. —No te rías porque dice que tiene un hijo perfecto para ti.

—¿Eso dice mi padre? —yo pensaba que mi padre no se preocupaba por mí y menos por las personas con las que me relaciono.

—Bueno, eso lo dice en realidad tu abuela: que son de buena familia, con empresas por toda España y en América.

—Eso son un montón de chorradas— vuelvo a enfadarme porque me fastidia tanto que se juzgue a las personas por lo que tienen en lugar de por lo que son.

—Bueno, el dinero siempre viene bien... Quizás me lo piense. Seguramente pueda sacarle partido al viejo. Pero listilla, ¡no me cambies de

tema! ¿Cómo se te ocurre emborracharte? — vaya, yo que me creía que ya me había librado.

—Es que no me di cuenta. Yo odio beber alcohol. Pero estaba tan nerviosa...

—No quiero ser como esos padres pesados ni decirte aquello de que cuides tu bebida para que no te echen una pastillita, ¡pero debes hacerlo! — entonces extiende su dedo índice y me dice apuntándome. — Nunca, nunca, te dejes emborrachar ni drogar.

—Vale Gema, no me des la chapa...

—¡A callar! Es tu castigo por obligarme a mentir a tu padre y a tu abuela. ¿Y bebió Pablo? Es muy peligroso conducir una moto si has bebido.

—Joder tía... No, no bebió. Iba bien, volvimos sanos, ¿no? Solo yo estaba mal. No calculé lo que bebía y cuando me di cuenta estaba potando y me fastidié la fiesta.

—Sí, eso les pasa a los estúpidos que no saben beber —me contesta con una sonrisa retorcida. — El alcohol es un veneno, lo sabías, ¿no? Por eso si bebes mucho de golpe tu cuerpo se deshidrata y envenena rápidamente, y...

—¡Venga tía! Me va a estallar la cabeza.

—Lo que no sé es como Pablo, que va a ser médico, no te cuidó mejor — ella continúa con la reprimenda sin tener piedad de mi patético estado.

—Él no se dio cuenta de lo que yo tomaba. No me va a estar contando los botellines.

—Bueno, en eso tienes razón, la idiota fuiste tú... Espero Amara que al menos sea Pablo un buen chico, ¿lo es? — la miro recelosa. Menudo cambio de tema que se ha marcado mi tía. No me apetece contarle nada sobre Pablo, pero al final cedo. Siempre me pasa igual con Gema: consigue de mí lo que quiere y me manipula como le da la gana.

—Sí Gema. Es la única persona con la que puedo hablar siendo yo misma — le confieso.

—¡Pero bueno! ¿Y yo? — me pregunta poniendo los brazos en garra. — Pensé que era tu tía preferida y por la que harías cualquier cosa.

—Sí, sí. Aparte de ti, mi maravillosa tía— contesto divertida.

—Y dime..., ¿te gusta mucho? —me pregunta, y los ojos le brillan de curiosidad.

—Un poquito...—admito.

—Amara, no te sientas presionada. Haz solo lo que quieras hacer tú — me dice muy seria.

—¿Por...?¿Por qué lo dices? — no entiendo en qué me puede presionar.

—Pues porque él es mayor y querrá cosas de ti que a lo mejor a ti no te apetece darle. Ya sabes...

—¡Gema! — no me apetece nada hablar con mi tía de eso.

—Solo tienes que pensar que el día que pase debe ser algo que recuerdes con cariño toda tu vida. Debe ser algo que evoques feliz, que sea importante para ti. No como mi primera vez que fue con un inútil total al que le olía el aliento.

—Déjalo Gema...— intento zanjar el tema.

—Bueno, lo dejaré, pero antes recuerda que no puedes tomártelo a la ligera porque puede destrozarte la vida. Lo sabes, ¿no?

—Ya...— ahora me echará la charla del embarazo, las enfermedades y todas esas cosas. Creo que este “rollo” ya me lo dio al cumplir los catorce.

—Voy a hacer de tía preocupada y te recuerdo que te puedes embarazar o pillar una venérea. Si lo haces debes hacerlo bien: ¡usando

condón!

—¡Jo tía! — qué pesada, no se da cuenta que no quiero hablar de esto con nadie. Trato de escaparme, pero me retiene agarrándome del brazo.

—Así son las cosas. Tienes que preocuparte siempre tú de ello porque se trata de tu vida, ¿lo entiendes? Lo importante es una misma. ¿Te queda claro? Tú eres la primera— me dice mirándome a los ojos muy seria. Sin duda está preocupada por mí y yo se lo agradezco en el fondo, aunque preferiría una clase de filosofía a esta charlita. — Imagino que Pablo, siendo estudiante de medicina, sabrá lo que hace. Pero tú también debes saber muy bien lo que haces y por qué lo haces. De todos modos, tengo esto para ti.

Mete la mano en el bolsillo y me da un paquete de condones.

—¿Pero qué es esto? ¡No lo quiero!

—Tíralo a la basura si quieres; me da igual — me dice con cara de asqueo. — Pero como luego vengas con un “accidente” te mato. No quiero complicaciones.

—Bueno, me lo guardo, pero no pienso usarlo... de momento — puntualizo.

—Venga, vamos a la cocina a por una manzanilla y un Primperan. A mí siempre me funcionan — me dice mi tía.

Me deja sola en la cocina con la asquerosa medicina, mis intranquilos pensamientos y una sensación de ansiedad que antes no tenía. Creo que no me han ayudado nada las cosas que me ha dicho: no se me había pasado por la cabeza que Pablo quisiera más de mí. En realidad, me dijo que me daría tiempo. Pero no pensé en él, en sus necesidades. ¿Habré sido muy egoísta?

De pronto noto una corriente que me llega desde la despensa. Qué raro... ¿De dónde vendrá ese aire? Abro la despensa y solo veo tarros, envases y bolsas de comida. Parece todo cerrado, ¿cómo es posible que haya

aire por aquí?

Recorro las baldas comprobando que están fijas en la pared. Repaso las esquinas, los bordes y nada. No hay nada sospechoso. Quizás han sido imaginaciones mías, me digo, cuando reparo en un tarro de conservas del año “catapún”. ¡Por Dios! Con eso seguro que nos envenenamos. Trato de retirarlo para deshacerme de él, pero en lugar de despegarse de la balda se abate hacia mí. ¡Es falso!

Y en ese momento escucho un ruido y una de las paredes de la alacena comienza a girarse con sus baldas y toda la comida, dejando un pasadizo oscuro y tétrico a la vista. ¡Claro! Un castillo que se precie tiene pasadizos secretos, me digo a mí misma.

Bueno, esta vez como he aprendido la lección con la ermita no voy a hacer tonterías y no me voy a meter allí sin refuerzos, me digo. Pero..., podría solo asomarme un poquito, ¿no? Solo para ver cómo es. No creo que pase nada por curiosear un pelín, por dar un par de pasitos y volver enseguida, solo quiero ver qué es exactamente, me digo sin hacer caso a mi propia conciencia que me grita “loca, vuelve a la cocina”.

En cuanto cruzo el umbral, una corriente de aire cierra de golpe la puerta a mis espaldas. ¡No! ¡Otra vez no! ¡Seré idiota! Golpeo desesperadamente la puerta una y otra vez, pero no se abre. Al cabo de un rato me doy por vencida: estoy atrapada. Las lágrimas se agolpan en mis ojos. Definitivamente estoy sola en este oscuro, húmedo y angosto conducto.

Sin duda soy la mayor gilipollas que puede existir en el mundo, pienso mientras giro desesperada la manivela de mi linterna que continuaba enganchada en la trabilla del pantalón. ¿Cómo ha podido volver a pasarme? ¿Cómo es posible? Enfoco en el techo temiendo encontrarme con miles de arañas como la película de “Indiana Jones” que vimos el otro día. Pero no, hay telarañas, pero nada que me pueda aterrorizar demasiado; solo mis propios

miedos, me digo a mí misma.

Comienzo a andar buscando una salida, pero con cuidado porque el suelo es irregular, húmedo y en la penumbra no sé por dónde piso. El suelo y las paredes son de piedra; han debido ser excavados en la montaña. Me encuentro una bifurcación y al azar elijo un lado. Este pasillo termina en una zona donde hay unas viejas puertas de hierro que se encuentran cerradas con oxidados cerrojos. Una de las puertas tiene una especie de ventanuco enrejado desde donde, si me pongo de puntillas, puedo entrever una celda. Cuando me acerco a cotillear un golpe de sensaciones me impacta conmocionándome: miedo, pánico, dolor, horror, desesperación, angustia. Y entonces escucho un lamento aterrador que me hiela la sangre. Asustada, huyo de ese lugar no vaya a ser que se me aparezcan las ánimas destrozadas de los que sufrieron tanto en estas celdas. A saber qué usos le daban. Creo que contaron que uno de mis antepasados era inquisidor; posiblemente aquí torturaba a sus víctimas. Tomo histórica el otro camino y corro alejándome lo máximo posible de esas puertas malditas que tanto horror guardan dentro. Al cabo de un tiempo me calmo al darme cuenta de que no percibo ya sufrimiento. ¿Escuché un lamento? Quizás me lo imaginé...

Empiezo a notar una inclinación, debo estar descendiendo la montaña. Hay algunas partes que son muy angostas y en otras me encuentro escaleras. Camino cada vez más rápido porque quiero llegar al final donde espero que se encuentre el bosque. Pero de pronto llego a una zona amplia donde se separa en varios pasadizos igual de húmedos y oscuros. ¿Cuál será el bueno? Me pregunto desesperada conteniendo las lágrimas mientras los ilumino con mi linterna. Intento controlar mi angustia; de nada me sirve hundirme ahora. El camino será el que baje, me digo a mí misma intentando mantener la entereza. Pero todos me parecen igual, ninguno desciende más que los otros. Como me pierda aquí no me encontrarán jamás.

Si al menos tuviera migas de pan, una cuerda de lana o algo para marcar por donde voy en este laberinto de pasillos. Puedo romper mi camiseta y dejar trozos por el camino por si debo volver, decido mientras me la quito quedando solo con mi top y la rajo a bocados. Menos mal que es muy viejita y se raja con facilidad. La tenía mucho cariño, pero quizás me salve la vida.

Decido entrar en el pasadizo de la derecha y camino temerosa con miedo a encontrarme alguna trampa como en la peli de “Los Goonies”. Esto me pasa por ver tantas viejas películas en esa televisión destartalada. Camino, encontrándome a veces bifurcaciones que parece que no llevan a ningún sitio especial durante lo que a mí se me hace una eternidad, cuando reparo en algo largo que sobresale del suelo.

Me agacho y lo observo espantada porque es un hueso. Entonces enfoco las paredes y veo que están rellenas de calaveras y huesos. Hay también espadas, cascos y armaduras. ¿Dónde estoy? Me vuelvo asustada sin mirar por dónde voy, por lo que tropiezo y caigo de rodillas al suelo dañándomelas. Estoy en medio de montones de esqueletos que se clavan en mi piel y arañan mis piernas. Grito aterrada con todo mi ser. El pánico me ciega. Trato de gatear y salir de esa tumba común, pero resbalo una y otra vez perdiendo completamente los nervios. Cientos de calaveras incrustadas me miran desde sus orbitas vacías llenas de silenciosos y horribles lamentos. Mi alma se encoje de horror. En ese momento noto que baja la temperatura y un escalofrío me recorre. ¡Son ellos! ¡Están aquí! Todos estos muertos vendrán y me volveré totalmente loca. No podré resistirlo.

Pero lo que se aparece ante mí son mis dos niños brillando con una luz fantasmagórica: una calma les rodea, están tristes pero serenos y ese sentimiento me invade reconfortándome a pesar de todo. Mi terror se desvanece y una extraña paz llena mi corazón. Me indican que les siga, y yo obediente voy detrás de ellos. Nos encaminamos a un pasadizo donde me

señalan un rincón donde encuentro tres cráneos, uno grande y dos pequeños, junto a la cruz que ya he visto otras veces, esa atravesada por una “U”. Entonces comprendo que son ellos, posiblemente su madre y los dos niños. Los enterraron aquí, en estas catacumbas. La tristeza nos envuelve y yo deseo saber qué les ocurrió. Necesito preguntarles, pero algo cambia en el ambiente porque comienzo a sentir temor. El miedo me golpea de pronto. Miro a los niños y están asustados. Maira me dice con su bella carita asustada:

—¡Debes huir! ¡El ser malvado está aquí! Te hará daño como a los otros si te encuentra —me implora Maira sobresaltada.

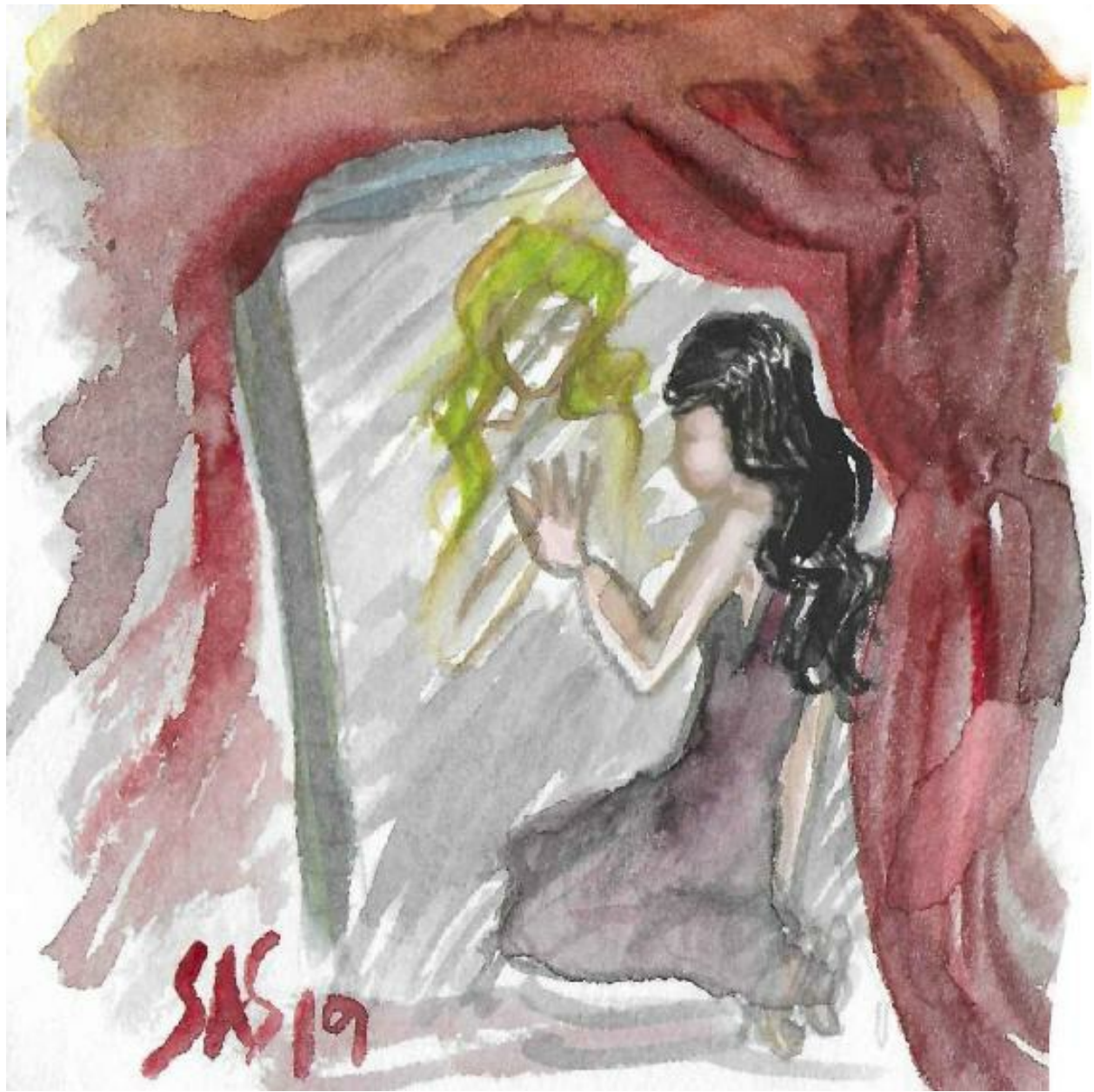
—Debemos marchar antes de que nos llame — exclama asustado Gonzalo — Quiere atraparnos, pero nosotros nos escondemos.

Gonzalo me indica que les siga. Apenas les veo etéreos en el corredor, pero consigo seguir a duras penas su luz. Caigo una y otra vez al resbaladizo suelo, pero ellos me increpan para que me levante y continúe. Siento su preocupación y su ansiedad. Temen mucho a ese maligno y me quieren proteger.

En una caída me fijo en un rincón del pasadizo y me parece entrever una deportiva sucia y abandonada. Es una zapatilla de nuestro tiempo... Debe ser de alguien que se perdió como yo en este horrible lugar. Me pregunto con pavor si lograría salir. Los niños me apremian para continuar y yo la olvido y continúo con mi huida.

De tanto tropezar tengo las manos y las rodillas desgarradas, pero no las siento porque el miedo atenaza mi corazón. Ese ser horrible, monstruoso, que hizo daño a mis niños quiere hacérmelo ahora a mí. Corro y corro siguiendo confiada a mis espíritus, sabiendo que me llevan a la salvación. Por fin, al final de un pasillo veo la luz. Me apresuro aliviada y feliz por poder salir de ese horrible lugar. Y salgo a la claridad, a la dorada luz del sol en mitad del frondoso bosque. ¡Estoy salvada! ¡Estoy viva! ¡Lo logré!

Miro alrededor, pero mis queridos amigos ya no están. Quizás el demonio malévolo les atrapó, quizás se encuentren prisioneros en su propia tumba, quizás ahora mismo lamentan su eterno sufrimiento. Mis pobres niños... Debo ayudarles, algo tengo que hacer, como ellos han hecho por mí en estas ocasiones.



XI

Llevo varios días que no levanto cabeza. Una idea no me deja descansar y me golpea insistentemente el cerebro: creo que mi destino es ayudar a esos dos niños, creo que por eso yo soy de este modo. Estoy convencida de que ese es el motivo de que toda mi vida haya sufrido ser como soy; esta es mi misión, mi destino.

No puedo evitar pensar en Maira y en su hermano Gonzalo. En sus caritas luminiscentes, en esa inocencia que emanan, en su pureza y en su eterno pesar. Me ayudaron el día de la ermita: yo estaba desesperada y ellos se quedaron conmigo. Y sin duda en las catacumbas también me salvaron la vida. Habría tenido un ataque de pánico, habría quedado atrapada en vida en esa sepultura rodeada de los espectros de los caballeros muertos a saber en qué guerras antiguas.

¿Quién será el ser perverso que me quería atacar y que mis fantasmas temían tanto? ¿Quién será? Por las leyendas que cuentan podría ser su tío. Me han pedido ayuda, pero ¿qué puedo hacer yo por ellos si no sé nada? No sé qué les pasó. ¿Qué debería hacer? No tengo ni idea. No existe un manual para raritas como yo. Ni siquiera puedo buscar en internet en este ridículo pueblo sin cobertura para ver si encuentro algún loco que sepa qué hacer en estos casos.

Quizás me lo estoy imaginando todo. Quizás estoy loca como todo el mundo dice y mi cabeza se inventa todas esas cosas. No, no puede ser. ¿Qué más necesito para creérmelo? Ellos son reales. Están atrapados y me necesitan. Tengo que volver a hablar con los niños. Tienen que decirme qué debo hacer. Quizás sepan qué conjuro o encantamiento debo usar para liberarlos.

Entonces reparo en el espejo tapado con la manta. Aún está oculto desde el día que llegué y vi los ojos de Maira en él. Quizás... Es posible que si los llamo por el espejo acudan. Quizás es una puerta de esas al más allá, como en las pelis. O yo qué sé.

Doy vueltas nerviosa por delante del espejo sin atreverme a destapararlo. Me acerco decidida, pero luego me arrepiento y me alejo nuevamente. Tengo miedo... Después de lo que pasó en la ermita sé que el ser perverso tiene fuerza y me afecta. ¿Y si en lugar de los niños se presenta el

otro espíritu?

Al final decido que no puedo vivir más así. No puedo darles la espalda. No puedo estar un día más sin saber más y, decidida, finalmente destapo el espejo. Me miro fijamente en él. Pues sí que estoy fatal, se nota que no duermo bien últimamente. Unas ojeras negras adornan mis ojos y mi piel está aún más blanca que normalmente.

Bueno, a ver, cómo se invoca a unos espíritus. En las pelis usarían velas negras, sangre de gallo o de algún bicho. A mí no se me ha ocurrido preparar nada. Observo mi habitación en busca de algo que me pueda valer ya que conserva su aspecto arcaico de hace siglos: mi cama tiene un dosel decorado con cortinas de muselina en colores rojizos. También hay un armario de madera muy rústico, pero que solo contiene mi propia ropa. En una esquina hay una mesa y una silla de cuero, y en la otra un arcón de madera oscura lleno de mantas de lana. Del techo cuelga una lámpara de hierro forjado donde han instalado bombillas donde antes estaban las velas. No veo nada que me pueda ser de utilidad.

Así que solo se me ocurre llamarles a través del espejo:

—¿Maira? ¿Gonzalo? ¿Estáis ahí? —les susurro temerosa — Por favor responderme. Necesito hablar con vosotros. ¿Me escucháis?

Nada, parece que una llamada corriente no funciona. Tendré que probar con algo más solemne. A ver que piense...

—¡Ánimas de esta casa, yo Amara, os invoco! Pero solo a las ánimas buenas — aclaro enseguida, concretando la llamada, no vaya a venir el otro. Pruebo con otra fórmula más segura. — ¡Espíritus inocentes presentaos ante mí! ¡Espíritus que estáis atrapados y que necesitáis mi ayuda apareceos! — nada. — ¡Os lo ordeno!

Nada, allí no aparece nadie. Un último intento y lo dejo ya. Si no

quieren venir pues qué le voy a hacer. Sin duda debo estar haciendo las cosas mal. Cierro los ojos, me concentro y elevo las manos abiertas al techo no sé para qué, pero así queda más teatral.

—Yo, Amara, la “rara”, la repudiada, la bruja, os convoco a vosotras ánimas perdidas e inocentes. ¡Os convoco almas dolientes y atrapadas! ¡Presentaos ante mí!

Entonces noto el frío y el ambiente se espesa, densa, y un escalofrío me recorre la espalda. ¡Lo conseguí! Una sensación triste y desolada me golpea con tanta violencia que camino hacia atrás y choco contra la pared. De pronto le veo, delicado y brillando entre los rayos del sol que se cuelan por mi ventana. Quedo completamente impresionada por la visión que tengo delante de mí. Me quedo sin aliento porque es tan... tan maravilloso.

Pero..., ¿quién es? Es un joven muy apuesto. Parece un príncipe azul de cuento de hadas resplandeciente por el sol. Su rostro es muy tierno y sus ojos centellean con una intensidad que me impresiona. Se trata de un chico solo un par de años mayor que yo, delgado y delicado. Con pelo rubio largo que refleja la luz. Su flequillo le cae juguetón sobre los ojos y yo suspiro asombrada por cómo me late el corazón. Está apoyado en mi ventana con una postura abandonada y afligida. Viste una especie de malla y una chaqueta de terciopelo con los brazos abombados y lujosamente adornada.

No tengo ni idea de quién es este fantasma, pero lo único que sé es que es muy bello y está muy triste. Mi corazón se llena de aflicción, de una gran pena por un amor perdido, tanto que se me saltan las lágrimas y no sé por qué. No me causa ningún terror solo un profundo dolor. Estoy conmovida por su gran belleza y su infinito pesar. Me siento tan conmovida que no puedo ni respirar. Intento recuperarme del sentimiento de pena que me invade para poder dirigirme a él. Con mucho esfuerzo finalmente consigo articular las palabras:

—¿Quién... eres? — le pregunto muy suave para no asustarle. En ese momento sale de su ensimismamiento y repara en mí. Me mira lentamente con unos ojos azules clarísimos y por un instante me recuerda al guerrero de la batalla de los moros. Tienen un aire tan familiar...

—Vos me llamasteis, señora mía — me contesta muy galantemente.

—Perdón, yo quería invocar a los niños — trato de disculparme. — No quería molestarle.

—¿A mis sobrinos? — me pregunta, y yo me sorprendo. ¿Él es el horrible tío? No parece malvado como para matar a niños.

—¿Maira y Gonzalo son sus sobrinos? — Le pregunto a pesar del susto que se me ha metido de pronto en el cuerpo.

—Sí, querida dama, son mis ahijados. Tengo el honor de cuidar de ellos. Se lo juré a su padre antes de morir.

No entiendo nada. ¿Cómo que les cuida? ¡Si los asesinó! No puedo pensar con claridad porque el sentimiento de devastación me anula la razón. El pesar me llena el alma y me oprime. No tengo ganas de vivir, mi existencia es completamente inútil. Lucho con todas mis fuerzas contra ese sentimiento que sé que no es mío, debe ser suyo y es tremendo. Por fin logro reponerme y volver a preguntar.

—¿Dónde están? Necesito hablar con ellos.

—Están seguros, bella dama. No les permito que salten solos a este mundo. Se podrían perder. Me costó mucho encontrarles la última vez que acudieron a una llamada.

—Pero ellos necesitan ayuda. Quieren irse...— me atrevo a replicarle. Me mira con cara de infinito cansancio antes de contestarme:

—Mi querida señora, siento decirles que no pueden. Ninguno podemos. Nuestro pecado contra Dios fue tan grande que padeceremos su

castigo eternamente. No hay paz para nosotros. Sólo tinieblas y oscuridad lejos de los seres a los que amamos.

—¡No! Tiene que haber algún modo. No hay castigo tan horrible. No hay pecado tan grande. — replico angustiada.

Aunque ahora lo comprendo todo: mi existencia es sin duda para ayudar a este ser tan maravilloso y triste.

—No podemos entrar en el cielo. Estamos condenados sin remedio a este purgatorio — me dice mientras comienza a desvanecerse.

—¡No! ¡No te vayas! ¡Tienes que decirme qué os pasó! — grito desesperada intentando agarrarle del brazo, pero reteniendo solo aire entre mis dedos.

—Está escrito... —me parece escuchar.

De pronto un fuerte sentimiento de fracaso y devastación cae sobre mí y miles de oscuros pensamientos entran a raudales en mi cabeza: yo que me creí especial, con una misión importante en este mundo. La única que podía ayudar a estos seres especiales. Yo que pensé que mi miserable vida tenía un sentido y en realidad no lo tiene. No puedo hacer nada por ellos, no sé cómo salvarles. En realidad, solo soy una carga, un ser que todo el mundo detesta. Solo soy un lastre para todos.

Trato de luchar contra la desesperanza porque en el fondo de mi ser sé que no me pertenece, que es la del “Príncipe”, pero la congoja me atrapa como un ser oscuro llevando mi alma a tortuosos y tenebrosos lugares de mi ser, llenos de miedo, complejos y penas. Un profundo y descorazonado abatimiento me arrastra donde la luz y la esperanza no llegan. Mis pensamientos se mezclan con aquellos que no son los míos pero que siento en lo más profundo de mi alma:

He perdido a mi amor, a mi dama. Todo lo que he querido en este

mundo... No quiero vivir más, no he conseguido cumplir mi juramento. No pude salvarles. La agonía oprime mi pecho y las lágrimas empapan mi rostro. Estoy maldito, soy una vergüenza para la familia, no me queda honor, pienso antes de subirme a la cornisa de la ventana de mi habitación y asomar el cuerpo. Si he de morir me condenaré con ellos.

Miro para abajo y veo a Jane con su severo moño. De pronto se gira y me mira estupefacta. Su cara cambia a una mueca de miedo. Me hace señas y aspavientos.

Tranquila Jane, pronto dejare de molestarte. Pronto ya no te irritaré ni desilusionaré nunca más. Por fin podrás librarte de mi ser ridículo y miedoso. Miro al suelo empedrado de la calle preparada para dejarme caer, para estrellarme contra él y acabar con la agonía, con las persecuciones y la vergüenza, con la humillación y la deshonra. Pronto vendrá la paz. Todo habrá terminado.

—¡No lo hagas! — escucho una voz que atraviesa mi mente y por un momento comprendo aterrada lo que he estado a punto de hacer. ¡Yo no quería saltar! Algo me empujaba a hacerlo.

Me pego a la pared y entro por la ventana de nuevo a mi habitación. Yo jamás habría intentado lanzarme desde la ventana. No era yo quien quería hacerlo, pero algo dentro de mí me arrastraba hacía el vacío. Mi cuerpo empieza a temblar: he estado a punto de tirarme. Pero ¿por qué? No era mi voluntad la que marcaba mis actos y movía mi cuerpo: era la de otra persona. Escucho nuevamente a Maira decir “él no quería hacerte daño. Es bueno...” antes de hacerse un turbador silencio. Me invade un gran espanto al comprender lo que he estado a punto de hacer y caigo al suelo.



XII

Jane entra fuera de sí en mi habitación y me encuentra encogida en mi cama. Se sienta a mi lado y me abraza con fuerza. Yo no respondo. Estoy en shock. No entiendo nada.

Él era tan maravilloso, tan apuesto, tan galante, tan bello. Me sentía enamorada, entonces, ¿por qué al momento he querido lanzarme por la

ventana? ¿Ha sido él? ¿Su influencia en mí? ¿Su dolor y su deseo de terminar con todo me ha llevado a ese punto? Por un momento, solo un instante, sentí que mi vida no merecía la pena; todo estaba tan negro y vacío. En ese segundo no quería continuar con la existencia. Pero no es verdad, a pesar de todo, de mi familia, de mi maldición, de mis miedos e inseguridades: ¡yo quiero vivir!

—Amara, cariño mío... Respóndeme por favor —me suplica Jane.

Giro la cabeza y la miro. Es entonces cuando la veo por primera vez: ya no es la mujer fría y seca que me da clases. Los mechones de su pelo se han escapado de su rígido peinado y adornan su preocupado rostro. Tiene las mejillas coloradas y los ojos abnegados de lágrimas. ¿Por qué está tan afectada? Si no le importo, si me desprecia.

—Amara. ¿Estás bien? Es culpa mía. Todo es culpa mía— me dice lamentándose mientras mueve nerviosa sus largos dedos sobre su regazo— No he sabido protegerte... Tenía que haberte contado todo antes.

La miro sorprendida. ¿Qué está diciendo? ¿Por qué es culpa suya? No entiendo nada.

—Jane... Yo...

—Mi pobre niña. —me abraza con fuerza. — Pensé que te perdía a ti también.

—Tranquila Jane. Estoy bien— le digo apartándola de mí.

—¿Qué te pasó? Amara... ¿Qué hacías en la cornisa?

—No me lo explico...

—Amara, ¿alguien ha venido a verte, a visitarte? —me pregunta tomándose de las manos.

—¿A quién te refieres? — de pronto abro mucho los ojos y me alejo sorprendida. ¿Sobre qué visitas me está preguntando? ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué está tan alterada?

—Cuéntame sin miedo. Sé que tienes visiones desde siempre — se acerca a mí, pero yo me alejo asustada, sin comprender. — Amara, dime, últimamente tienes más, ¿verdad? ¿Se te aparecen... espíritus?

Doy un salto en la cama de la impresión. Jamás imaginé que Jane sabía mi secreto. Pensé que me despreciaba por ser miedosa. ¿Cómo puede saber lo que me ocurre si jamás se lo he dicho a nadie? ¿Por qué de pronto se preocupa tanto por mí?

—Jane... Si a ti no te importo...

—¡Oh! ¡Dios mío! Eres lo más importante para mí. Robert y tú sois la única familia que me queda — la miro y no entiendo qué me dice.

—¿Familia? ¿Somos familia? — pregunto asombrada.

—Ya no puedo ocultártelo más. Debo decírtelo porque tu vida corre peligro. Aunque lo juré, debo contártelo. Soy tu tía, la hermana pequeña de tu madre — me confiesa mientras observa con miedo mi reacción.

—No puede ser. ¿Cómo es posible que seas mi tía y nadie lo sepa?

—No podía revelar quién era o tu abuela me habría apartado de vuestro lado— me está mintiendo. No me lo puedo creer; mi abuela no haría eso.

—¡No lo entiendo! ¿Por qué no iba a aceptarte?

—Es una larga historia Amara. Todo es complicado, pero debo ser sincera ahora contigo. He callado demasiado... — mueve las manos nerviosa. —Tras la muerte de tu madre quise conoceros, pero tu abuela no quería saber nada de mí ni de la familia a la que pertenecemos. Yo quería estar a vuestro lado, se lo debía a tu madre, por eso conseguí el trabajo de institutriz.

—¿Y mi padre no se dio cuenta de que eras su cuñada?

—Aquellos veranos cuando se enamoró de tu madre yo era muy joven; tu madre era diez años mayor que yo. Pasó el tiempo y dejé de ser una niña,

pero tu padre no me vio más. Cuando se casaron lo hicieron con una boda secreta; yo me quedé en Inglaterra. A la muerte de tu madre cuando me presenté como institutriz, él no me reconoció.

—No puede ser... ¡No me lo creo! ¿Por qué mi abuela te rechazaba? ¡No lo entiendo!

—Tu abuela simplemente odia o quizás teme lo que somos...

—¿Y qué somos? — le digo conteniendo las lágrimas en los ojos.

—Amara, te he observado todos estos años y eres una persona muy especial, tanto como tu madre y tus antepasados.

La miro sin entender, pero sedienta de saber cosas de mi madre, de su familia y sobre mí misma; información que siempre se me ha ocultado.

—Pertenece a una familia muy singular. Una estirpe que tiene el “Don” de ver “El más Allá”. Somos diferentes, quizás más sensibles que el resto de las personas, y podemos percibir seres o energía de otro mundo. El mundo donde van nuestras almas cuando abandonan el cuerpo.

¡¿Qué me está diciendo?! Sé que sus palabras son reales porque yo misma lo vivo todos los días, pero escucharlo de sus labios me resulta tan imposible, tan increíble. Aunque por otro lado una sensación de paz y tranquilidad me invade y reconforta: al final va a ser que no estoy loca. Y no soy la única.

—Pero... pero si tú lo sabías, ¿por qué me has dejado sufrir estos años y pensar que estoy “majara”?

—Fui una cobarde. Tenía miedo de perderos— empieza a llorar desconsoladamente, y yo me siento completamente desconcertada.

—Le juré a tu madre que os cuidaría para que se pudiera marchar tranquila —me dice mientras se seca las lágrimas. — Ella quería quedarse a vuestro lado, pero yo la convencí para que siguiera su camino.

— ¿Cuándo le juraste eso a mi madre? — le pregunto sorprendida.

— Cuando murió su alma vino a visitarme y le dije que estaría con vosotros y os ayudaría con vuestro “Don” si lo heredabais. Pero vuestra abuela no quería permitirme estar a vuestro lado.

—Pero ¿por qué no?

—Ella nunca quiso a tu madre, nunca quiso esa boda. Como todo el mundo en esta región, conocía perfectamente nuestra historia, lo que se dice de nosotras: que somos brujas desde tiempos inmemoriales. Por eso tu abuela no me quería cerca. Solo me quedó guardar silencio y negar quien soy y mi naturaleza; nuestra naturaleza. No podía deciros quién era yo y por supuesto, contaros nada de nuestra habilidad.

—Pero ¿ahora me lo estás contando?

—Me confundí. Amara, todos estos años he estado tan equivocada. Jamás debí conformarme con ser solo una profesora para vosotros. Hoy cuando te vi en la ventana lo comprendí todo. Mi misión en realidad es estar a vuestro lado y contaros la verdad en el momento oportuno — me agarra de las manos y esta vez no la rechazo. — Todos estos años te he observado, he ido viendo cómo crecían tus visiones, tus miedos, y he tratado de que los aceptaras, pero temiendo el momento en que se desarrollaran completamente tus capacidades. Sabía que no podría mantenerme al margen si eras igual que tu madre: tan visionaria como ella.

—¿Y mi padre lo sabe?

—Tu padre conocía las historias que se contaban en el pueblo. Conocía que tus bisabuelos emigraron a Gran Bretaña, pero nunca supo que fue para salvar su vida; huían de la gente que les temía y querían acabar con ellos. Siempre nos han odiado porque sabemos cosas, conocemos lo que nos cuentan los muertos; las debilidades y los pecados de los vivos, sus secretos,

sus vergüenzas y por eso nos tienen miedo. Siempre han querido destruirnos.

—¿Mi padre lo creía?

—Tu padre nunca se creyó las historias. No sé el motivo, quizás la morriña de la tierra, pero mi madre, tu abuela materna, se empeñaba en volver por verano a la casa familiar. Tu madre y yo regresábamos cada julio al pueblo: unos nos temían y para otros éramos “forasteras” fascinantes. Fue durante unas vacaciones que tus padres se enamoraron, a pesar de todo, a pesar de todos.

—Sabía que mi padre se había casado por amor...

—En contra del deseo de tus abuelos. Ellos querían una boda conveniente para su hijo heredero. Le habían buscado alguien con bastante dinero. Pero tus padres se amaban tanto que se escaparon y se casaron en secreto. Tus abuelos no pudieron hacer nada salvo odiar a tu madre.

—¿Y qué hizo mi abuela?

—Tu abuela puso el grito en el cielo. Nunca pudo perdonárselo a tu madre. La odiaba por todo: por su reputación de bruja y por su pobreza.

—¿Y mi madre tenía el “Don”?

—Tu madre era una vidente muy poderosa. Podía ver y hablar con las ánimas. No todo el mundo puede. Yo, por ejemplo, percibo sensaciones, presencias, pero no vislumbro nada. Pero ella sí...

—¿Y Robert?

—Robert parece que no ha desarrollado ninguna facultad que yo sepa — claro, por eso se ríe de mí. Si experimentase lo que a mí me ocurre seguramente estaría todo el día lloriqueando, pienso enfadada por la injusticia de tener yo esta carga y él no. — Las brujas de la familia hemos sido famosas en este valle. Antiguamente las llamaban el aquelarre de “Las Siete”.

—Sí, he escuchado historias. Y la gente del pueblo sabe quién soy,

¿no? ¡Piensan que soy una bruja! Por eso Antonio se santigua cuando paso por su lado... Y las señoras mayores me señalan por la calle. ¡Me temen!

—Nos temen.

—Pero ¿soy una bruja? ¿Puedo hacer conjuros, invocar al demonio y echar maldiciones?

—Yo nunca he sabido hacer ese tipo de cosas, ni he querido, claro. ¿Tú quieres aprender a hacer esas cosas?

—¡No! Esas cosas no... Pero me gustaría comprender...

—Lo entiendo — me contesta.

—Jane, ¿cómo funciona el “Don”? ¿Cómo es el “otro lado”?

—Lo que me contaba mi madre es que cuando el cuerpo se muere, el alma, que es energía, se libera. Las leyes físicas de los cuerpos ya no se aplican y las almas se pueden desplazar por el universo a su antojo, a no ser que algo las retenga. Ellas se pueden comunicar con nosotras a través de sus sentimientos, sus recuerdos, por sueños. Depende del espíritu y de la vidente. A veces, si el “Don” es muy poderoso los podemos ver materializados en la presencia que deseen.

—¿Y por qué algunos están atrapados como mi “príncipe” y los niños?

—A veces están tan desorientados que no son capaces de avanzar. O quizás tienen algo pendiente o que terminar en este mundo.

—Eso les debe pasar a mis espíritus —le digo preocupada.

—¿Quiénes son las almas que ves?

—Son unos niños, su madre y su tío que vivieron en este castillo cuando los Reyes Católicos. Creo que son mis antepasados.

—Ya me parecía sospechoso tu repentino interés por la historia — me dice con media sonrisa.

—Creo que están atrapados en este castillo.

—Es posible que sus creencias estén tan arraigadas que no les dejen ir a otro lugar. Son ellos mismos los que se atan a un lugar, por una pena, por un juramento o por un amor muy grande. ¿Qué has averiguado?

—El “príncipe” me dijo que su pecado era tan grande que no podían entrar en Los Cielos.

—Es posible que algo malo que hicieron en vida les retenga.

—Son muy buenos, no creo que ninguno hiciera algo malvado. Son almas puras...

—Hay que averiguar qué les pasó.

—Dijo que estaba escrito...—le digo recordando sus últimas palabras antes de desvanecerse.

—Es posible que escribiera algo antes de morir. ¿Has revisado toda la biblioteca?

—¡Qué va! Hay demasiados papelotes.

—Pues te ayudaré a buscar lo que hay escrito. Si se conserva algo debe estar allí.

Se coloca el pelo, me sonrío y antes de salir de la habitación me dice:

—Pero Amara, recuerda, esta conversación no la hemos tenido jamás. Aún no estoy preparada para enfrentarme a tu abuela. Pero te prometo que lo haré.



XIII

No sé si sentirme liberada o angustiada. No todos los días le dicen a una que es una bruja, pero por otro lado es la primera vez que me siento comprendida. Es una sensación completamente nueva para mí: no estoy loca y no me pasan estas cosas solo a mí. Tengo un “Don”. ¡Un “Don”! Y no una maldición como yo pensaba.

Pero me siento muy enfadada con mi abuela. Me enfurece que hubiese tratado tan mal a mi madre. Necesito hablar con ella, me siento tan dolida y engañada. Yo siempre pensé que mi abuela me quería, a su manera, claro. Pero ¿cómo puede querer a la hija de una “bruja” a la que odiaba? Tengo que aclararlo, decido, mientras me dirijo a su habitación.

Golpeo la puerta con los nudillos y entro despacio. Me paro en la puerta hasta que mis ojos se acostumbran a la oscuridad. La habitación está sumida en la penumbra a pesar de que fuera el sol de agosto quema las piedras del castillo. Tiene las polvorientas cortinas de terciopelo echadas a cal y canto. Busco a mi abuela recorriendo con la mirada las tinieblas hasta que la encuentro echada en la cama.

—¿Abuela? — pregunto susurrando.

—Pasa cariño. Solo quería descansar un poco. Hoy no me siento con ánimo de levantarme de la cama. Es este maldito lugar siempre me hace sentir triste. Me trae recuerdos que me duelen demasiado... ¡Y por supuesto los huesos! Me duelen hoy. Seguro que cambiará el tiempo. — me explica.

No lo aparenta, pero mi abuela tiene sus ochenta y cinco años. Es una mujer tan vital, tan enérgica y con una personalidad tan exuberante que parece mucho más joven. Solo que desde que llegó al mayorazgo anda decaída. Aunque, por supuesto, ella es de las de “antes muerta que sencilla”, me digo mientras la observo ataviada con una bata de seda estilo oriental. Lleva puesta su colección de joyas preferidas y por supuesto las uñas y los labios pintados de rojo. Me siento a su lado en la cama.

—Abuela... Nunca me hablas de mi madre — le suelto sin más porque no sé cómo ser delicada con esto. —¿Os llevabais bien?

—Querida, ¿por qué quieres hablar de ella ahora? — me dice con expresión extenuada. —Hoy no tengo humor ni ánimos...

—Es que ... Me han dicho en el pueblo que me parezco a ella — me invento. — Y yo no sabía que venía a veranear al valle. Me gustaría tanto saber de ella...

—Es verdad. Cada día te pareces más... Nunca he querido hablar de ella porque no me siento orgullosa de mi comportamiento entonces. No me voy a ir por las ramas, ni te voy a mentir porque a mi edad ya no merece la pena. —me dice con voz que suena a derrota y amargura. — Mira cariño, yo solo quería lo mejor para tu padre, había pensado en otra mujer para él: una dama distinguida y heredera de una gran fortuna. Entonces tu madre me estropeo los planes. Ella, una..., una “don nadie”. Ella llegó y enamoró a tu padre. Le hechizó. Ya nada de lo que yo pudiera hacer sirvió para olvidarla. Un conjuro de amor le atrapó para siempre...

—Simplemente se enamoraron...

—Yo estaba muy enfadada. Nuestra familia dependía de la boda de tu padre. Nuestra supervivencia. Pero él no me hizo caso, le daba todo igual y nos dio la espalda. Solo tu madre le importaba.

—Y ella era distinta, ¿no? Era especial... Quizás como yo.

—Sí, lo era. Era tan especial como tú. Entonces no lo entendía. Me asusté. Ahora que te tengo a ti, he aprendido a entenderlo, a amarlo. Ahora sé que ser distinto no es malo sino algo excepcional. Tú me lo has enseñado. Pero en aquella época no podía soportar que tu madre fuera distinta. Quizás por eso me porté tan mal con ella. Me arrepiento cada día de ello. — me mira afligida. — Ahora que te tengo a ti, lo acepto.

—¿Por qué te asustaba tanto mi madre?

—Tu madre sabía cosas que nadie podía conocer. Conocía secretos que no debía saber. Decía cosas muy extrañas. Parecía chiflada, muchas veces estaba como ida..., hablando sola, persiguiendo seres invisibles. Pienso que

tenía alguna enfermedad mental.

—¿Qué cosas os decía?

—Por ejemplo, repetía una y otra vez que Gema llevaba un niño agarrado a su falda y que le absorbía la vida. O que tu abuelo seguía esperando mi perdón y no podía partir en paz. ¡Todo locuras!

—O no...— le digo pensando que yo nunca he visto a esos dos espíritus. ¿Se habrán ido o no se me muestran?

—También por los rumores y las historias de la gente...

—Decían que era bruja, ¿no? Ahora dicen lo mismo de mí —le digo apenada e impotente.

—¡Dios mío! Mi niña...— exclama alterada agarrándome de las manos. — Esa gente inculta no te conoce. Yo sí. Tu eres un ser bueno y generoso. Tu padre nunca nos tendría que haber traído a este pueblo inmundo e inculto. A esta desdichada casa. No entiendo cómo a tu tía Gema le gusta tanto venir aquí.

—¡No disimules! ¡Porque no has cambiado nada! Si no, dime, ¿por qué Jane oculta que es mi tía? No dejaste que la conociera y tuvo que hacerse pasar por quien no es— le suelto enfadada a quemarropa. Sé que no debería haber delatado a Jane, pero no pude contenerme. Me mira sorprendida abriendo mucho los ojos sin saber qué contestarme, pero al final me responde con voz cansada.

—Vaya... Ya decía yo que había algo engañoso tras Jane.

— Pero abuela, ¿por qué no podía conocer a la hermana de mi madre?

— Pensé que era lo mejor para ti. No saber nada de la familia de tu madre ni de su locura. De su enfermedad que se transmite de generación a generación... Tu madre no era bruja, era una demente, como antes fueron sus abuelos. Pasó muchos años internada en sanatorios, pero no mejoraba. Sufrió

horribles tratamientos que yo no deseaba para ti. No quería que os enteraseis ni tu hermano ni tú de la enfermedad que padecía. ¿Para qué preocuparos si vosotros no la habéis heredado? Por eso no permití a vuestra tía estar a vuestro lado. Solo quería que olvidaseis a vuestra madre.

—¡Hay cosas que no se pueden olvidar! ¡Jamás! ¡Siempre la he echado de menos! ¡Siempre! — le grito con la cara bañada en lágrimas. No sé cuándo he comenzado a llorar, pero ya no puedo detenerme. Me tapo la cara con las manos porque no soporto que me vea de ese modo.

En ese momento llaman a la puerta y entra Gema. Sorprendida por mis gritos pregunta.

—Pero ¿qué leñes pasa aquí?

—¡Nada! — le grito y en ese momento, sorprendida, vislumbro la sombra de un niño agarrado a sus piernas. Tendré que descubrir qué significa, pienso para mí misma.

—Bueno, ya hablaremos las tres. Pero de momento tu padre quiere hablar con toda la familia y nos ha convocado en la biblioteca.

Entramos en la biblioteca y veo a mi padre muy alterado y serio en el centro de la sala. En una silla está muy calladito mi hermano. Nos sentamos las demás en los dos sofás apolillados de estilo rococó que hay en la habitación. Mi padre tiene una actitud taciturna y no se atreve ni a mirarnos.

—Familia, tengo que contaros algo muy importante que no puedo ocultar por más tiempo —mi padre se mira las manos nervioso, calla un rato como recuperando la entereza y continúa. — Se trata de algo grave que quizás nos cambie la vida a todos...

Se me acelere el corazón. La verdad es que entre mis fantasmas y mis amoríos con Pablo no me he acordado de aquella conversación que escuché de

mi padre. Quise creer que conseguiría solucionar las cosas y que este momento jamás tendría lugar. Imagino que ha hecho todo lo posible y no lo ha logrado. Ahora entiendo todos los viajes que hacía a Ávila y Madrid cada semana.

—Familia... Yo... Os he fallado — nos dice antes de romper a llorar desconsoladamente.

Mi abuela, se levanta asustada y se acerca a él:

—Hijo, ¿qué ocurre? ¡Dímelo! O me va a dar un infarto.

—¡Dilo ya o nos va a dar un infarto a todos! — grita Gema.

—Yo... Lo he perdido todo. Invertí en un negocio que me habían aconsejado muy lucrativo, pero algo arriesgado y me he arruinado. Yo... lo siento, pero no puedo afrontar la deuda. Lo siento... —nos dice entre lágrimas.

—¿Qué estás diciendo? — pregunta mi abuela con la voz crispada y chillona.

—Madre... Lo he perdido todo, ¿comprendes? La casa de Ávila, las tierras, el mayorazgo... — le contesta mi padre agarrándola por los hombros para que no se caiga.

Mi abuela se aparta de él bruscamente llevándose horrorizada las manos a la boca.

—Debería haber muerto... — empieza a dramatizar mi padre. — No merezco vivir. Yo nunca quise ser Marqués. Solo quería ser una persona normal porque soy mediocre. No merecía un título. No he sabido recuperar nuestra pasada gloria ni mantener nuestro patrimonio.

—¿Has perdido todo? ¡Son nuestras propiedades! — de pronto interviene Gema —¿Qué va a pasar con el mayorazgo? ¿Qué harán con él?

—Pasará a ser del banco— dice mi padre.

—¿Y qué harán con nuestros antepasados? ¿Con el cementerio? ¿Con nuestros muertos? — pregunta alterada.

—Pues... No sé Gema... Los llevaran al cementerio del pueblo con todos los demás. —le responde mi padre sorprendido por la pregunta.

—¡No! ¡No! — grita Gema enfadada. —Es nuestra casa. Todo nos pertenece.

Mi abuela se gira y la contesta:

—Deja de comportarte como una cría malcriada y aporta soluciones. ¿No tienes tanto éxito? ¿No puedes ayudar a tu hermano con la deuda?

—¡No! No puedo hacerlo sin comprometerme.

—¿Comprometerte? ¿Qué significa eso?

—¡Pues que no puedo! ¿De dónde saco tanto dinero? ¿De dónde lo vamos a sacar?

—Buscaremos el modo...

—¡No hay modo! —se acerca a mi padre, levantando acusadoramente el dedo índice. —¡Deberías haber muerto tú en su lugar! ¡Hace treinta años deberías haber muerto tú! — grita Gema fuera de sí antes de que mi abuela la obligue a callarse y sentarse en el viejo sillón.

—Sí, tienes razón; debería suicidarme y así cobraríais el seguro... — responde mi padre llevándose las manos a la cabeza.

—¡Ni se te ocurra decir semejantes tonterías! — le increpa mi abuela enfadada. — No te he parido y cuidado durante más de cincuenta años para que tires la toalla ante una dificultad. Eres mi hijo y te quiero por encima de ninguna posesión. No te pienso dejar solo en esto. Somos una familia de luchadores y pase lo que pase estaremos juntos y saldremos de esta.

—Bien dicho abuela — exclama mi hermano agarrando a mi padre por los hombros, y por una vez en la vida veo a Robert comportarse como una

persona sensata.

—Mañana sin falta me iré a Ávila a hablar con todas mis amistades a ver qué se puede hacer. ¡No pienso rendirme sin luchar! ¡Lo arreglaremos! — promete mi abuela.

—¡Bien dicho! — anima mi hermano.

Parece que mi abuela es humana después de todo, y para mi sorpresa, ha puesto la vida de mi padre por encima de la herencia y el honor de la familia. Además, tiene un plan y debe existir alguna esperanza o al menos así lo piensa ella. Pero mi padre continúa mudo en un rincón y Gema echa fuego por los ojos cuando le lanza miradas asesinas mientras murmulla entre dientes que debería haberle matado antes.

—Es una pena que solo sea una leyenda lo del tesoro del castillo — dice mi abuela, y mi hermano y yo nos apresuramos a instarla a que nos cuente de qué tesoro habla.

—Tonterías del pueblo—interviene Gema que parece que se ha recuperado de pronto.

—Todo es posible en esta familia —le responde mi abuela. —Se cuenta de generación en generación que un Marqués de Águilas Negras, antes de morir y para mantener a salvo a su descendencia, enterró un cofre lleno de joyas maravillosas y piedras preciosas. Dicen que había un rosario espléndido lleno de diamantes, esmeraldas y topacios fabulosos. También había un puñal con un mango con grandes zafiros y rubíes. Por lo visto solo la esposa sabía dónde estaba, pero la bella dama debió morir o algo le pasó. El caso es que el tesoro quedó oculto en algún sitio del castillo, pero nadie jamás lo ha encontrado.

—¿En serio abuela? —grita mi hermano excitado olvidando el drama en el que estábamos sumidos hace escasos segundos —¿Y no me has contado

nada? Llevo casi dos meses aburrido en este castillo en ruinas y ¡podría haber estado buscando un tesoro que me haría rico!

—Es solo una leyenda —le contesta mi abuela quitando importancia a la historia. —Yo de chica me pasé años enteros buscándolo sin resultado.

—Tú no tienes mis dotes de detective — responde Robert, al que mi abuela ignora preocupada por el resto de la familia.

Yo sé que no es una leyenda y que el tesoro al menos existió porque vi el fabuloso rosario en uno de mis sueños y tenía la extraña cruz de oro.

Por fin consigo escaquearme en cuanto se distraen; no puedo con más dramas familiares. El panorama no es muy alentador y no tengo fuerzas para pensarlo. Llevo un día demasiado intenso. Demasiadas emociones. Necesito relajarme, necesito a Pablo.

Me dirijo andando hacia la casa de sus tíos por si le encuentro por allí. La casita fue construida aprovechando parte del muro del castillo. Al doblar el muro veo al señor Antonio arrastrando una gran bolsa de basura. Entonces me ve, la deja y se dirige hacia mí con cara de malas pulgas.

Este hombre es de lo más desagradable tanto de vista, porque es poco agraciado el pobre, como de carácter. No sé cómo puede tener un sobrino como Pablo. Además, después de lo que sé de él no le soporto. Incluso me da un poco de miedo cuando se cruza conmigo sin mirarme, y esta vez en lugar de santiguarse le escucho decir entre los dientes “demonio”.

¿Demonio yo? ¿Habré escuchado bien? Me alegro que se aleje porque me da escalofríos solo tenerle cerca. Es como si sintiera su energía negativa. Creo que nadie en la casa le aprecia. Bueno, quizás solo Gema. Les he visto alguna vez hablando juntos. Y esas veces incluso he visto en la cara de Antonio una especie de sonrisa... Qué curioso... Nunca había pensado en ello.

¿Y Gema? ¿Qué le habrá pasado hoy? Estaba muy furiosa. Jamás algo

le había importado tanto. La abuela ha tenido que arrastrarla lejos de mi padre. Sabía que le gustaba el pueblo, pero no tanto.

Entonces veo a Pablo. Ya ha caído la tarde y un sol dorado baña su pelo. Es tan guapo... Se me calienta el corazón y todos esos pensamientos tan negros que me oprimían se desvanecen. Cuando él está conmigo me siento segura, feliz, con la certeza de que nada puede pasarme. Creo que me he enamorado perdidamente... ¡Maldita sea!

—Tienes mala cara. ¿Te encuentras bien? ¿No tendrás otra vez resaca?

—No, demasiadas emociones... Son cosas de mi familia de “marqueses”.

—Ah, ya, cosas que solo la aristocracia entiende.

—Así es. El vil pueblo llano nunca lo comprendería. Son asuntos propios de la nobleza. ¿Entiendes?

—Pues no, porque soy de la clase más baja: jardinero.

Y nos reímos felices los dos. Es tan fácil estar con él. Me toma de la mano y vamos caminando juntos mientras decimos paridas por la carretera vieja. Ya hemos elegido un sitio “nuestro” desde donde ver los atardeceres. Nos tenemos que encaramar a una parte medio destruida de la muralla desde donde se domina todo el valle. Es un lugar mágico por la belleza del paisaje que se contempla y está en mi propia casa... aunque por poco tiempo. Me pongo triste. Al final este lugar que tanto odié en junio ahora me encanta. Aquí tengo a Pablo, a mis ánimas, y me siento más yo misma. Y lo vamos a perder. Una lágrima se me escapa y resbala por mi mejilla. No quiero que lo note así que me la limpio enseguida mientras intento disimular estar alegre, pero tengo el corazón apenado porque resulta que este sitio al final me importa.

Pablo pasa su brazo por mis hombros y me besa. Mi alma toca el cielo rojizo sintiendo sus labios en los míos. Por un momento, en este lugar, en mi

viejo castillo, me siento feliz. Pero en seguida entristezco. En realidad, y a pesar de que al principio odiaba venir a veranear aquí, ahora me encanta; este sitio me ha dado tanto bueno. No quiero perderlo. No podré volver y quizás ya no vea a Pablo más. Cuando volvamos a nuestra rutina después de verano las cosas no serán iguales para nosotros: él volverá a medicina y yo empezaré con filología. No había pensado en ello. No había pensado en nada. Todo esto con Pablo está siendo tan rápido e intenso. Tan maravilloso y sorprendente. No quiero que acabe.

Entonces el ambiente se enfría y el aire se espesa. ¿Cómo es posible? ¿Una aparición aquí? Me pongo a la defensiva a pesar de que no quiero que Pablo se dé cuenta, pero todo mi cuerpo se tensa esperando una señal. Abro mucho los ojos y los oídos. Entonces escucho un susurro en el viento.

—Teme por la vida del Marqués... Pecará contra Dios otra vez.

¿Qué significa esa frase? Intento escuchar más, pero nada. De nuevo hace el calor normal de una tarde de verano. El momento sobrenatural ha pasado. ¿De quién era la voz? No he llegado a reconocerla. Una profunda inquietud me invade porque no entiendo nada. ¿Era un aviso? ¿Hablaba del Marqués de ahora o de alguno anterior? Un temor me recorre de arriba a abajo. Tengo una premonición: algo malo va a suceder. Lo siento en mi alma.

Me levanto de golpe asustada por mis presentimientos liberándome bruscamente del abrazo romántico de Pablo, que me mira sorprendido sin comprender qué me ocurre. ¡El Marqués actual es mi padre! Y si algo malo le fuera a pasar. ¡Un pecado! ¿Qué va a hacer? Tengo que buscarle. Tengo que asegurarme que no le pasa nada.

—Me voy Pablo... He recordado algo importante. Luego te cuento. Es muy urgente— y sin dejarle rechistar comienzo a correr con toda mi alma.

¡Por Dios! ¿Dónde puede estar? Recorro los viejos y ajados jardines y

entro en el castillo. Reviso los salones, la biblioteca, la cocina. En la parte de abajo no está. Subo a las habitaciones y tampoco le encuentro en ninguna. ¡Dios! ¿Dónde está? Solo me queda la torre y el pasadizo. Desde aquel día en que conocí a Maira no he vuelto a subir a la torre. Pero algo me dice que mi padre está allí. Entonces vuelvo a escuchar esa voz.

—Apresuraos...

Corro escaleras arriba como alma que se lleva el demonio. Abro la puerta de la única habitación de la torre y ahí está mi padre. No me puedo creer lo que están viendo mis ojos. ¡No puede ser real! Es otra visión. Me niego a que sea real lo que está ahora mismo ocurriendo. Cierro los ojos paralizada, sintiendo cómo se me ha congelado la sangre en las venas.

En medio de la húmeda y oscura habitación se encuentra mi padre; está con una soga al cuello manteniendo un precario equilibrio sobre el respaldo de una vieja silla de madera. Jamás pensé en toda mi vida poder encontrarme a mi progenitor, el hombre recto y severo, el gran marqués tan débil y asustado. Tan desesperado como para terminar con su vida.

—¡Amara! — se sorprende cuando me ve como si acabara de despertar de un mal sueño.

—Papá, ¿qué haces? — le grito sin saber muy bien cómo actuar.

—Yo... No quería... Pero es mejor así — contesta apartando su mirada.

—¡No puedes rendirte! ¡Te necesitamos! Papá ahora no puedes.

—Estáis mejor sin mí. — contesta en un hilo de voz ronca.

—¡No! —grito desesperada intentando acercarme lentamente con los brazos en alto como en son de paz. — Papá yo te quiero, no puedes dejarme. Ahora que te he recuperado no puedes marcharte.

—Hija, solo soy una carga para todos — dice con un triste gemido.

—Papá, todos te queremos. No puedes hacernos esto. Ya no puedes — observo cómo vacila, así que continúo. — Estoy aquí, no puedes marcar mi vida de este modo. No lo hagas. No puedes matarte delante de mí. Me dejaras marcada para el resto de mi existencia. Me destruirás, no podré superarlo. No puedes hacer eso a tu hija, ¿verdad? ¡No puedes!

Me mira sabiendo que no es capaz de hacerme algo así. Quizás ya no se quiera lo suficiente para vivir, se desprecie tanto como para quitarse la vida, pero a mí sí que me quiere. A pesar de todo lo que le quité al nacer. A mí sí me quiere...

Noto en su postura que ha cedido y hace ademán de quitarse la cuerda, pero en ese momento se escucha un crujido y ante mi impotente mirada veo cómo se resquebraja la consumida silla por el peso y se parte por la mitad. Mi padre se balancea colgado por el cuello, y yo corro desesperada a sostenerle por las piernas para intentar evitar que la cuerda le estrangule.

—¡No! ¡No! — grito fuera de mí. No tengo suficiente fuerza para que la soga no le apriete el cuello y vaya arrancándole la vida poco a poco. Las lágrimas inundan mis ojos y recorren mi cara. ¡No puedo! ¡No puedo con él! Intento empujarle hacia arriba para que pueda soltar el nudo, pero se me resbala una y otra vez. Veo cómo se va asfixiando y soy incapaz de evitarlo.

Siempre pensé que no le quería, que no le necesitaba, pero este verano he descubierto que sí y que él también a mí. Él es mi padre, el hombre que me dio la vida. Ahora que habíamos conseguido un acercamiento no puedo perderle. No puedo perder al hombre que amó profundamente a mi madre, a pesar de ser la bruja del pueblo. Que le amó por ser especial y por eso mismo también me quiere mí. A pesar de ser rechazadas por los demás. No puedo dejar morir al hombre invisible y reservado que ha estado a mi lado desde que nací, en la distancia, pero preocupándose siempre. Yo nunca me había dado cuenta, pensaba que me odiaba, pero este verano he comprendido que siempre

me ha querido porque soy como ella. ¡No puedo permitir que muera! ¡Ahora no! Lloro desesperada porque me faltan las fuerzas y noto que él se está rindiendo otra vez y ya ni siquiera intenta quitarse la soga. ¡No! ¡No! No podré vivir con esto. No puede estar pasándome, gimo atormentada.

Entonces noto que el peso se aligera, otros brazos están sujetando a mi padre. Me giro y veo la cara de Pablo. Se sorprendió tanto de mi agitación que me siguió preocupado.

—Yo le sujeto. ¡Corre! Busca ayuda. Trae un cuchillo con el que cortar la cuerda. ¡Corre! ¡Corre!

Mis gritos alertan a mi hermano que sube curioso a la torre y al ver el cuadro ayuda a Pablo a mantener a nuestro padre a salvo. Entre todos logramos bajarle, aunque se encuentra ya inconsciente. Pablo le realiza una reanimación cardiopulmonar. Recupera por un momento la conciencia y me busca con la mirada para decirme en apenas un murmullo:

—Yo no quería... No soy un cobarde... Pero el dolor y la pena eran tan grandes, tan insoportables y tan terribles que me transformaron.

Sus palabras me dejan de piedra porque me hacen pensar si la tristeza de esta casa no afectará al resto de mi familia más de lo que yo creía. Hasta ahora suponía que la única afectada por la maldición de las almas en pena era yo, pero quizás mi familia también corre peligro al estar influenciados por su desesperación y aflicción.



XIV

Después de días pensando en todo lo que ha ocurrido, de darle mil vueltas a las cosas, de no dormir agobiada con la maldita pesadilla, he decidido que esto debe terminar; tengo que liberar a mis fantasmas de su cautiverio en este castillo. Llevan siglos sufriendo y es hora de que encuentren su camino a donde sea. Pero, además, aunque ellos no quieran,

estoy convencida de que son peligrosos para todos los que estamos viviendo aquí. Sé que no son malvados pero su desesperación nos afecta y nos empuja a hacer cosas que nunca haríamos: como el otro día en mi habitación cuando intenté saltar por la ventana o ayer lo de mi padre en la torre.

Creo que incluso mi abuela los percibe y por eso dice que odia este castillo, porque le consume las energías y le hace sentirse muy infeliz. Ella cree que es el recuerdo del hijo que perdió, pero yo sospecho que también se ve influenciada por la psicosis del lugar. Quizás simplemente deberíamos marcharnos todos, ya que pronto no pertenecerá a la familia, pero me siento en deuda con mis espíritus. Siento que debo ayudarles a liberarse. No los puedo abandonar a su suerte.

Nunca pensé que pudiera ser una persona decidida y valiente como para llevar a cabo lo que tengo decidido hacer, aunque aún no sé cómo. Siempre me consideré una cobarde asustadiza de las sombras que me atormentaban y sin embargo ahora me siento fuerte y poderosa. Ahora sé lo que debo hacer.

El primer paso es seguir investigando en la biblioteca. Estoy segura de que con la ayuda de Jane hay más posibilidad de encontrar alguna pista. Si hay algo debe estar allí. Por eso esta tarde Jane y yo nos hemos pasado horas revisando todos los documentos, incluso los más decrepitos y ajados, comiendo polvo y suciedad sin encontrar lo que buscamos. Tras mucho trabajo sin resultado la noche ha caído de repente sobre nosotras llenando de oscuras sombras siniestras la gran sala. Estamos cansadas y ha refrescado algo. Me temo que no va a ser tan sencillo como esperaba encontrar alguna pista, o quizás es que simplemente no hay nada que nos pueda ayudar en este lugar maldito. Me resisto a “tirar la toalla”, pero esos pensamientos derrotistas se cuelan en mi cabeza una y otra vez.

Jane se marcha a la cocina a preparar unos sándwiches de cena. Mientras,

agotada, me siento en un rincón de la biblioteca, desde allí se ve a través de la ventana una gran luna brillando en el cielo. La última vez que vi una parecida fue el día de la ermita. No quiero ni acordarme del miedo que pasé allí. Observo el cielo, es muy parecido al de aquella noche; la luna ilumina el oscuro firmamento acompañada de nubes bajas que me parecen de nuevo tenebrosas. Una cierta niebla espesa va creciendo poco a poco y se cuele ante mi sorpresa por la ventana de la biblioteca inundando toda la sala. Todo toma un aspecto irreal. Esto no puede ser bueno, pienso alarmada.

Una vez más se me eriza el pelo del cogote y siento un profundo escalofrío recorrer mi espalda. Otra vez algo viene... Lo sé, lo temo, lo acepto... Entonces todo comienza a dar vueltas alrededor; cierro los ojos para intentar no desfallecer. Me sujeto la cabeza fuerte con las manos sabiendo que en algún momento pasará y seguramente todo haya cambiado porque estaré en otro tiempo, en otro lugar. Tengo miedo de abrir los ojos porque, efectivamente, cuando lo hago ya no es la misma habitación, los muebles son distintos, sin embargo, por la ventana puedo ver la misma luna con su corte de nubes inquietantes.

Miro alrededor sin atreverme a mover un músculo cuando le veo: ¡es mi bello príncipe! De pronto me golpea una sensación de desolación intensa, oscura, inmensa de fracaso y angustia. El joven noble está tan apenado que mares de tristeza mojan su rostro. Está escribiendo a la débil luz de un candil en una especie de pergamino. Se interrumpe constantemente para llorar con desconsuelo. Por fin parece que termina, estampa un sello y lo guarda en un pequeño cajón oculto en la parte de debajo de la mesa del escritorio. Lloro amargamente de nuevo. Nunca antes había visto sufrir a alguien de ese modo. Sé que le embarga la aflicción y el dolor porque yo misma lo siento. ¿Qué habrá ocurrido? Querría ayudarlo, pero no me atrevo a acercarme para consolarle. Entonces saca una daga magnífica con una empuñadura llena de

joyas preciosas y la gira despacio para que brillen a la luz de la luna, pasa un dedo por su filo, imagino para asegurarse de lo afilada que está y clavársela al enemigo que le ha causado tanta pena. La mira serio, conteniendo el llanto y recuperando la entereza.

Entonces, ante mi asombro, con un movimiento rápido y decidido se la hunde en su propio estómago. ¡No! ¡No! Grito fuera de mí. Me incorporo para acudir a su lado, pero todo comienza a girar de nuevo y caigo al suelo aturdida.

Cuando me recupero y abro los ojos nuevamente, es Jane quien está a mi lado con cara preocupada.

—He tenido una visión... Ya sé dónde está lo que buscamos — le digo mientras me levanto penosamente aún temblando por la impresión.

Busco en la biblioteca la mesa donde escribía mi príncipe y no la encuentro. ¿Dónde puede estar? ¡En la torre! En la torre hay muebles viejos, juraría que la vi allí.

—Jane, hay un pergamino...Lo he visto. Mi príncipe escribió algo antes de quitarse la vida y creo que está escondido en una mesa que hay en la torre. Es un antiguo escritorio. Quizás aún se conserve. Por eso me lo ha mostrado en la visión para que lo encuentre. Estoy segura. ¡Vamos!

Corro seguida de Jane por los oscuros y fríos pasillos sintiendo una fuerte opresión en mi pecho. ¿Por qué se habrá quitado la vida el joven Marqués? Subo las escaleras sin apenas aliento y con el corazón palpitando como loco. Tengo miedo de volver a esa maldita torre donde mi padre casi hace una locura. Tengo pavor de encontrarme a alguien más allí. Pero necesito dar con ese escrito. Necesito saber qué ocurrió en realidad.

Llegamos a la torre y yo vuelvo a activar la luz de mi linterna girando la manivela. Alumbro todos los rincones de la torre encontrando solo trastos

viejos y antediluvianos. Rotos muchos y todos llenos de polvo y telarañas. Removemos los muebles apilados levantando nubes de suciedad que nos hacen toser. Pero es al apartar unas carcomidas sillas de madera cuando me encuentro frente al antiguo escritorio. Es uno de esos muebles macizos y pesados de madera noble, oscuro y repujado, de patas gordas y torneadas. Parece mentira que se conserve aún después de cinco siglos de historia.

Asustada por encontrarme alguna araña o bicho asesino tanteo la mesa por debajo buscando el cajón secreto, y en el fondo, por debajo de la mesa, localizo un saliente. Tiro con cuidado y algo comienza a ceder. ¡Es el cajón! ¡Lo he encontrado! Lo abro con ansiedad y aparecen ante nuestros ojos un montón de papeles ocres, corroídos por el tiempo y anudados con una vieja y podrida cuerda.

Jane está tan asombrada como yo por mi descubrimiento. Cogemos los papeles y nos dirigimos a la mesa de la biblioteca donde hay una antigualla de flexo que nos podrá dar la luz que necesitamos para leer lo que está escrito. Desenrollo con cuidado los documentos con miedo a que se puedan desvanecer entre mis dedos, los extendiendo en la mesa bajo la luz. ¡La carta de mi príncipe!

“A Nuestro Señor Dios suplico su perdón porque para mí no hay salvación. Mi honra, mi honor y mi corazón he perdido. Nada en este mundo me hará desear vivir más.

Mi corazón muerto está y no soporto la Eternidad si mi Amada condenada está. Juramento de sangre hice para proteger a mi Dama y sus vástagos, empero he fracasado ya que todos se han condenado.

Mis enemigos me engañaron y en la torre fueron apresados. Mi Señora y sus hijos atrapados a las profundas aguas del río saltaron. Por mi falta en los infiernos sufrirán hasta el Juicio Final.

La tristeza atenaza mi destrozado corazón, mi alma sufre atormentada, la culpa no me deja vivir, solo ansío morir. Mi pecado será castigado y con ellos seré condenado. Solo a su lado en lo más profundo del Averno quiero existir.

Qué Dios Padre Todo Misericordioso perdone mi gran pecado“.

—Jane, ¿qué significa? —pregunto sobrecogida por lo que acabamos de leer.

En el fondo de mi corazón las piezas han encajado, pero necesito que Jane me lo confirme. Ahora lo entiendo todo. Por eso vi a la Dama en el río: ¡se lanzó al agua! Por eso estaba tan triste y desesperado “mi príncipe”: ¡La amaba! Ya sé por qué sufren tanto mis espíritus. Se quitaron la vida. Esto fue lo que les pasó a mis pobres niños, pero me parece tan trágico que no me creo que les pudiera suceder. Miro acongojada a Jane esperando otra respuesta a la que me da:

— Amara...— me mira triste y preocupada. — Creo que se suicidaron, que ese fue el gran pecado que cometieron. Debieron lanzarse los tres al río. En el Siglo XV se pensaba que la vida pertenecía a Dios y nadie podía arrebatársela. La iglesia condenaba a los que se quitaban la vida, a veces incluso les “volvían a matar”: los descuartizaban o quemaban sus cadáveres para que no pudieran resucitar. En ningún caso podían descansar y ser sepultados en tierra santa. Según pensaban iban al infierno o quedaban errantes en el limbo eternamente. Condenados por todos los tiempos.

—Eso les pasa a los espíritus del castillo...

—Es posible que ellos así lo piensen y sus creencias sean las que les impidan avanzar. Ellos creen que están condenados, que deben sufrir y no se merecen el cielo. Eso debe ser lo que les tiene atrapados aquí.

—¿Y qué podemos hacer para ayudarles?

—Amara, no tengo ni idea. Tu abuela se negaba a contarnos detalles a tu madre y a mí de las prácticas de la familia.

—Pero nuestro “Don”, ¿no sirve para estas cosas?

—Posiblemente, aunque yo no sé usarlo.

—Pero ¿no hay nada escrito, algún libro, algo que nos sirva para saber qué hacer? ¿No te contaron nada tu madre o tu abuela sobre qué hacer en estos casos?

—Mi madre no quiso enseñarnos nada. Fue un trauma para ella tener que huir siendo niña de su tierra por culpa del “Don” de su familia. Lo siento Amara, no sé qué hay que hacer.

—¡No puede ser! No he llegado tan lejos para nada. Tiene que haber algún modo. ¿No hay algo de la familia en este valle? No sé, ¿un código oculto y secreto? Algún escrito que nos sea útil.

—Ay, Amara. ¡Cuántas pelis de brujos has visto! No hay nada de eso.

—Jane, no puede ser — le digo con tono de súplica. — Ahora que sabemos qué ocurrió debemos descubrir qué debemos hacer.

—Bueno... Se me está ocurriendo una cosa que escuché a escondidas de pequeña contar a mi madre y a mi abuela. Pero no sé si funcionará.

—¿Qué es?

—Ellas contaban que a veces se había invocado a Las Siete para obtener respuestas.

—¿A las siete brujas de las leyendas? ¿Eran reales?

—Sí, lo eran. Fueron nuestras antepasadas. Eran mujeres sabias y podrían ayudarnos. Según escuché decir a mi abuela, nuestra familia tenía el poder de invocarlas para consultarlas.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Tenemos que ir al lugar donde se solían reunir en sus aquelarres, en la cueva de la Tablá.

—¿Y qué hay que hacer? ¿Algún tipo de baile, conjuro o ritual?

—Pues no lo sé, Amara. Nunca me contaron qué hay que hacer. ¿Qué haces tú para llamar a tus espíritus?

—Uff, no lo sé. Ellos se aparecen cuando quieren. Una vez intenté convocar a los niños y se apareció mi príncipe. Esa fue la tarde que casi me lanzo desde la ventana de mi habitación.

—Pues mejor investigamos un poco antes no vaya a ser que nos pase algo...

Al día siguiente nos presentamos en la biblioteca, el único sitio del pueblo donde hay internet y funciona el wifi de un modo decente y continuo. Este maldito pueblo, como todo el valle, no tiene apenas cobertura.

Nos sentamos frente a uno de los ordenadores de la biblioteca y Jane escribe directamente “Cómo invocar brujas” en el buscador. Aparecen miles de resultados en el navegador que pacientemente analizamos uno a uno durante toda la mañana. Salimos a comer un cochifrito y unas “revolconas” y volvemos algo más animadas y con la tripa llena a nuestra tediosa investigación.

Resulta muy decepcionante porque todo lo que encontramos no son más que tonterías de fanáticos y locos supersticiosos o charlatanes papanatas. Por fin, cuando ya habíamos perdido la esperanza de dar con algo interesante, descubrimos una web que habla de la magia blanca y del “Don” que tiene ciertas personas de conectarse con seres distantes del universo.

Por lo que leemos, hay ciertas personas que tienen ese “Don”, y la magia blanca ayuda a conseguir establecer una comunicación segura con las entidades sobrenaturales, o sea, aquellas que no pertenecen al mundo que

vemos. En la web también explica que la energía de las personas no desaparece al morir, sino que se transforma, pero en una dimensión cósmica que no vemos.

Por lo visto, la magia blanca nos permite alcanzar ese lugar donde habitan las almas mediante una serie de rituales o hechizos que aseguran el éxito del contacto. Por lo que cuenta la página, los espíritus convocados durante un ritual están obligados a cumplir las peticiones del ser que les invoca, siempre y cuando se conozca su nombre o cómo llamarlos. La persona que las convoca puede experimentar algún tipo de transferencia o poder de estos seres.

Se habla de “La Evocación” como la llamada a una entidad para consultar o exigir el cumplimiento de sus deseos. Pero llamar a los espíritus tiene riesgos ya que junto a la entidad pueden concurrir otros espíritus que no han sido convocados. Por eso, el mago debe empezar el ritual trazando el pentagrama mágico, que es una estrella de cinco lados, que lo protegerá y del que no debe salir hasta que el alma haya sido despedida. También advierten que hay que ser cauteloso en el trato con la entidad, pues pedirá algo a cambio. Aseguran que la magia siempre tiene un coste personal.

—Entonces, ¿somos brujas blancas? —interrogo a Jane confusa.

—Pues eso dice aquí — me contesta escueta y muy pensativa.

—¿Hacemos una “evocación” de esas? — le vuelvo a preguntar esperanzada.

—No sé, Amara. No me gusta lo que explica esta web. Mira, también habla de la magia negra y del uso del poder para dominar a otras personas y conseguir lo que se ambiciona con malas artes. Fíjate, habla incluso de sacrificios. ¿A qué se referirá?

—Jane. Nosotras no haremos nada de eso. Solo las llamamos y si no

vienen pues nada. Podemos probar lo del pentagrama, eso nos protegerá.

—¿No has leído como yo que podrían venir otros o que podrían pedirte algo a cambio? ¿De verdad que quieres correr ese riesgo? ¿Merece la pena? No quiero que nada malo te ocurra. Parece un tema muy serio, Amara.

—Jane, necesito hacerlo. De verdad... No solo por ellos, sino por mí. He estado toda mi vida sintiéndome tan perdida, tan asustada, tan distinta e inútil. Alguien que nadie quiere, que no debería haber nacido, alguien que no sabe para qué está en este mundo. Y ahora, todo esto..., mi “Don”, ellos, las almas que me necesitan, todo da sentido a mi existencia. Por primera vez en mi vida creo que merezco haber nacido, estar viva, me siento útil: ¿lo entiendes?

—Mi niña... ¡Qué mal lo he hecho! — me dice crispada mientras me abraza. — Te he visto toda la vida sufriendo por una culpa que no era tuya. Sin comprender lo que te ocurría. No fui capaz de ayudarte. Lo siento Amara... Lo siento tanto... — veo cómo las lágrimas pugnan por salir de sus ojos, pero las controla y recupera la compostura.

—No pasa nada Jane. No podías intervenir si no querías perdernos. No es culpa tuya.

—Tenía que haber encontrado el modo. Te fallé, mi niña. Y también a tu madre —me dice triste mirándome a los ojos. — Esta vez te ayudaré. Liberaremos a esas almas juntas. Te lo prometo.



XV

Caminamos buscando la cueva de las brujas por el bosque iluminadas por una grandísima luna llena que parece que nos siguiera con la mirada preguntándose dónde van dos insensatas. La noche es clara y brillante, pero a pesar de ser agosto un aire frío nos envuelve clavándome su aliento gélido en mi corazón. Me pregunto una vez más qué hago aquí y por qué arrastro a Jane a esta locura.

Llevamos con nosotras cal para pintar el pentagrama, ramas de tomillo

y romero y unas velas negras espanta-mosquitos que me he empeñado en comprar para darle un poco de carácter mágico a la “Evocación”. No hemos encontrado el nombre de “Las Siete”, quizás con llamar a una valdría, pero sin su nombre no sé de qué otro modo convocarlas; así que voy a llamar a todas, al fin y al cabo “Las Siete” formaban el famoso aquelarre del Tiétar y eso debe ser porque trabajaban en equipo. Hubiera preferido solo traer solo a una, pero voy a tener que enfrentarme a todas de golpe.

Hoy es San Bartolomé, según las gentes de estas tierras, una noche mágica en la que las brujas, nigromantes y orcos vagan libremente aterrorizando y devorando a quienes se cruzan en sus caminos. En muchos lugares aseguraban que durante esta noche se reunían los grandes aquelarres. Ideal convocarlas hoy. Por lo visto, antiguamente esta noche era una de las más temidas y pocos se atrevían a salir fuera de las aldeas y villas “una vez que el sol dejaba de alumbrar en el cielo”; y nosotras aquí dispuestas a despertar a siete viejas brujas, que fueron quemadas y quizás aún anden algo cabreadas por ello.

Me tiembla todo el cuerpo del miedo que tengo encima, mi conciencia me está gritando “da media vuelta y huye, ¡No lo hagas!”. Pero debo hacerlo, sé que tengo que llegar hasta el final de esto si quiero dejar de sentirme una basura humana. Aunque tengo tantas dudas de mi capacidad, temo no estar preparada y hacer las cosas fatal resultando todo un gran descalabro. Me aterroriza que se presente a mi llamada algo maligno que no sepamos controlar; que abramos la caja de Pandora. Tengo tantos temores que me duele el pecho de contenerlos silenciados dentro de mí. No quiero que Jane lo note así que intento parecer segura, decidida, pero sospecho que mi cara debe estar delatándome.

Aunque miramos por internet el camino a la cueva y parecía que no había pérdida, sobre todo porque lo han convertido en una ruta y está marcado con

pedras pintadas de blanco, se me está haciendo muy cuesta arriba y no solo por la pendiente. Como sufro asma me cuesta respirar y Jane tiene que bajar a veces la velocidad al sonarme pitos en el pecho. Yo ya lo conozco, me pasa siempre que hago deporte, es lo que llaman “asma bronquial” y no es nada grave solo un poco engorroso en casos como este, en el que estamos caminando en medio de un bosque, en mitad de la noche para soltar un montón de brujas a saber con qué intenciones.

Llegamos a la cueva, yo medio asfixiada, y nos quedamos en la entrada con cara de tontas. No me atrevo a entrar, no vaya a salirnos un oso o un animal legendario del valle del Tiétar. En esta zona podríamos encontrarnos también con jabalís, linceos o lobos.

La cueva se encuentra en medio de un claro del bosque de robles. Entre los árboles veo sombras amenazantes, oscuras y tenebrosas, escondiéndose de la luz. Seguramente es mi asustada imaginación. Miro hacia arriba y en medio de las copas de los árboles está la luna repleta, radiante, gigante, casi parece irreal, perteneciente a un cuento de terror. Suspiro profundamente para calmarme, porque ya hemos llegado. Noto su fuerza, sin duda este lugar es un sitio mágico.

—Jane, es aquí.

—Sí, parece que éste es el sitio...Amara, ¿estás segura?

—Sé que es lo que debo hacer...

—En ese caso yo estaré a tu lado — me dice tocándome el brazo. —
Esta vez estaré a tu lado.

—Voy a pintar el pentagrama con cal. ¿Puedes ir encendiendo las velas?

—Espero que no se apaguen con el aire.

—Pondremos el tomillo y el romero en el centro del pentagrama y las

velas en los ángulos.

Encendemos las velas, prendemos fuego a las ramas aromáticas y nos colocamos las dos juntitas en el centro del dibujo mágico que he pintado en el suelo.

— Pues ya lo tenemos todo listo...—me dice Jane.

— Parece que habrá que comenzar — contesto yo con la voz entrecortada.

—Venga. Las llamamos juntas.

—¿Y qué decimos?

—No sé... Algo así como nosotras, las mujeres Vinuesa convocamos a “Las Siete”.

— ¿Vinuesa? — pregunto sorprendida.

— Es el apellido de la abuela de tu madre. El apellido de las mujeres que tenemos el “Don”. Quizás el de las propias brujas si son nuestras antepasadas.

—No lo sabía... ¿Yo llevo ese apellido?

—Lo llevas, pero ya ni lo conoces. Los apellidos de las mujeres se van perdiendo a no ser que se casen con miembros de la misma familia.

—Pues vamos a convocarlas.

—Vamos —me dice, y me da la mano.

Así que allí estábamos las dos, en el claro de un bosque, en medio de la noche bañadas por la luna; dos mujeres pegando gritos al cielo, llamando una y otra vez a “Las Siete”. Cualquiera que nos viese en ese momento seguro que nos encerraba en un “loquero” para toda la eternidad. Pero nada, allí nadie se presentaba desde ninguna realidad, ni desde esta ni desde las paralelas.

—Jane, esto no funciona — suelto frustrada. — Debe de haber otro modo de convocarlas. ¿No recuerdas nada de cuando eras pequeña?

—Amara, ya te lo dije. Mi madre no quería oír nada de nuestro “Don”. Nos ocultó todo.

—No me puedo creer que estemos aquí en mitad del bosque y fracasemos. Hemos llegado demasiado lejos para terminar así. ¿Y no recuerdas nada de tu abuela? Algo que te contara, que te enseñara siendo niña. Alguna frase, alguna cosa...

Jane piensa durante un rato y de pronto su expresión cambia.

—Recuerdo una nana que me cantaba todas las noches. A tu madre y a mí nos encantaba. Nos la aprendimos las dos. Según mi abuela servía para espantar los miedos. Era así:

*“Águilas del viento
que cese el tormento
una hija vuestra
necesita aliento.
Ánimas del bosque
venid a ayudar
unas almas puras
que necesitan paz.
Siete bellas damas
acudid a la llamada
vuestras amadas hijas
la sabiduría precisan.”*

Lo recitamos juntas una y otra vez, agarradas de la mano, sintiendo nuestros corazones vibrar al compás de cada estrofa. Según repetimos la

llamada, noto que nuestra energía se une, se fusiona, crece y se multiplica extendiéndose como una malla por el bosque. Las dos respiramos aceleradamente, excitadas, anhelantes y poderosas sintiéndonos parte de la naturaleza, del universo y de las misteriosas y secretas fuerzas que lo gobiernan.

De pronto se levanta un fuerte viento frío que apaga todas nuestras velas formando un remolino a nuestro alrededor y yo me muero del susto. Escuchamos una especie de agudos gritos en el cielo, y cuando alzamos la mirada vemos dos aves rapaces volando en círculos sobre el claro. ¡Son águilas reales! Las aves descienden majestuosamente una tras la otra a gran velocidad hacia nosotras, pero rectifican la trayectoria antes de golpearnos y se posan elegantemente sobre unas piedras al lado de la cueva. Mi corazón palpita a mil por hora y de nuevo me falta el aire en los pulmones.

Ante nuestro asombro, una bella mujer morena aparece entre los árboles del bosque seguida de dos magníficos lobos, uno blanco y otro marrón, y se sitúan delante de la puerta de la cueva. También surgen desde el bosque un robusto jabalí de patas cortas y grandes dientes y un fascinante lince de cuerpo grácil con sus orejas triangulares y su cuerpo moteado.

No me creo lo que mis propios ojos están viendo, pero los animales se transforman en mujeres. Las águilas reales en dos morenas de nariz aguileña, que se parecen tanto que deben ser hermanas gemelas. El lobo blanco en una señora mayor de pelo canoso. El marrón en una niña más joven que yo misma. El lince en una bella chica rubia de preciosos ojos verdes rasgados y el jabalí en una señora entrada en carnes.

—Nos habéis llamado queridas hijas —nos dice la primera mujer que vimos aparecer con los animales.

—Sí, lo hemos hecho...— contesta Jane.

—Necesitamos vuestro consejo — me atrevo a decir yo asustada.

—Amara... Tienes una pregunta en tu corazón y deseas su respuesta: ¿aceptarás las consecuencias? —pregunta la anciana mientras me escruta con una mirada intensa.

—Debes saber que conocer la respuesta te supondrá revelar tu secreto y exponerte al juicio de otros — me dice la muchacha rubia de ojos esmeralda mientras camina a nuestro alrededor.

—Descubrirás lo que realmente sienten por ti las personas en las que confías — continúa una de las hermanas águila.

— Sabrás la verdad — dice la otra.

—Pueden ser que no sea la que esperas — me previene la niña.

— ¿Quieres realmente conocerlo? — me pregunta la mujer jabalí.

En ese momento un temor más profundo y primitivo se aloja en mi corazón: el miedo a ser rechazada nuevamente. El repudio de aquellas personas que este verano he aprendido a amar. De Pablo, de mi tía Gema, mi padre, mi abuela y hasta mi hermano. Tengo miedo de que sepan de mi “Don” y me odien. Tengo miedo a que me consideren una bruja de la que apartarse. Tengo pánico a que piensen que soy un ser horrendo, despreciable, al que temer y rechazar.

—Amara — me dice mi tía Jane apretándome con fuerza la mano. — Estoy aquí contigo. Debes dejar de ocultarte. Las personas que te quieren te aceptarán como eres. No tengas miedo... Yo siempre estaré a tu lado.

Entonces comprendo que tiene razón, mi familia me apoyará, Pablo me querrá y yo no tendré que esconderme más. Esto es lo que vine a buscar en realidad en este sitio: encontrarme a mí misma, aceptarme y dar un sentido a mi existir, a ser como soy. Tengo que hacerlo y asumir lo que ocurra.

— Quiero conocer la respuesta. Acepto las consecuencias — contesto

a “Las siete” muy seria con el corazón galopando como loco en mi pecho.

—Los creyentes deben recibir el sacramento de la unción para a los Cielos poder entrar —nos dice la bruja anciana.

—Mira con los ojos del corazón porque lo que muestran los del rostro son falsedades — me advierte la más joven.

Y entonces, ante nuestros ojos “Las Siete” comienzan a arder, se retuercen grotescamente de dolor y sus rostros se deforman horriblemente para finalmente desaparecer convertidas en ceniza. Se levanta un viento que arrastra las cenizas lejos. El aire se convierte en viento huracanado y golpea sin piedad nuestros cuerpos. Nos agachamos al suelo intentando resguardarnos hasta que la noche se calma nuevamente.

—¿Han... ardido?

—Las debieron quemar en la hoguera. En estas tierras la inquisición realizó “actos de fe”, ¿sabes qué es eso?

—Sí, se acusaba de hereje y brujería a personas, se les torturaba para que confesaran y se les quemaba en la hoguera.

—Pues ellas debieron ser acusadas por brujas y quemadas.

—Pues a mí no me han parecido malvadas ni demoniacas. La rubia era incluso muy hermosa.

—Sí, muchas veces los propios vecinos acusaban por envidias y odios. Realmente parecían mujeres normales, quizás tenían algún tipo de poder o el “Don”. Imagino que la gente de este valle las temería y ya sabes, no hay nada peor en el mundo que la incultura y el miedo.

—El miedo te empuja a hacer cosas horribles.

—Es nuestro instinto de supervivencia. Nuestra vida por encima de las demás. El hombre con miedo se vuelve despiadado y cruel. Sin duda, las peores cosas se han llevado a cabo por temor.

—Jane..., gracias por darme el valor que no tenía.

—De nada, mi niña. Has sido muy valiente.

—¡Estaba aterrada!

—Ya sabes lo que dicen. Es valiente aquel que tiene miedo y lo supera haciendo lo que debe. El que se deja llevar por el temor y realiza vilezas, es el cobarde.

—Jane, ¿has entendido la respuesta que nos han dado?

—Creo que sí. Creo que un sacerdote debe dar la extremaunción a los restos de tus fantasmas.

—¿No lo podemos hacer nosotras?

—Me temo que no. Tiene que ser un sacramento de creyentes. Imagino que por eso tendrás que revelar tu secreto...

—Creo que sé quién conoce a un cura.

—¿No será Pablo?

—¿Pablo? ¿Tú también te has dado cuenta?

—¿De que tienes una relación muy especial con él? — me pregunta sonriendo— hay que estar ciego para no verlo.

—Ahora entiendo lo que decían “Las Siete” de las consecuencias — confieso triste. — Tengo que explicarle mi secreto a Pablo para que podamos convencer a su amigo cura.

—¿Tiene un amigo cura?

—Sí, de infancia. Es de Guisando. Le conocí la noche de la fiesta del “Veraneante”.

—Pues me temo que vas a tener que hablar con Pablo mañana.

No pego ojo en toda la noche pensando en las brujas y en sus palabras.

Aunque Jane me dijo que todo saldría bien temo tanto perder a Pablo, que salga corriendo en cuanto sepa qué cosas me ocurren. Pocas personas normales lo comprenderían y Pablo encima está estudiando medicina, quizás piense que estoy loca.

A la mañana siguiente me dirijo muy temprano a su casa. Doy vueltas alrededor sin decidirme a llamar a la puerta. Entonces se abre y aparece Berna; la mujer se sobresalta al verme, luego me echa una mirada de perro y se marcha frunciendo el morro. Ya sé que a Berna no le hace ninguna gracia que esté con su sobrino. Creo que piensa que soy una niña malcriada que pasa el tiempo entreteniendo a Pablo, pero tampoco hace falta que sea tan desagradable conmigo, pienso mientras la veo alejarse. Aunque si hubiera sido Antonio el que me hubiera visto habría sido incluso peor, seguramente se habría santiguado mil veces.

Decido sentarme escondida tras unos arbustos por si sale Antonio y le espero sintiendo cómo el sol calienta mi rostro. Aún es pronto, pero hará un buen día. En este valle rodeado de montañas hay un microclima que lo resguarda de las temperaturas frías de Ávila. Por eso a esta zona lo llaman la “Andalucía de Ávila”. Me encanta este valle que odiaba tanto cuando llegué en junio, el contraste me fascina: el verde de la vegetación, el azul de los ríos y sobre todo el blanco intenso de su luz en las paredes encaladas de las casas.

Veo salir a Pablo y me levanto despacio, aún ocultándome de su vista. Quiero observarle bien e intentar memorizar en mi cabeza cómo es, porque quizás después de hoy le pierda para siempre. Finalmente, cuando se aleja comienzo a caminar detrás de él y a llamarle. Me escucha, se gira, me ve y su cara se ilumina con una gran sonrisa. ¡Cómo me encanta este chico!



XVI

Acaricio extasiada el pelo rubio de Pablo que brilla a la luz de la mañana. Me gusta ver cómo resbala entre mis dedos. Estamos tumbados al sol sobre una gran piedra en nuestra poza. Es nuestra porque para llegar a ella hay que trepar por las resbaladizas piedras parte del río y casi nadie lo hace, así que no hay veraneantes cotillos que nos fastidien.

Aquí estamos tranquilos y tenemos bastante intimidad; los altos árboles nos ocultan del resto del mundo y el agua cristalina brilla a la luz del sol como si el fondo estuviese lleno de brillantes.

Pablo me abraza y besa y yo simplemente quiero detener el tiempo para siempre en este momento. Me temo que me he enamorado de este chico y posiblemente después de lo que le voy a contar nunca más desee besarme. Me muerdo los labios para contener las lágrimas que intentan escapar de mis ojos. No puedo ni pensar en perderle.

—¿Qué tienes hoy en la cabeza? Estás así como triste — me pregunta preocupado.

—Yo... tengo que contarte algo...— le digo apoyándome sobre un brazo para mirarle a la cara.

—¡Uy, qué seria! Miedo me das. Pero..., ya sabes que siempre te escucho como persona más mayor que soy — me contesta girándose hacia mí y besándome la frente.

—La verdad es que no sé cómo empezar— le digo nerviosa sentándome enfrente de él. —Yo... tengo un secreto que no sé cómo contarte...

—¿Un secreto? Inténtalo. Me tienes intrigado— me dice mientras se incorpora para quedar sentado junto a mí. —A ver, el mejor modo de contar las cosas es hacerlo. Suelta por esa boquita...

—Vale...— acepto insegura. — ¿Te acuerdas del día que pasó lo de mi padre?

—Sí, cómo olvidarlo.

—¿Te acuerdas que estábamos juntos viendo el atardecer cuando de pronto salí corriendo? ¿Te has preguntado alguna vez por qué salí corriendo? ¿Cómo de pronto supe que algo iba mal?

—Pues la verdad es que no había pensado en ello...

—Salí corriendo porque sabía que mi padre tenía problemas.

—¿Lo sabías? — me dice sorprendido. — ¿Cómo lo podías saber?

—Porque alguien me lo dijo.

—¿Alguien? ¿Cuándo?

—Cuando estaba contigo.

—Si no había nadie más... —dice con cara de no entender nada.

—Nadie que tú vieras.

—No te entiendo.

—Lo que quiero decir es que sí había alguien. Había un ser que no pertenece a este mundo sino a otro sobrenatural. Al mundo de las almas.

—¿Cómo? ¿Me estás tomando el pelo? — me dice confuso y se pone a reír de pronto. — ¡Es una broma!

—No Pablo, no es una broma...

—¡Anda ya! — me dice golpeándome el brazo divertido.

—No, en serio. Mírame, no estoy bromeando. ¿No has pensado nunca que puede haber algo más?

—¿Algo más?

—No has sentido alguna vez una extraña sensación, un presentimiento, una presencia.

—A veces, pero es provocado por mi imaginación.

—¿No piensas que pueden existir cosas que desconocemos, que no vemos, que no apreciamos, pero nos rodean?

—Podría ser...

—Energías cósmicas que se trasladan por una realidad distinta a la nuestra.

—Eso parece física.

—Sí, podría ser una realidad alternativa. No lo sabemos. ¿Nunca has pensado en esas cosas?

—Alguna vez...

—Pues yo... tengo un “Don”. Siento ese espacio que hay sobre nuestro mundo. Ese universo paralelo.

—No te entiendo...— me dice con el rostro serio.

—Pablo, me puedo comunicar con los muertos.

Observo cómo abre los ojos sorprendido y me pregunta incrédulo:

—¿Con los muertos...? ¿Estás segura de lo que dices? ¿No te has vuelto loca de pronto?

—Sí, muy segura. Desde siempre percibo cosas que los demás no. Al principio eran pequeñas cosas, pero aquí en el mayorazgo las noto mucho más. Puedo verlos, sentir lo que sienten, tener visiones de sus recuerdos o hablar con ellos. Depende de cómo se presenten a mí.

—Eso no puede ser... Amara, quizás te ha dado mucho el sol en la cabeza: hoy aprieta bastante, deberías haberte puesto a la sombra— me dice tocándome la cabeza y con una gran sonrisa forzada en su cara.

—Pablo, por favor, deja de hacer el tonto y escúchame, créeme. — le suplico, pero él trata de alejarse de mí. Le agarro de los brazos y le obligo a que me preste atención. — Es un “Don” de mi familia. Mi madre también lo tenía —intento que comprenda que no es una coña.

—¿Un “Don”? ¿Divino? — me pregunta esta vez serio al darse cuenta por fin de que no estoy de broma.

— No sé si divino o de dónde viene... El caso es que puedo percibir cosas que tú no. Me pasa desde siempre.

—Espera, espera...— se baja de la piedra donde estábamos sentados y comienza a caminar pensativo. —¿Me estás diciendo que eres un médium de esos? ¿Como los de las pelis?

—Algo así...

—¿Y cuando estás conmigo y yo pienso que estamos a solas, hay un montón de espíritus hablando contigo?

—No Pablo, no es tan sencillo. No los veo todo el tiempo, solo a veces los percibo. Son como formas de energía, visiones que me ocurren de pronto y yo no controlo nada.

—Me parece una locura... — se lleva las manos a la cabeza. — Pero no sé por qué te creo—me dice muy serio.

Entonces comienzo a contarle todo, las experiencias que he ido viviendo a lo largo de mi vida y él me escucha unas veces sorprendido y otras con recelo. Pero continúa a mi lado, intentando comprender, atendiendo a lo que le digo sin salir corriendo o huir como yo esperaba.

Según voy hablando veo en sus ojos cómo me cree y mi corazón se llena de agradecimiento, de confianza y de un amor profundo por esta persona que tiene fe en mí, aunque todo lo que le cuento parece la historia de una demente.

—Amara, es todo increíble— me dice al rato después de un gran silencio entre los dos donde yo me muerdo las uñas hasta los codos. — ¡Es la leche! Pero ahora me cuadran tantas cosas de ti.

—Pablo, ¿no crees que estoy loca?

—Bueno, eso también puede ser— me dice sonriendo de medio lado. — muy bien de la olla no estás — y nos reímos los dos, lo que ayuda a suavizar la gran tensión de la confesión.

—Estoy sorprendida... Pensé que saldrías huyendo, que en cuanto te

contara mi secreto no querías volver a verme jamás... No pensé que te quedarías conmigo.

—Bueno, tía— tira de mí para que nos volvamos a sentar en la roca.
— Ya sabía que eras muy especial, que algo ocultabas, solo que no sabía qué era y eso es lo que me molaba de ti. Eras todo un misterio... Por eso me encantabas...

—¿Te encantaba? — siento como se tambalea mi cuerpo cuando dice esas palabras y esta vez soy yo la que no soy capaz de creerle.

—Pues sí, lo confieso. Me gustaste desde que te vi, tan rara y extraña. Eras una chica muy peculiar, pero me intrigabas por lo que te buscaba y observaba. Piensa que era eso o dedicarme a recoger hojas...

—¿Me espiabas?

—Se podría decir así. Me molaba verte cuando pensabas que estabas sola. Lo siento, sé que eso está feo, pero me llamabas la atención. Pero no creas que soy un acosador de esos.

—No pasa nada... A mí también me gustaste desde que te vi la primera vez.

—Conocerte solo me confirmó lo que yo sospechaba: eres una tía increíble pero maltratada por la vida. Yo... quería curarte de eso que te hacía daño. Me di cuenta que coleccionabas inseguridades, pero había algo más que no comprendía y que tú ocultabas obstinadamente. Y me fastidiaba no saber qué era.

—Mi secreto...

—Sí, había algo que me alejaba de ti, pero claro, ni muerto habría podido adivinar lo que era. Bueno muerto sí...

—Pero..., tú vas a ser médico. ¿Cómo puedes creer en estas cosas: espíritus y brujas?

—Bueno, ¡Si tú supieras! ¡Estoy curado de espanto! Con mi tía Berna he visto ya tantas cosas que es imposible que no piense que hay algo más... Llevo toda la vida asistiendo a sus supersticiones. Ve presagios en todos lados: un cristal roto, la porcelana agrietada, una mariposa negra en casa. Y se pasa la vida haciendo extraños rituales que prefiero ni saber para qué son.

—¡Vaya! Voy a tener que agradecerle a tu tía Berna que te mantengas junto a mí a pesar de todo — Y nos reímos nuevamente los dos.

Mi corazón está rebosante de felicidad, Pablo me acepta, me cree y encima ha dicho que le encanto. Creo que le amo... Quisiera darle millones de besos en este momento, quisiera demostrarle todos mis sentimientos. Quisiera que supiera cuánto le quiero. Acercó tímidamente mis labios a los suyos y le doy un suave beso. Él me mira con gran ternura y rodea mis hombros con sus cálidos brazos y me devuelve el beso. Un ardor profundo crece dentro de mi cuerpo, tanto que me quema las entrañas y sube hasta la garganta abrasando todos mis miedos y temores.

Nuestras bocas bailan al son sincronizadas, saboreo su aliento, escucho su acelerada respiración, siento su corazón latiendo al compás del mío, sus manos me acarician con ternura y las mías tantean ávidas su cuerpo. Me encanta Pablo, adoro su cuerpo ágil y atlético. Me chifla palpar sus músculos, me fascina su olor, me enloquece su morena piel. Me entrego ciega, loca y desesperada a su abrazo.

Sin aliento separamos nuestros labios y Pablo me mira a los ojos. Mantenemos la mirada conectando el uno con el otro. Fusionando nuestras almas. Sabiendo que somos el uno para el otro. Sintiéndonos uno. Afortunados de esa certeza. Unidos por una extraordinaria fuerza cósmica.

Entonces yo, que necesito más y me siento preparada, comienzo a quitarme la camiseta de los Ramones.

—¿Estás segura? — me pregunta con voz ronca, y yo como contestación le vuelvo a besar.

Libera mi sujetador entre besos y caricias y yo quiero morir de vergüenza, pero él me tranquiliza con palabras de admiración y amor. Soy la mujer más bella del mundo, o al menos así me hace sentir él. Me sumerjo hechizada en estas nuevas sensaciones; mi cuerpo palpita de excitación; mi corazón va a estallar de amor. Recibo tantos estímulos que cierro los ojos para no perderme ninguno; sus cálidos labios acarician mi cuerpo, sus dedos arden cuando recorren mi piel, su aliento me provoca miles de escalofríos placenteros y yo finalmente pierdo la cordura.

Solo quiero sentir, solo quiero que sea mío, solo quiero ser suya, solo quiero fundirme con él y ser uno formado por dos corazones palpitantes.

No quiero abrir los ojos para no romper este momento. Creo que nunca me he sentido tan feliz en toda mi vida. Le siento tan próximo a mí, rodeándome, protegiéndome, queriéndome. Pensé que esta primera vez sería horrible, dolorosa, pero ha sido maravillosa. Pablo ha sido tan tierno, tan cuidadoso, se ha preocupado tanto de mí, de que yo disfrutara, que me encantaría volver a repetir ahora mismo. Incluso no bromeó cuando saqué las “gomitas” de mi tía de la mochila.

Finalmente abro los ojos y descubro que me está mirando; le sonrío y él me devuelve la sonrisa. Sus ojos le iluminan el rostro y se le forman esos hoyitos al lado de la boca que tanto me gustan. Sin duda le amo con todo mi corazón y más que a mi propia vida.

—Eres preciosa...— me dice — y te quiero.

Yo me siento en el cielo y no deseo bajar jamás a la tierra.

—Yo también te quiero.

Nos besamos otra vez y le siento tan cómplice, tan aliado, una persona en la que confiar completamente, alguien al que amar sin secretos, mentiras, miedos ni temores. Él es con quien siempre soñé. La persona que toda la vida esperé.

—Me temo que va a ser la hora de la comida y tu familia te echará de menos — me dice.

—¿Qué hora es? —el tiempo se me ha pasado volando.

—Casi las dos — responde.

—Tengo otra cosa que contarte... Y esta vez necesito tu ayuda.

Le explico lo que ocurre en el castillo con los espíritus. Le cuento su gran tragedia y el motivo por el que están atrapados y el modo en que puedo ayudarles. Me quedo para mí la invocación a “Las Siete”, quizás otro día se lo cuente, pero por hoy ya son demasiadas confesiones.

—Estoy pensando que si quieres guardar tu secreto lo mejor es pedir ayuda a mi amigo bajo secreto de confesión.

—No se me había ocurrido.

—Así no podrá contarlo.

—¿Y crees que accederá a ayudarnos? ¿No está en contra del catolicismo?

—¡Tú no le conoces como yo! Desde que vimos la película del exorcista de niños se muere por hacer lo mismo a alguien. En cuanto le cuente que tiene que hacer algo parecido con unos espíritus “perderá el culo” por ayudarnos.

—¿Tú crees?

—Además, ¿no se trata de ayudar a almas a llegar al cielo? Pues ese es su trabajo, que yo sepa...

—Bueno, tampoco tengo otro plan. Así que vamos a intentarlo.

Tal y como pensaba Pablo, su amigo Manu, el cura, aceptó encantado a participar en la macabra aventura que pensábamos realizar esa misma noche: desenterrar los huesos de la familia, darles la extremaunción y volverlos a enterrar en el cementerio.



XVII

Aquí estamos en la cocina del castillo Jane, Manu, Pablo y yo, ataviados con nuestras linternas y unas bolsas grandes de jardinería, donde meteremos los restos de mis espíritus.

Tenemos total libertad de movimientos ya que no hay nadie más en la casa, puesto que mi tía y mi abuela se fueron a ver a mi padre al centro donde se

está recuperando de su depresión.

Esta noche he vuelto a soñar de nuevo que me arrastran por el bosque y me encierran en una celda. Pero esta vez el sueño era algo distinto porque en lugar de encadenarme, me ataban los pies y manos a una especie de cama y luego sentía mucho dolor. Al final volvía a ver la daga, pero esta vez atravesaba mi horrorizado corazón. Me he despertado nuevamente aterrada, pero sabiendo que ese sueño será el último, si todo sale bien. Espero que esta noche podamos liberarles y que encuentren su camino al otro lado y puedan marchar con su familia. Necesito que se vayan en paz y yo, por fin, poder recuperar la mía.

Me parece mentira hacer esto con tanta gente apoyándome. Yo que siempre me sentí sola y resulta que en un momento tan surrealista me encuentro respaldada por los que más quiero: Pablo y Jane.

Entramos en la alacena, muevo el resorte que hay oculto en la lata vieja de conserva y activo la puerta secreta. Todos se quedan alucinados al ver la entrada al oscuro y tétrico pasadizo. Se lo había explicado, pero verlo, la verdad, es que impresiona. Como marqué el camino con mi camiseta rota espero no perderme en el laberinto de pasillos y llegar sin problemas hasta donde están enterrados los niños. Esta vez elijo bien por dónde ir alejándome lo más posible de aquellas espeluznantes mazmorras.

Andamos con mucho cuidado por los estrechos, lúgubres y húmedos pasadizos, recuperando los girones de mi ropa y marcando el recorrido esta vez con pintura blanca. Vamos avanzando despacio, y a medida que nos internamos en la montaña la temperatura baja mucho. Mis dientes comienzan a castañear por el frío y Pablo, que se da cuenta, me pasa el brazo por encima de los hombros. Le siento cálido y protector, lo que me calma un poco, pero estoy muy nerviosa por si fracaso o algo terrible ocurre.

De pronto escuchamos un grito aterrador que nos hiela la sangre en las venas.

Corremos hacia el origen del alarido y nos encontramos a Jane con cara de pavor señalando algo en un rincón. Me giro asustada para ver lo que señala y veo una rata grandísima levantada sobre sus patas traseras y mostrando los dientes. ¡Por Dios! No sabía que esos bichos pudieran ser así de agresivos y de asquerosos. Manu agarra a Jane y la empuja lejos del roedor que a mí me parece un monstruo gigante.

Seguimos andando por pasillos angostos que nos obliga a agacharnos a veces hasta que por fin llegamos a las catacumbas donde están enterrados los guerreros. Mis acompañantes observan sorprendidos las paredes cubiertas de calaveras y huesos, junto con sus antiguas armas. Enfocan con sus linternas y vemos cientos de cráneos colocados en hileras cubriendo la roca. Es impresionante, aterrador y fascinante a la vez. Me fijo mejor en las armas y las espadas tienen una forma curiosa, son curvadas. Toco una sorprendida.

—Qué forma más rara...

—Son cimitarras — nos comenta Jane. — Espadas musulmanas... Aquí hay gravados en árabe — dice apuntando con el dedo el mango de marfil de una vieja espada.

—Tiene sentido — dice Pablo. — No iban a enterrar en el cementerio cristiano a los guerreros musulmanes. En aquella época eran así.

—Pues hay una tumba árabe en nuestro cementerio.

—Es verdad. La he visto cuando recogía las hojas allí. No sé quién podrá ser que mereció estar en campo santo cristiano. — dice Pablo.

—Y al resto los acumularon aquí. Es extraño, ¿no? —respondo yo.

—Quizás no les parecía cristiano abandonarlos en el bosque, — habla ahora Manu. — y decidieron enterrarlos en unas catacumbas como a los primeros seguidores de Cristo.

—Bueno, el caso es que es inquietante saber que vivimos encima de

todas estas calaveras y huesos que cubren las paredes —observa Jane.

—Yo creo que no está exactamente debajo del castillo porque hemos andado mucho descendiendo por la montaña. Quizás ya estemos a la altura del bosque —comenta Manu.

—¿Notas algo? De lo tuyo, quiero decir...— me pregunta Pablo preocupado.

—De momento no. Quizás estas almas sí lograron marchar en paz— le respondo sintiendo alivio al escuchar mis palabras porque no creo que pudiera soportar la visión de cientos de musulmanes viniendo del “más allá”.

—¿Está muy lejos la familia de espíritus? — me pregunta Jane.

—No... Estaban por aquí — Le contesto doblando una esquina e internándome en un nuevo pasillo.

—¡Mirad! ¿Es esto? —pregunta Pablo señalando una cruz en la pared al lado de cuatro cráneos, de los cuales dos son pequeños y los otros dos normales. Supongo que son los niños, la madre y su tío.

Me da tanta pena verlos así. Tristes y abandonados en unas frías catacumbas. Condenados a vagar en el limbo hasta la eternidad.

—No os preocupéis amiguitos, que yo os salvaré de vuestra condena — digo en voz baja mientras saco un pico pequeño y empiezo a golpear la pared alrededor de uno de los cráneos para soltarlo.

Mis compañeros de esta macabra aventura me imitan y cada uno comienza a liberar el cráneo y los huesos desgastados de los antiguos Marqueses de Águilas Negras. Llenamos las bolsas con todos los restos que encontramos y volvemos sobre nuestros pasos hacia la cocina.

Arrastramos nuestra mercancía por el jardín bajo la luz de una gran luna llena que nuevamente se encuentra acompañada de fantasmagóricas nubes. Una bruma blanca lame nuestros pies y nos envuelve haciendo que todo

parezca irreal. Se ha levantado un viento que se cala hasta los huesos. Andamos callados sintiendo nuestros corazones atenazados por un hondo pesar.

Mientras Pablo y Jane cavan un hoyo donde enterrar los huesos en la tierra del cementerio, Manu empieza a sacar de su mochila una cruz, un libro de oraciones, una vela blanca, un tarro con aceite, que según me cuenta es el Santo Óleo que ha sido consagrado, y una botella de plástico llena de agua bendita.

—Aunque la Iglesia Católica no aplica la extremaunción después de la muerte, haremos una excepción con estos restos —nos dice mientras busca en el libro de oraciones la página que necesita para llevar a cabo la unción.

Se hace la señal de la cruz y riega con el agua bendita el agujero en la tierra que acaban de abrir Pablo y Jane. Enciende la vela y se arrodilla frente a los huesos que hemos esparcido en el suelo.

—Repetir conmigo — nos dice mientras se santigua de nuevo. Todos repetimos el mismo gesto. — En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Quede extinguido en vosotros todo poder del diablo por la imposición del Santo Óleo y por la invocación de todos los Santos Ángeles, Arcángeles, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Confesores, Vírgenes y de todos los Santos juntos. Amén.

—Uff ¡Cuánta gente! — suelta Pablo y yo le fulmino con los ojos.

Repetimos las palabras y Manu moja el dedo pulgar de la mano derecha en el Óleo de enfermos. Unge cada calavera, formando una cruz en distintas partes de la misma y pronunciando en cada unción la misma oración:

—Por esta Santa Unción y su benignísima misericordia, te perdone el Señor todos tus pecados. Amén.

—Amén— repetimos todos.

—Recibe, Señor, a tu siervo en el lugar que debe esperar de tu misericordia. Amén.

—Amén —volvemos a decir.

—Libra, Señor, el alma de tu siervo de todos los peligros del infierno, de los lazos de las penas y de todas las tribulaciones. Amén.

Y así continúa con una retahíla de oraciones que a mí se me hace eterna. Finalmente enterramos los restos y Manu continúa con sus plegarias mientras bendice la sepultura y le coloca la cruz:

—Dios misericordioso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien es la Resurrección y la Vida. El que crea, vivirá, aunque muera; y el que vive, y cree en Él, no morirá eternamente. Nosotros humildemente te suplicamos, oh Padre, que bendigas a tus hijos y los aceptes en Tu Reino preparado para los hombres desde el principio del mundo. Concede esto, te suplicamos, oh Padre misericordioso, por Jesucristo, nuestro Mediador y Redentor. Amén.

—Amén— decimos todos y nos persignamos la señal de la cruz para finalizar el rito.

En ese momento se levanta un fuerte aire que nos sacude y suena un chillido en el cielo. Miro hacia arriba y veo una magnífica Águila Real volando en círculos sobre nosotros. Me pregunto si será una de las siete brujas que ha venido a ver qué hacemos.

Pero mi atención de pronto se centra en una especie de tenue resplandor que sale de nuestra improvisada tumba y se extiende a nuestro alrededor. El resplandor se hace cada vez más intenso a medida que el viento arrecia más fuerte y una extraña niebla lo cubre todo. Me fijo en mis compañeros y me sorprendo al descubrir por su actitud que ellos también están viendo algo.

La luz va tomando forma y ante mis ojos aparecen formas etéreas y

luminosas: dos niños, una mujer y un hombre. Los reconozco al instante, son mis queridas ánimas. Entonces cruza el cielo una gran estrella fugaz en nuestra dirección deslumbrándonos a todos con su potente luz. Cuando logro recuperarme de la sorpresa y abrir los ojos veo que hay un nuevo ser junto a la familia: es el guerrero de mi primera visión, el padre de los niños y Marqués de Águilas Negras.

Los seres translúcidos emocionados se besan y abrazan como una familia que se quiere y hace siglos que no se ven. El guerrero toma el rostro de su amada entre las manos y la besa apasionadamente. Veo lágrimas brillantes luciendo en sus ojos. Luego toma en los brazos y acaricia con deleite a sus hijos pequeños. Por último, se funde en un gran abrazo con su hermano, “mi príncipe”. Todos forman un círculo y se abrazan llorando de emoción.

Yo me siento tan dichosa, tan llena de felicidad y de paz, mientras presencio su reencuentro, que también se me saltan las lágrimas de la emoción. Al final se giran hacia mí, me sonrían y me hacen una solemne reverencia.

—Gracias por salvar a mi familia — me dice el padre.

—Gracias — dicen los demás.

En ese momento se dan la mano formando un círculo y empiezan a brillar intensamente fundiéndose en un intenso resplandor que se eleva hacia el cielo, comienza a tomar velocidad y atraviesa el firmamento como si fuera una estrella fugaz desapareciendo entre las constelaciones.

—Amara, debes ayudar a los otros. Te necesitan... — escucho la voz de Maira al viento antes de calmarse todo de nuevo.

Nos quedamos quietos, de pie, mirando las estrellas, sobrecogidos, impresionados, sin saber asimilar bien lo que ha pasado. Yo miro sorprendida a mis compañeros porque parece que algo han presenciado, pero no estoy segura de que hayan visto lo mismo que yo, aunque me resisto a romper el

momento y preguntarles.

Al final es Pablo el que rompe el silencio:

— ¿Habéis visto lo mismo que yo?

—Pues no sé... —le digo — ¿Qué has visto tú?

—Pues unas luces alucinantes que se movían alrededor nuestro. Primero calló una del cielo y luego aparecieron más que nos envolvían. ¿Tú no lo has visto?

—Sí, yo he visto las luces también —dice Manu.

—¿Y tú Jane que has visto? — le pregunto a mi tía.

—Me ha parecido ver en la luz a tu familia de espíritus. Los padres, el tío y los niños. Pero era muy confuso y no les he oído. ¿Hablaron contigo?

—Sí, lo hicieron. Nos daban las gracias por haberles salvado.

—¡Es increíble! — grita Manu. —¡Han resucitado! ¡Hay vida después de la muerte! ¡He sido testigo! ¡Es un milagro! — y comienza a santiguarse como un poseso.

—¡Ha sido impresionante! —exclama Pablo aún sobrecogido por la experiencia. —¡Una pasada! ¡Alucinante! ¡Lo hemos logrado Amara! —me agarra de la cintura y me besa feliz.

—Eso parece. Les hemos liberado de su condena —. Sonríó feliz y le devuelvo el beso.

—Bueno Amara, ya has cumplido con tu misión. Ahora podrás descansar...— me dice Jane.

—Pues no lo sé, porque la niña me dijo algo extraño.

—¿Qué te dijo? — me pregunta Jane sorprendida.

—Que tenía que ayudar a otros...

—¿A otros? ¿A quiénes? — pregunta Pablo que ha estado escuchando

lo que hablábamos Jane y yo.

—No tengo la más remota idea —contesto yo desconcertada.



XVIII

A . quella noche dormí profundamente con la satisfacción de haber realizado algo bueno; de haber resuelto el misterio del castillo y cumplido con mi destino. Ha pasado una semana y cada mañana al despertar me siento plétórica y satisfecha con el corazón rebosante de felicidad.

Hoy sábado me quedo perezosa en la cama hasta las mil: ¡estoy tan a

gustito! El sol se cuele por el gran ventanal de mi habitación bañando mi rostro de luz y calor. ¡Qué maravilla! No quiero abrir los ojos; se está tan bien con la conciencia tranquila. Sonrío contenta a mi nueva vida, a la persona que soy ahora: una más segura que acepta su destino.

También sonrío a la amistad, a la familia y sobre todo al amor. Es increíble, pero siempre me he sentido rota por dentro y ahora por fin estoy curada. Parece mentira que mi vida haya cambiado tanto en solo dos meses. La confesión de Jane, no sentirme la única con este “Don”, y sobre todo el apoyo y la comprensión de Pablo han sido un bálsamo para mis heridas.

Esta última semana ha sido increíble. Pablo y yo nos buscamos a todas horas, tratamos de pasar el máximo tiempo posible juntos porque queremos sentirnos, querernos, amarnos. La experiencia que compartimos aquella noche nos conectó de un modo muy especial. Nos fusionó. Estamos unidos en la vida por algo único y mágico, por un gran y alucinante secreto.

Aún en la cama rememoro su rostro. ¡Me gusta tanto! Le daría millones de besos y no me cansaría nunca. Una sonrisa tonta se forma en mis labios pensando que en un ratito estaré con él nuevamente, posiblemente bañándonos en nuestra charca escondida.

Es increíble que el mundo pueda ser así, un lugar lleno de luz y color. Me levanto contenta y feliz de la cama, enciendo una vieja radio que encontré entre los trastos de la habitación y suena “Brillo” de Rosalía. A pesar de que siempre digo que no me gusta nada, esta mañana me apetece escucharla, aunque lo negaré hasta la muerte. Subo el volumen a tope y comienzo a bailar al ritmo de la canción. “Yo también estoy brillando como highlighter”, me digo a mí misma. “¿No lo ves? ¡Oh, no! ¡No lo ves! ¡Niño!”.

Por fin casi a la una bajo, deseando encontrarme con mi familia que acaba de llegar de Ávila. Hoy por fin regresa a casa mi padre. Ha evolucionado favorablemente, con mucha rapidez dicen los médicos. Cuando

bajo al hall me los encuentro a todos: acaban de llegar. Beso a Gema y a mi abuela. Sin embargo, a mi padre le dedico un gran abrazo. Necesito que me estreche entre sus brazos; necesito sentirle vivo, junto a mí, de nuevo recuperado y sereno. Tengo tantas ganas de pasar mucho tiempo con él. Él toma mi cara entre sus manos, me sonrío y me besa con ternura en las mejillas.

—Me alegra tanto que estés de vuelta, papá.

—Yo también me siento muy feliz de volver con vosotros hijos — nos dice mi padre a Robert y a mí. Robert no sonrío, tiene cara de enfadado. Me pregunto por qué será.

Suben acompañados de Antonio y Berna a deshacer sus maletas y mientras yo les espero con Jane picando algo en la cocina. Jane y yo estamos recuperando los años perdidos y nos encanta estar juntas en cuanto podemos. Ya nadie le prohíbe estar a mi lado como una tía. Aunque mi abuela al entrar la fulminó con la mirada, no salió ni una sola queja de su boca. Lo comentamos y nos reímos las dos. Ahora tenemos que encontrar el momento para revelar quién es realmente al resto de la familia.

De pronto nos interrumpen unos gritos en la calle. Salimos curiosas al jardín y lo que vemos me deja de piedra: Robert pegando puñetazos como una mala bestia a Pablo. Pablo no se resiste, solo trata de frenar como puede los golpes que le llegan del energúmeno de mi hermano. Pero ¿qué hace el loco de Robert? Salgo corriendo hacia ellos para intentar parar esta tontería. Detrás de mí viene Jane y mi padre, que ha debido bajar al escuchar los gritos. Entre todos logramos separarlos.

—Pero ¿qué estás haciendo idiota? — grito a mi hermano enfadada.

—¡Darle una paliza a este bocazas! —me responde mientras trata de zafarse de mi padre y volver a darle a Pablo.

—¿Qué dices loco? —le chillo llena de rabia comprobando junto a Jane si Pablo está muy herido. Tiene el labio lastimado y le sangra.

—¡Déjame que le parta la cara por mentiroso! —grita otra vez mi hermano dando patadas al aire.

—Yo no he sido... — me dice Pablo triste mientras se limpia la sangre de la boca.

—¿Me podéis contar qué ha pasado aquí? —exige Jane tomando cartas en el asunto e imponiendo su autoridad de institutriz seca y fría.

—Este cerdo ha ido contando a sus “amiguchos” del pueblo que Amara es una bruja que hace pactos satánicos a la luz de la luna.

—¿Qué?! — grito horrorizada, mirando incrédula a Pablo.

—Todo el mundo lo comenta en el pueblo. Dicen que invocas a las almas para lanzar mal de ojo y maldiciones. ¡Dicen que eres igual de bruja que nuestra madre! — Esto lo escupe con lágrimas de rabia en los ojos y a mí se me parte el corazón.

¡No! No puede ser. Miro a Pablo alterada y él niega con la cabeza mientras me asegura que él no ha sido. Pero ¿quién más si no? Jane nunca me traicionaría y Manu está bajo secreto de confesión. Solo Pablo ha podido contarlo.

—¡Ha alardeado de haberse tirado a la bruja! — grita otra vez fuera de sí Robert. — ¡No puedo permitir que diga esas mentiras tan asquerosas de mi hermana y continúe entero!

Me llevo la mano al pecho; es tan fuerte el dolor que siento que creo que me va a dar un infarto. No puedo respirar, me ahogo. ¡Me ha engañado! ¡Me ha utilizado! No puede ser... No, no... Mi corazón se rompe en mil pedazos. Me ha traicionado... Yo que confíe en él, pensé que era especial, distinto, que me comprendía y le conté mi secreto, mis más íntimos temores y

se ha jactado de todo con sus amigos.

—¿Cómo has podido? —logro decirle al final.

—Yo no he sido, Amara. Créeme, por favor — me suplica intentando cogermelo de las manos, pero yo las aparto y me alejo.

—Nadie más puede haberlo contado...

—No lo sé, Amara. Pero yo jamás te haría algo así. Te quiero demasiado como para hacerte tanto daño.

—Entonces, ¿quién?! — le grito con lágrimas en los ojos— Jane no puede ser, Manu tampoco por el secreto de confesión. Solo quedas tú...

—Yo no fui Amara. Por favor... —se levanta y se dirige hacia mí, pero yo le rechazo.

—¡No! ¡Yo había confiado en ti! ¡Me di en cuerpo y alma! ¡Me usaste para divertirte con tus amigos! ¡Estarás contento con tu trofeo! ¡La tía más rara de todo Ávila! ¡No puedo ni mirarte a la cara! ¡Eres un ser despreciable! ¡Te odio! — le suelto sintiendo como las lágrimas mojan mi cara.

—¿De verdad que piensas que yo soy capaz de hacerte esas cosas? — me pregunta con dolor en los ojos intentando acercarse una vez más a mí. Pero yo le rechazo con la mano.

—¡¡Sí!! —le grito sin ver ni sentir más allá que mi terror, mi pánico por sentirme descubierta, expuesta y traicionada por la persona que pensaba que me amaba.

—Eso es que no me conoces. Pensé que sí. — me dice mientras se gira y se marcha cabizbajo.

—¡No quiero saber nunca más de ti ni de tus mentiras! — le chillo rabiosa, mientras las lágrimas bañan mi rostro.

Me llevo las manos a la cara y caigo de rodillas al suelo donde tengo una crisis de histeria. Jane me abraza intentando calmarme sin éxito.

—Tranquila Amara, todo se arreglará — la escucho decir desde algún sitio recóndito.

—Hermana, yo te defenderé siempre — oigo la voz de mi hermano como en un sueño.

La desesperación inunda mi alma. Me invade una desesperanza infinita. El desengaño se clava como un puñal en mi roto corazón. La oscuridad profunda de la desolación penetra en mi ser arrastrando todos aquellos momentos maravillosos que viví en otra vida a mil años luz de este terrible momento. Yo que pensé que él era el elegido, la persona en quien por fin podría confiar. La pena llena mi pecho y un mar de lágrimas incontrolables inundan mis ojos. Yo que pensé que éramos uno, que estábamos unidos, que podía compartir mi secreto y ser yo misma a su lado, que yo significaba algo para él... ¿Cómo pude confiar? ¿Cómo pude creer...?

—Pobrecita— escucho decir a mi abuela. — El primer desengaño de la juventud es el peor. Luego no es mejor, pero hacemos callo. Me da tanta lastima la pobre...

¿Lastima? Encima de mi vergüenza, de que todo el pueblo piense que soy una bruja, de que Pablo se haya reído de mí en la cara, a mi familia le doy lastima. Me levanto del suelo como ida, rechazo la compasión que me brindan y comienzo a andar mareada. Solo quiero estar sola y alejarme de este lugar. Quiero esconderme, perderme de todos y sobre todo de mí misma. Entonces comienzo a huir de ellos cada vez más deprisa, hasta que salgo corriendo del mayorazgo.

—¡Dejarme en paz! — grito antes de perderme en el bosque que rodea la casa.

—Déjala. Necesita estar sola — dice mi abuela a Jane.

Corro llena de rabia sintiendo cómo las lágrimas queman mi rostro.

Recorro monte sin saber a dónde me dirijo, solo quiero alejarme del dolor que me persigue: pero por mucho que corra siempre me alcanza. Casi no veo ni por dónde voy y al final me da un ataque de asma. Tengo pitidos en el pecho; me duele tanto como si me lo hubieran partido con un hacha, porque sin duda así ha sido. Pozos negros de desolación se abren ante mí. Ya no veo la luz, ni la claridad. Me envuelven nuevamente las sombras y la más negra y horrible de las oscuridades: la soledad.

Ando sin rumbo por el escarpado bosque de pinos llorando sin parar la pérdida tan profunda que siento, la desilusión por haber confiado ciegamente en alguien que me ha engañado, que solo buscaba reírse también. La decepción se me torna amarga, dura y difícil de tragar. Y la traición agujonea mi corazón implacablemente. Camino perdida, cae la noche y todo me da igual. No quiero volver, no quiero vivir, solo deseo desaparecer. Desintegrarme. Nada importa, nada, ya nada merece la pena.

¡Qué engañada! ¡Qué ilusa! ¡Qué tonta he sido! Repito mentalmente como si una oración o conjuro fuera. Ojalá fuera una bruja de verdad para lanzarle una maldición y que Belcebú saliera de los mismísimos infernos a arrastrar su alma hasta el profundo Averno. ¡Cómo pude pensar que había encontrado mi camino en la vida! ¡Qué broma más pesada!

La luna sale, comienza a brillar en lo alto del cielo iluminando el paisaje con luces y sombras caprichosas. La luna, mi querida amiga, nuevamente me acompaña en mi desgracia. Ella eterna, radiante, inmutable, siempre ha estado allí en lo alto del cielo compartiendo conmigo todos mis secretos. Ella sí me es fiel, testigo muda de mis desventuras. Una oscura nube la cubre un poco y la gran luna cambia su cara a una siniestra que me observa impassible rodeada una vez más de su corte de nubes fantasmagóricas. Resuena en mi cabeza “End of me” de Apocalyptic.

Hace frío y comienzo a tiritar porque voy en pantalón corto y

camiseta. Me he caído tantas veces que me duelen las rodillas de los golpes y arañazos. Tengo lastimado el cuerpo, pero más aún el alma. ¡Malditos todos! ¡Malditos por darme ilusiones! ¡Por dejarme creer que podía ser feliz! ¡Por dejarme pensar que podía ser una persona normal con una vida vulgar!

De pronto algo agarra con fuerza mi tobillo haciéndome caer de bruces al suelo. Intento soltarme tirando de la pierna con energía, pero lo que sea se me clava con más fuerza en el tobillo. Cuando me giro para ver qué es lo que se me ha enredado en la pierna, veo aterrada que se trata de una huesuda y descarnada mano que sale del suelo. Una mano en descomposición con uñas negras que se clavan en mi piel lastimándola. Grito histérica y comienzo a patear la mano con la pierna libre hasta que finalmente logro librarme. Me arrastro a gatas llorando histérica intentando desesperadamente alejarme. ¿Qué es eso?

Entonces veo una especie de chaqueta enterrada en el suelo y una zapatilla que me resulta familiar. ¿Cómo es posible? Entonces recuerdo donde vi otra igual: ¡en los pasadizos del castillo!

Me giro y allí está, un chico algo mayor que yo, delgado y alto como un junco meciéndose al viento. Brilla extrañamente a la luz de la luna; su cuerpo es etéreo, pero veo perfectamente sus rasgos, unos grandes ojos y una nariz chata. Debe tener más o menos mi edad. Pero lo que me causa pavor y hace que me cueste observarle con más detalle es que tiene el cuello seccionado y sangre seca manchando toda su camiseta. Va descalzo y está muy asustado. Lo percibo perfectamente porque nuevamente he conectado con otra alma. Mira alrededor nervioso y atemorizado. Creo que quizás tiene más miedo que yo misma. Me pregunto de qué sitio infernal habrá salido el pobre.

—No sé dónde estoy... —me dice desolado —llevo mucho tiempo perdido. ¿Me puedes ayudar?

—No lo sé — le contesto aterrada, pero me armo de valor para

preguntarle. —¿Quién eres?

—No lo recuerdo...

—¿No recuerdas qué te ha pasado? — le pregunto afligida por él. Ya no me siento tan asustada, ahora estoy más apenada por lo que le ha podido ocurrir a este chico que sin duda está muerto.

—Yo... Recuerdo que paseaba cerca de un castillo.

¡Dios! ¿De nuestro castillo? ¿Será uno de los chicos que han desaparecido en la zona estos últimos años?

—¿Recuerdas si estabas de vacaciones y viniste a hacer turismo al valle?

—Vine con mi novia y unos amigos. Eso sí lo recuerdo. Estábamos en el camping de Guisando — me dice triste. — Me perdí cuando hacíamos senderismo. Me separé de ellos y luego no les encontraba. Vi el castillo y pensé que allí me darían refugio. Me acerqué, pero creo que nunca llegué...

—¿Es esta tu chaqueta? —le pregunto.

—Sí, ¿la encontraste tú? — me pregunta.

Entonces noto que nos rodea humo. No es niebla porque huele a quemado. Hay muchísimo. ¡Es real! Empiezo a toser y me llevo la mano a la cara intentando tapar la boca y la nariz. ¿De dónde sale? Olvidándome del chico intento alejarme lo antes posible porque debe ser un incendio. ¡Fuego en el valle! ¡Debo avisar antes de que se extienda!

Pero el fuego me rodea. Arbustos y matorrales están ardiendo por todos lados. Hacia donde me dirija allí hay llamas. ¿Pero cómo es posible? Ando de un lado a otro, pero siempre me doy con una pared de fuego. ¡No puede ser! Salto sobre las llamas intentando sobrepasarlas, pero a pesar de mi esfuerzo detrás me encuentro más. ¡Estoy rodeada! El fuego crece rápidamente porque esta primavera casi no ha llovido y el bosque está muy seco. Además,

la resina es un buen combustible. Veo cómo las llamas trepan veloces por los pinos saltando de un árbol a otro como un animal voraz abrasando lo que encuentra a su alcance. Corro de un lado para otro sin encontrar un paso que me permita escapar. El espeso humo me hace toser, me arden los pulmones. La temperatura sube deprisa. ¿De dónde ha salido todo este fuego? ¿Cómo no me he dado cuenta? Me pregunto intentando mantener la calma. Pero estoy rodeada de un infierno abrasador. Finalmente caigo doblada tosiendo al suelo: no logro respirar, el humo me quema la garganta y el pecho. Me debo estar intoxicando. Y dentro de mi angustia me parece escuchar una siniestra risa que se aleja. ¿Será la luna?, me pregunto.

Parece mentira que mi vida termine de este modo: me encontrarán quemada como aquellas brujas que fueron mis ascendentes. Quizás es el sino de las que tenemos el “Don”. La historia se repite: traición, rechazo y al final la hoguera. Solo que mi hoguera es todo el bosque del Tiétar. Siento tanto no haber podido avisar. Siento tanto haber fallado... Siento tanto todo... Cierro los ojos rendida y dejo caer pesadamente mi cuerpo al suelo. Es el fin. Al menos perderé el conocimiento por el humo antes de sentir el dolor del fuego mordiendo mi piel. Es un consuelo, pienso mientras cierro los ojos y me encojo en una postura fetal.

Entonces escucho algo. Alguien me habla cerca. Me llaman con impaciencia, me apremian, noto ruego en la voz. Déjame, pienso, quiero dormir. Pero continúa insistente. Me susurra obstinado al oído. Abro con mucho esfuerzo los ojos y no veo nada, pero escucho esta vez claramente un “ven”. ¿Ven? ¿A dónde? Busco a mi alrededor y entonces le veo, es el chico de antes que me indica un paso. Como puedo me incorporo y avanzo doblada sobre mi cintura mientras toso violentamente. Trato de respirar lo más lento posible y cerca del suelo donde espero encontrar más oxígeno. No tengo fuerzas, pero mi nuevo amigo me guía entre las llamas hasta el río. El fuego me

rodea. Ha avanzado más rápido que yo. Mi única posibilidad es meterme en la poza del río que parece lo bastante profunda. Rezo en silencio para que el agua pueda protegerme de las llamas y no me alcancen. Imagino que debo esperar a que el fuego pase y luego escapar por la parte que ya está quemada.

Paso horas sumergida en el río, mostrando apenas la nariz para respirar el poco oxígeno que queda, mojando mi cabeza en una especie de pequeña cascada que tiene la charca. Sobrecogida desde ese privilegiado lugar soy testigo de la tragedia que me rodea. Veo cómo los árboles se consumen alrededor ardiendo en agresivas llamaradas que invaden todo el lugar. Presencio cómo la naturaleza sucumbe a la crueldad del fuego. Siento pavor por la destrucción que me rodea, cómo el bosque es derrotado ferozmente por este ser insaciable. Las lenguas de combustión roja se elevan hasta el cielo por encima de mi cabeza tiñendo el oscuro cielo de naranja. Escucho al monte gritar de dolor bajo el horror de la destrucción roja. Inmensas llamas lo devoran todo convirtiendo el anterior paisaje en uno desolado de cenizas y carbón.

Cuando el fuego pasa, salgo entumecida del agua y camino conmovida por el bosque arrasado y chamuscado, intentando alejarme del foco del incendio. Pienso que todo en mi vida pierde importancia ante esta terrible catástrofe. Donde antes había hermosos pinos ahora hay un mar de troncos carbonizados. Es tan terrible que lloro sin consuelo. La devastación es tan tremenda que me siento totalmente sobrecogida. La pena por la belleza perdida, por la hermosura irrecuperable, por la paz destrozada, por la naturaleza destruida, me golpea con fuerza. Y yo quejándome de mísera vida. He sido tan egoísta pensando solo en mí misma, cuando soy un ser insignificante. Lo importante es esto que arrasamos.

Nuevamente un espíritu me ha salvado la vida. Nuevamente estoy en deuda con un alma en pena. Pensé que había descubierto el misterio del

castillo, pero esa zapatilla, la que estaba enterrada y ahora mismo se habrá quemado la vi en los pasadizos del castillo. Allí había algo más, en esas puertas de hierro, en esas terribles, húmedas y oscuras celdas. Aquel lamento desesperado, me había olvidado de él...

Llego a la carretera de madrugada y unos brigadistas de incendios me recogen, me envuelven en una manta y me llevan al castillo. Yo agotada me dejo hacer. Mi familia me acoge entre lágrimas y besos. Yo busco la cara de Pablo entre todos los rostros aliviados y cariñosos que me sonríen, pero no le encuentro. ¿Se ha ido para siempre de mi lado? Por fin logro preguntar:

—¿Y Pablo?

—Se fue con los voluntarios para hacer una línea de defensa y que el fuego no llegue al pueblo — me informa Gema.



XIX

Me cuentan que los bomberos pidieron la ayuda de voluntarios para crear lo que llaman las líneas de defensa, que consiste en eliminar la vegetación a cierta distancia del incendio para así impedir que el fuego encuentre combustible y pueda acercarse al pueblo. Pablo se ofreció a ayudar sin dudar.

Aunque mi familia me asegura una y otra vez que Pablo no corre peligro porque se encuentran lejos del foco del fuego, yo estoy aterrada por lo que le pueda ocurrir. He visto con mis propios ojos la horrible bestia infernal que el fuego puede ser, cómo arrasa y destruye toda forma de vida que

encuentra a su paso, y siento pánico de que pueda alcanzar a Pablo.

Sale en las noticias que el incendio ya tiene nivel dos de emergencia. Según mi padre eso significa que ya hay parte de la población en riesgo y seguramente carreteras y líneas eléctricas cortadas. Vemos pasar varios helicópteros para la extinción de incendios. De pronto se va la luz; ya ni siquiera podemos ver qué ocurre por la tele. Busco la antigua radio con pilas que encontré y localizamos una emisora de Ávila donde hablan del incendio.

En la radio nos informan que ya han sido arrasadas setenta hectáreas de masa forestal alcanzando zonas residenciales. En las tareas de extinción están participando numerosos medios terrestres y aéreos, en concreto, están actuando seis helicópteros, dos aviones anfibios, siete camiones autobombas, tres cuadrillas de bomberos especialistas y tres cuadrillas terrestres. Además de los voluntarios del valle que tratan de evitar que llegue el fuego a las zonas habitadas.

La Consejería de Medio Ambiente destaca que existen dificultades en las tareas de extinción por las fuertes pendientes de la zona y los escasos caminos, que dificultan el acceso de las cuadrillas de tierra y autobombas. ¿Me pregunto qué serán las autobombas? El camión de bomberos de toda la vida, imagino...

También nos cuentan que debido al fuerte viento el fuego se ha extendido más rápido de lo esperado afectando a algunas urbanizaciones de las que han tenido que desalojar a sus habitantes.

De pronto entra mi abuela en el salón bastante alterada:

—¡Nos desalojan! Y yo con la maleta deshecha. —nos dice. — Se han acercado unos señores de una cuadrilla y nos han dicho a Gema y a mí que tenemos que irnos del mayorazgo. Dicen que el viento ha cambiado el sentido y hay demasiado humo. Que vayamos al ayuntamiento del pueblo donde están

preparando un lugar para acogernos.

¡Dios mío! Y yo sin saber nada de Pablo.

En el pueblo el estado de ánimo está muy crispado. El humo ha llegado hasta las casas y huele tanto a carbón quemado que casi se puede mascar en la boca. La gente tiene miedo a que el fuego se acerque a la población y tengan que abandonar sus casas perdiendo todo. Veo pánico en sus ojos; su tierra, su querido monte está siendo destruido.

Los vecinos nos cuentan que los voluntarios han tenido que quemar el ensanche situado entre las líneas de seguridad y el incendio para intentar pararlo porque el fuerte viento lo ha avivado de nuevo. Otros comentan que los bomberos atacan directamente el fuego con vehículos contra incendios y mangueras. Las cuadrillas usan palas para lanzar tierra y extinguir las llamas que entran a la zona de seguridad en un intento desesperado de que no alcance el pueblo. Yo temo nuevamente por Pablo. La mando mil inútiles whatsapps.

Me entero de que están llegando voluntarios al ambulatorio intoxicados por el humo y me acerco inquieta a preguntar. Busco con el corazón en un puño, entre la multitud de personas teñidos de hollín, una cara conocida a quien preguntar, y para mi fortuna descubro a Manu en el fondo donde le están administrando oxígeno con una máscara. Me acerco a preguntarle por Pablo:

—Manú, ¿puedes hablar? — le suplico y él mueve la cabeza afirmando y al final se quita la mascarilla y me presta atención. — ¿Has visto a Pablo?

—Sí. Estábamos juntos quitando arboleda para hacer más extenso nuestro cortafuego.

—¿Y qué ha pasado? ¿Dónde está ahora?

—Lo estábamos logrando —me dice con mirada triste. — el fuego se

había debilitado y sofocábamos las llamas que se colaban con bate-fuegos cuando de pronto cambió el viento empujando grandes llamaradas hacia nosotros. Las llamas eran tan grandes que saltaban al otro lado de la línea que habíamos hecho prendiendo la arboleda más cercana.

—¿Y qué pasó? — pregunto impaciente con el corazón en un puño.

—Intentamos apagar las llamas que se colaban, pero nos envolvieron en seguida. Había tanto humo que no era capaz de ver nada. Me lloraban los ojos, me dolía la garganta y tosía sin parar. Quería alejarme de allí porque empeoraba por momentos. Tiré del brazo de Pablo para que me siguiera, pero estaba como ido apagando llamas. No me hacía caso. Yo... Intenté llevármelo de allí. ¡Te lo juro! Pero él no quería venir. Luchaba como poseído contra el fuego como si su vida no le importase. Le llamé varias veces, pero no me hizo caso. Al final me alejé porque con el humo no podía respirar y finalmente un bombero me sacó de ese infierno.

—¿Y Pablo? ¿Sacaron a Pablo? —grito desesperada.

—Pues no lo sé. No le he visto — admite.

—¡No! ¡Dios mío! Pablo...—me llevo las manos a la cara. Se ha comportado como un temerario sin cabeza. ¿Por qué lo ha hecho?

—Yo... Lo siento Amara. Estaba fuera de sí, muy enfadado y creo que fue porque os peleasteis — le miro angustiada. Sabía que se había comportado así por mi culpa, pero no quería admitirlo. Pero Manu lo ha expresado por mí.

—Sí, le dije cosas tremendas...—reconozco dolida.

—Lo sé. Me lo contó, y yo tengo la culpa.

—¿Cómo? —no entiendo que me está contando Manu.

—Pues que fui yo quien se fue de la lengua...

—¡No puede ser! ¡Te lo dijimos en secreto de confesión!

—Pero cuando aparecieron las luces ya no os estaba confesando.

Yo... ¡Era algo tan grande! ¡Tan importante! ¡No podía quedármelo para mí solo! ¡Tenía que compartirlo! Aunque solo conté lo de las extrañas luces a unos amigos y que estaba con vosotros. No dije nada de que fueras bruja, ni las cosas horribles que se han dicho por el valle estos días. Pero es que tu familia tiene ya mala fama por esta zona...

—¡Dios! — no me puedo creer que yo acusara tan injustamente a Pablo. Ahora entiendo su enfado.

—Ya sabes cómo son en los pueblos... — continúa Manu. — El cotilleo ha corrido como la pólvora por el valle. Lo siento mucho...

—Manu... —me duele el corazón al comprender lo mal que he tratado a Pablo y haber desconfiado de él tan rápido. —yo le acusé. Le dije barbaridades.

—Amara, no te preocupes. Solo tenéis que hablarlo... Sé que lo resolveréis.

—Espero que podamos hablarlo —murmullo con lágrimas en los ojos. Tengo un mal presentimiento.

Las horas van pasando y Pablo no aparece. Van llegando poco a poco al ambulatorio voluntarios y bomberos afectados por el fuego. Unos intoxicados por el monóxido de carbono: con irritación de ojos, de laringe o faringe. Otros con quemaduras, algunas leves y otras más graves que necesitan atención urgente. Nos llegan noticias de que el incendio está siendo por fin controlado. El resto van apareciendo poco a poco, cansados, llenos de hollín de la cabeza a los pies, pero satisfechos por haber logrado controlar al monstruo devorador de vida. Yo busco atormentada su cara entre la gente. Pero no aparece por ningún lado.

Tras doce horas el incendio por fin está siendo rematado y parte de las dotaciones ya se han retirado. Ya solo quedan pequeños focos débiles que

dominar. Estoy histérica. Ojalá no se haya dado por vencido. Ojalá no haya hecho una locura.

¡Por favor! ¡Dios mío! ¡Divinidad o quién quieras que seas! Manténle a salvo. Protéjelo por mí. Cuidale. Haz que vuelva a mi lado y le daré millones de besos, le abrazaré para oler su piel, para sentir su corazón de nuevo palpitar al ritmo del mío. ¡Oh Universo! Espíritus, fantasmas, almas errantes y perdidas; brujas, magos y demonios de los infiernos, traerle a mi lado para que le pueda estrechar contra mi cuerpo, para que pueda curar sus heridas. Por favor, Dios grande y poderoso, deja que vuelva a mi lado. Universo, fuerzas de la naturaleza, yo le amo... No podré vivir si le pierdo.

En ese momento, como respuesta a mis plegarias, llega una camilla con alguien tendido en ella. Le traen entre dos bomberos y un auxiliar le atiende. Me asomo como puedo a mirar y compruebo angustiada que es él. Le han encontrado inconsciente. Ha inhalado demasiado humo. Se lo llevan corriendo a la sala de urgencias y no me dejan pasar. Yo no me muevo de la puerta. No puedo pensar, no puedo sentir, esto me sobrepasa. ¿Le voy a perder?

Alguien que sale de la sala y al que debo darle pena, me cuenta que cuando le encontraron tenía una parada cardio-respiratoria debido a la intoxicación de dióxido de carbono. Le hicieron reanimación respiratoria y le administraron oxígeno, pero no podían moverle hasta que encontraron un vehículo, por eso han tardado tanto en traerlo. En cuanto despejen la carretera le llevarán al hospital de Ávila.

Me dejo caer en el suelo de un rincón y espero desolada sin atreverme a reaccionar. De pronto me doy cuenta de que no estoy sola y que Gema está sentada a mi lado. Me abrazo a ella y lloro con desconsuelo. Todo es culpa mía. Debí conocerle más y no dudar de él. Le hice tanto daño, estaba tan enfadado que fue imprudente y ahora está fatal.

Llega una ambulancia y se lo llevan al hospital de Ávila. Alguien me

da ánimos, otro me dice que está en buenas manos, que saldrá bien, pero todos me miran con cara de pena y yo solo quiero morir.

—¿Me puedes llevar al hospital de Ávila? — le suplico a Gema. Necesito estar a su lado.

—Vale. Han avisado a sus tíos y tu padre les va a llevar. Podemos ir con ellos.

En el hospital nos dicen que ha entrado en coma y le llevan a la UCI. Berna me lanza miradas acusadoras y asesinas y yo no contengo el llanto crispado. ¿Qué significa que ha entrado en coma? ¿Eso no ocurre cuando tienes algún problema neuronal? ¿Se quedará en estado vegetativo? Si estuviera consciente me lo explicaría él mismo. ¡Necesito que me dejen ir a verle! Tengo que decirle que no me puede hacer esto. Tengo que pedirle perdón. Tengo que decirle que le amo y que no puedo vivir sin él.

Nos hacen esperar porque en la unidad de cuidados intensivos solo hay dos turnos de visitas. Ni Antonio ni Berna me quieren dejar pasar, pero Gema habla con ellos y finalmente acceden de mala gana a que pueda entrar. El médico sale y nos cuenta que está en coma por hipoxia o falta de aporte de oxígeno a las células. Presenta reflejo ocular ante dolor, no tiene respuesta verbal, pero responde a los estímulos dolorosos. Le están aplicando ventilación mecánica para cubrir las vías respiratorias y un tratamiento para normalizar la presión arterial, la frecuencia cardíaca y mantenerle calmado y estable .

Nos dicen que la recuperación depende de cuánto tiempo haya estado el cerebro privado de oxígeno, y yo rezo por que le encontraran pronto. Durante la recuperación pueden aparecer anomalías psicológicas y neurológicas como la amnesia, una regresión de la personalidad, alucinaciones o pérdida de memoria. “Genial, vamos a ser ahora dos teniendo visiones”, me digo a mí misma.

Por fin el doctor nos da paso. La UCI es un sitio horrible, frío y aséptico, lleno de camas blancas con personas en estado muy grave y familiares dolientes. Los médicos y las enfermeras se mueven solícitos de un paciente a otro controlando su estado constantemente. “Por favor, salvarle la vida”, pienso. Pero me siento completamente abatida porque en el aire de esa sala se respira enfermedad, pena y sufrimiento.

Me da un vuelco el corazón cuando le veo tan indefenso, tan desvalido, tan quieto, perdido en algún limbo al que no sé llegar. ¿Cómo es que yo, que suelo hablar con los errantes, no le percibo? Solo siento silencio, vacío y abandono. ¿Dónde está su alma? ¿Dónde está el chico que me hace reír? El que me toma el pelo, el que se ríe de todo y el que me enseña los secretos de su querido valle. El chico que me comprende, me cree y me ayuda en mis tétricas aventuras. ¿Dónde la persona que tiene que acompañarme en mi vida?

Me acerco a él y le beso en los labios deseando ser yo el príncipe azul con el “poder” de despertar a mi amado. Pero no, mi “Don” no vale para esto. No vale para devolver la vida a mi amor. Le tomo la mano antes de decirle muy bajito para que Berna no me escuche:

— Pablo...Perdóname...Te hice daño. No confié en ti. Te acusé injustamente. No te creí. Perdóname, por favor.

No ocurre el milagro y continúa con los ojos cerrados. Su cara es apacible. Quizás esté soñando. Quizás esté en un sitio maravilloso donde no hay tristeza ni dolor. Quizás en sus sueños estemos juntos bañándonos en aquella maravillosa charca donde me besó por primera vez. Quizás no quiera luchar por vivir. Necesito que sepa que le necesito junto a mí. Necesito obligarle a que viva.

Dejo resbalar calladas lágrimas por mi rostro. Nada importa si no está él. No me traicionó y yo le fallé con mis absurdos miedos de no ser aceptada.

Mis complejos le han llevado a este estado. Era tan fácil dudar y no creer. Era más sencillo darse por vencido que luchar.

Nos echan de la UCI y nos dicen que nos vayamos para casa porque hasta el día siguiente no habrá otro turno para pasar a verle. Así que volvemos tristes y silenciosos en el coche de mi padre. Ya nada me importa en realidad. Mi vida vuelve a ser negra y oscura. Me enchufo a la música de Billie Eilish y dejo que las lágrimas recorran mi cara.

Me siento tan culpable que no puedo dormir, así que me asomo a la ventana y observo los jardines del mayorazgo bajo la luna; ya no está completamente llena, ahora está menguando, pero su luz hace que el paisaje se muestre ante mí completamente irreal. En ese momento me parece ver a mi tía Gema encaminarse hacia el cementerio. Sé perfectamente donde va, a la tumba de su gemelo. Desde aquella noche la he estado observando y siempre que puede se acerca un rato a la lápida del ángel triste. Al final resulta que sí le importa la muerte de su gemelo.

En ese momento me doy cuenta de que hay alguien más en nuestro jardín. ¡Yo le conozco! Aunque desde mi habitación no le puedo ver bien, juraría que es el chico pesado que al principio del verano me espiaba. ¿Cómo se ha atrevido a volver? ¡Pues ese se va a enterar! Pensaba que le había quedado muy clarito que no se puede ir cotilleando las vidas de los demás.

Salgo de mi habitación, bajo las escaleras, salgo a la calle y me encamino al jardín. Hace frío, y eso que aún estamos en agosto. Aunque en Ávila por la noche siempre bajan las temperaturas y por eso se duerme bien. Busco enfadada al fisgón. Esta vez no se va a librar de mí tan fácilmente. ¿Dónde estará? Voy al cementerio y ya no está mi tía, pero en la tumba del ángel triste hay dos rosas rojas. Era ella quien colocaba las rosas... Pero, en junio, cuando las vi por primera vez aún no había llegado. Quizás llevaban allí meses.

De pronto descubro al chico a lo lejos y me acerco corriendo para pillarle, pero me paro de golpe, porque me doy cuenta de que el chico brilla a la luz de la luna. ¡Ay! ¡No! ¡No! No es real, bueno sí, es real, pero... ¡No es un ser vivo!

¡Maldita sea! ¿Es que en este lugar no deja de morir gente que luego se me aparece? Pensaba que con los niños ya había terminado con las apariciones y estaría en paz, pero no caí en que por el mundo habría más almas errantes atormentadas, y claro, también en mi propia casa que tiene cinco siglos de historia.

Hoy no tengo fuerzas para espíritus en pena, con la mía tengo más que suficiente. No puedo enfrentarme a más cosas. No tengo fuerzas. Con Pablo a saber dónde, ya tengo suficiente. Me giro dispuesta a huir, pero me topo de bruces con el otro chico, el del cuello rajado.

Grito por la impresión y retrocedo angustiada. Le tengo tan cerca que puedo observar perfectamente la herida abierta del chaval llena de gusanos blancos que se mueven sinuosos bajo el ritmo de un baile tétrico. El chico me mira con sus grandes ojos vacíos desde su rostro podrido, hinchado y negruzco, y estira su descarnada negra mano hacia mí. Yo grito horrorizada y empiezo a andar hacia atrás alejándome de esa monstruosa visión. Abre su boca como queriendo articular alguna súplica y yo me alejo más aterrada porque la siento como un pozo negro de dolor y sufrimiento. Ciega de terror intento escapar, pero me corta el paso el otro chico.

Ahora que lo tengo tan cerca compruebo que tiene los brazos desencajados y una gran herida en el pecho a la altura del corazón. Lo que en junio pensé que era barro es sangre reseca. Me fijo en sus ojos muertos y están infectados de seres carroñeros repulsivos que se arrastran por sus orbitas en descomposición. Millones de larvas surgen de su boca cuando la abre y una profunda arcada sube hasta mi garganta. Retrocedo hacia un lado histérica

hasta que choco con la tapia del cementerio y caigo al suelo horrorizada. Un hedor a podrido, a carne fétida y a muerte satura mi nariz a medida que se acercan ambos seres para mirarme desde sus cuerpos rotos y putrefactos.

Tiemblo de terror a pesar de que sé que no me van a hacer daño. Su miedo es el mío, y no puedo controlar el pánico y el asco que me domina. No quiero mirar, pero mi mirada se escapa una y otra vez hacia esos rostros infectos y corrompidos por la muerte.

Entonces comienzan a desaparecer mientras escucho en mi cabeza:
—Ayúdanos.



XX

No sé cómo volví anoche a mi habitación, pero estaba completamente aterrada después de mi experiencia con aquellos putrefactos chicos. Tardé toda la noche en dejar de llorar, calmarme y asimilar que mi vida va a ser así. No siempre los fantasmas serán tan bonitos y luminosos como mis niños y su tío “el príncipe”. Tengo que admitir que los veré de muchos modos, quizás tal

y como han muerto o como ellos mismos se imaginan en su dolor y desesperación. Pero es que no quiero; no quiero ser así. No quiero pasarme la vida viendo monstruos torturados que no pueden avanzar al más allá porque algo horrible les tiene atrapados en este mundo. Es demasiado para mí.!

Bajo a desayunar destrozada, con los ojos hinchados de tanto llorar y unas ojeras kilométricas. Todos me miran compadecidos pensando que este estado es por Pablo, y en parte lo es, pero sobre todo porque me he dado cuenta del divertido destino que me tiene guardada la vida. No me veo con fuerzas para afrontarlo. No tengo ni idea de cómo ayudar a esos chicos.

La hora de la visita a la UCI se acerca y nos vamos con mi padre al hospital. Avanzo temerosa por los pasillos siendo por primera vez consciente de que en este sitio también hay muertos que podría ver. Comienzo a temblar de nuevo, y mi padre, que piensa que debo tener frío, me pone por encima su chaqueta.

Entramos en la sala y nuevamente siento el dolor y la tristeza del sitio. Veo a Pablo sereno, atrapado en el mundo en el que se halle. Es una ironía que no pueda percibir a la única alma que deseo encontrar. ¿Dónde estás Pablo? Me pregunto mientras me acerco a él y le doy un suave beso en los labios.

De pronto se produce mucha agitación en una de las camillas de la UCI. Los enfermeros nos echan de la sala. Veo a otros médicos entrar en la sala y entre dos auxiliares sacan a una chica que llora amargamente. Me parece que alguien no ha superado los cuidados intensivos.

Entonces le veo, un chico de unos treinta años con pelo largo. Le veo resplandeciente frente a los rayos del sol que entran al pasillo del hospital. Está desorientado y asustado. Sin duda no sabe qué le ha pasado. Observo cómo mira alrededor e intenta hablar y abrazar a la chica que llora desesperadamente. Las personas del pasillo le atraviesan sin inmutarse y él se sobresalta cada vez llevándose las manos a la cabeza asustado. Sin duda soy la única que sabe que está aquí y lo que le ocurre.

No quiero intervenir, pero siento su perplejidad y al final me da mucha pena cuando se refugia en una esquina del pasillo. Al cabo de un tiempo me decido y voy hacia él.

—Hola — se me ocurre soltarle y él me mira asombrado.

—¿Estoy... muerto? — me pregunta al rato confuso.

—Pues me temo que sí — le respondo cortada.

—¿Por eso llora tanto mi chica? — me vuelve a preguntar.

—Imagino que sí — le contesto. El chico tarda un rato en recuperarse de mis palabras. Al final me vuelve a preguntar.

—¿Soy un alma?

—Sí, lo eres.

—Recuerdo que iba en mi bicicleta. Creo que me atropellaron.

—Lo siento mucho —solo atino a decirle.

Entonces mira intensamente con tristeza a la chica que continúa llorando.

—Es mi mujer. Me gustaría tanto despedirme de ella — me dice apenado.

—Si quieres yo te puedo ayudar — le digo insegura sin saber exactamente cómo hacerlo.

—¿Podrías darle un mensaje de mi parte?

—Claro. ¿Qué quieres que le diga?

—¿Le puedes decir que he sido muy feliz junto a ella? — me pide suplicante.

—Vale. ¿Cómo te llamas?

—César. Dile también que la esperaré eternamente, que la amé desde el primer día que nos quedamos atrapados en ese ascensor.

Odio lo de eternamente, porque ya sé que nada bueno trae consigo. Pero me parece súper romántico, aunque no sé cómo se lo tomará la chica. Dudo que me crea y es posible que piense que me estoy riendo de su dolor. Me acerco a ella, me siento a su lado y la miro indecisa. No tengo ni idea de cómo se hacen estas cosas, aunque me tragué todos los episodios de “Entre fantasmas” donde la protagonista siempre hace de mediadora entre este mundo y el más allá.

—Oye, perdona. ¿Podría hablar contigo?

—Sí, claro... — me dice sorprendida limpiándose las lágrimas.

—Posiblemente no me creas... Pero tengo un mensaje de César.

—¿De César? Pero... si ha muerto...

—Sí, claro... Pero... —no tengo ni idea de cómo decirle que soy una especie de médium, así que al final me invento una historia— antes de ponerse mal me dijo algo.

—¿Te lo dijo a ti?

—Bueno, sí. Me dijo que te amó desde aquel primer día en el ascensor y que ha sido muy feliz a tu lado. Y que te esperará por toda la eternidad si hace falta.

La chica me mira con cara de sorpresa y ojos de incredulidad. Noto cómo lucha en su interior entre creerme o rechazarme. Al final asiente pensativa. Imagino que lo del ascensor es algo que solo conocían ellos dos, así que me ha creído, y finalmente me sonrío a pesar de las lágrimas que bañan su cara. Simplemente me dice:

—Gracias.

Yo me siento satisfecha por haberle dado el recado de César y pensando que quizás saber esto la ha reconfortado un poco. Me giro antes de entrar de nuevo en la UCI y les veo a los dos juntos sentados en el frío pasillo de urgencias.

El día pasa pesadamente envuelto en un bochorno agobiante a pesar de ser finales de agosto. Un cielo plomizo, denso, asfixiante cae sobre Ávila y yo lo siento también en mi corazón. Volvemos tristes a la casa y yo estoy tan cansada que en cuanto me tumbo en mi cama, sin darme cuenta, me duermo y sueño con Pablo.

Estamos en nuestro lugar preferido, en la vieja valla del castillo, admirando un espectacular cielo rojizo del ocaso que baña con su luz perezosa todo el valle. La tarde avanza y oscurece el firmamento. Una gran luna roja emerge triunfadora: mi gran amiga, nuestra aliada y testigo de todos los avatares. No hablamos. Solo nos abrazamos y de vez en cuando nos besamos. La noche es dulce y nuestros corazones vibran juntos. De nuevo estamos fusionados. De nuevo somos uno. Entonces él me mira y yo me pierdo en sus profundos ojos dorados por donde puedo sentir de nuevo su alma y hacerla mía.

El sueño cambia y ya no estamos viendo el amanecer sino en el bosque rodeados de humo. Me lloran los ojos y no le encuentro:

—¡Pablo! — grito desesperada. —¿Dónde estás? ¡Pablo!

Entonces le veo, triste y desorientado.

—Pablo, tenemos que volver. Aquí hay mucho humo. No es bueno.

—Amara..., es todo tan extraño, pensaba que estaba solo en otro sitio, uno frío y blanco. ¿Estás realmente a mi lado? — me dice extrañado.

—Pablo. Estoy contigo. Tenemos que salir de aquí.

—Ya recuerdo Amara... Pensé que te había perdido, que no me creías. A pesar de que yo te creí, tú no lo hiciste. — me dice alterándose de pronto.

—Me confundí. Lo siento. Ahora sí que confío en ti— le digo tratando de calmarle.

—Pensé que me conocías y me sentí muy defraudado.

—Lo siento, mi miedo me superó. Pablo, tenemos que alejarnos del fuego.

— Me has hecho daño Amara. Yo nunca me había sentido así por nadie y por ti... lo daría todo.

— Pablo... yo también me siento así, por eso no podía soportar pensar que me habías utilizado... Pero ahora sé que puedo contar contigo, que me escuchas y que me quieres.

— Amara, aquí es todo tan raro... Es como un sueño, pero no sé cómo despertar.

— Pablo, te necesito, debes volver a mi lado. Yo te quiero...

—¿Me quieres? ¿De verdad?

—Pablo, salgamos del humo. Tenemos que encontrar la salida. Te necesito a mi lado. Sin ti no puedo vivir.

— Amara, me había perdido, pero creo que ya sé el camino. Ya sé cómo regresar.

— ¿Regresar a mi lado? — le pregunto insegura.

— No te preocupes que pronto volveré — me dice sonriendo.

Entonces empieza a volatilizarse entre mis brazos convirtiéndose en blanco humo. Yo grito asustada y me despierto de golpe sobresaltada. Miro alrededor y descubro que estoy en mi cama en mi propia habitación del mayorazgo. La luz de la mañana entra por mi ventana, me incorporo y veo el verde valle desde mi cama. Es una suerte que el incendio no haya tocado esta parte del valle y pueda seguir disfrutando de las maravillosas vistas. Recuerdo el sueño y me pregunto cuánto era de sueño y cuánto de visión. ¿Habrá sido el propio Pablo el que me ha dicho que volverá a mí?

Ese día, cuando llegamos al hospital nos dicen que ya no está en la UCI. Ha despertado y le han llevado a planta.



XXI

Los días van pasando y Pablo va mejorando. Cada vez duerme menos y se mantiene consciente más tiempo. Nos han dicho que el pronóstico es bueno al haber estado tan poco tiempo en coma. Es muy probable que no tenga demasiadas consecuencias. De hecho, no ha perdido la memoria, y su movilidad y destrezas están intactas. Sin duda, le debe la vida al bombero que

le encontró y le aplicó oxígeno. Nos salvó la vida a los dos.

Todas las mañanas le visito en el hospital y siempre me recibe sonriendo y feliz, con algún comentario sarcástico que me hace sentirle de vuelta a mi lado. A pesar de todo, él es optimista y bromea que está aprendiendo muchísimo de forma práctica a ser un buen médico. Dice que está seguro de que ésta es su vocación; quiere ayudar a los demás tanto como le están ayudando ahora a él. Está deseando volver a la universidad y aprender mucho para ser un buen profesional. El ámbito de la neurología le ha fascinado y quiere especializarse en ello.

Pero hoy, al llegar, me lo encuentro dando vueltas a la habitación muy alterado:

—Pablo, ¿qué te ocurre? — le pregunto preocupada.

—He tenido una alucinación; no puede ser de otra manera...— me fijo que se sujeta las manos temblorosas. —Los médicos me avisaron que podía ser una de las consecuencias del coma.

—¿Qué ha pasado?

—He visto a un chico... Aquí mismo, delante de la cama. — me dice señalando el sitio exacto. — Yo estaba medio dormido y pensé que era un enfermero, pero no. Cuando se ha girado y he podido verle bien tenía, tenía... — se lleva las manos a la cabeza.

—¿Qué tenía? — pregunto asustada por su expresión.

—¡El cuello rajado de lado a lado! — me dice aterrado.

—¡Oh! ¿Y no sería una pesadilla? —le digo intentando convencerme a mí misma de que no es posible. No puede ser el mismo chico del cuello rajado que me ayudó en el incendio y que me pidió ayuda en el mayorazgo. ¿Cómo es posible que haya llegado hasta Pablo?

—Amara, era tan real — me dice. — Me preguntó por ti. Me dijo que tienes

que ayudarlo.

—¿Cómo? — casi grito al confirmar a mi pesar que se trata del mismo chico.

—Sí, me dijo que se lo debes... — me responde mirándome confuso.

— Que tienes que liberarlo.

—Yo... Sí, se lo debo...— le contesto, y veo incredulidad en sus ojos.

—¿Qué quieres decir? ¡No te comprendo! ¿Le conoces? — me grita fuera de sí agarrándome fuerte de los hombros.

—Mira Pablo — trato de calmarle, pero yo estoy también nerviosa.

— Ese chico... Vi su espíritu en el bosque y es uno de los chavales que desaparecieron. Se me ha aparecido últimamente y me pide ayuda. Encontré sus cosas enterradas antes de que comenzara el incendio. Y creo que sé dónde está o al menos dónde se encuentra su cuerpo, porque vi una de sus zapatillas en las galerías del castillo.

—¿Qué me estás diciendo? ¡Hay que llamar a la guardia civil!

—¿Y qué les digo? ¿Que hemos visto un fantasma y que nos ha pedido ayuda? ¿Que una vez me pareció ver una zapatilla cuando estaba aterrada porque me perseguía un muerto? ¡Necesitamos pruebas reales!

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡Me estoy volviendo loco! —dice dando vueltas de nuevo por la pequeña habitación.

—Tranquilo...Yo también hace mucho que estoy loca. ¿Recuerdas?

—¿He tenido una visión? — me pregunta sorprendido.

—No lo sé. Pero tengo que investigar. Tengo que volver a los pasadizos y ver qué hay detrás de las puertas que vi.

—Amara. Voy contigo. No debes ir sola.

— Pero aún no estás recuperado.

— Sí lo estoy. Mañana me dan el alta. Espérame, por favor. Iremos

por la noche juntos. — me agarra de nuevo de los hombros con tanta fuerza que me hace daño. — Júrame que no irás sin mí porque si vas y te pasa algo iré a los infiernos o donde estés a matarte con mis propias manos.

—Vale... ¡Te lo juro! — le digo soltándome de su abrazo. — No pienses que a mí me gusta que me persigan tipos con el cuello rajado lleno de gusanos. No lo puedo evitar. Yo no busqué ser así y que todo el que quiera se de paseos por mi cabeza y me muestren sus miserias. Para mí nunca ha sido fácil.

— Lo siento... — me dice. — Esto de que mi novia ligue con muertos es nuevo para mí.

—¿Novia?

—Novia médium...y algo majara — me dice con una sonrisa de oreja a oreja, y yo quiero comérmelo a besos y matarle a la vez.

—¡Pablo! ¡No me tomes el pelo que estoy muy nerviosa!

—Vale. Pero no vayas sin mí.

—De acuerdo, no iré sin ti — al final cedo para no escuchar más tonterías. — Se lo diré a Jane. Su ayuda nos será de gran utilidad. Lo que no sé es cómo abrir el candado de la puerta.

—De eso no te preocupes, mi tío tiene una cizalla que es la caña. Mañana la saco a pasear —me dice más contento guiñándome un ojo.

Esa noche duermo fatal y sufro de nuevo esa horrible pesadilla donde me arrastran por el bosque; yo intento resistirme, arañó la tierra, pero solo consigo que se me rompan las uñas y se me dañen las manos con las piedras y los arbustos del suelo. Grito, pero nadie me escucha, me atan a unas cadenas dejándome aterrada en una oscura, fría y húmeda celda, donde escucho el sonido de seres que se arrastran en las penumbras. Una daga surge de la

oscuridad; observo fascinada las piedras preciosas que adornan la empuñadura justo antes de sentirla fría, afilada e hiriente, cortando lentamente la piel y la carne de mi cuello.

Grito al despertar. Esta vez lo recuerdo todo con detalle. Sé que mi sueño ha ocurrido; le ha pasado a ese pobre muchacho cuya alma se encuentra atrapada en algún sitio en esos pasadizos. Ya no puedo más con esta situación; debo enfrentarme a ello y resolverlo como sea. Necesito pruebas para avisar a la guardia civil. Me visto rápidamente y corro a la habitación de Jane a contarle nuestro plan para esta noche. Cuando Pablo llegue del hospital a casa de sus tíos les dirá que quiere descansar en su habitación, pero en lugar de dormir saldrá por la ventana y vendrá a la cocina donde le estaremos esperando. Como allí abajo no hay cobertura, he pensado dejarle una nota a mi padre por si algo sale mal, para que me busquen en el pasadizo cuando avise a la guardia civil. Si mañana cuando despierte no he quitado la nota de su mesita seguramente encuentren mi cuerpo asesinado como prueba.

Llega la noche y estamos muy nerviosas esperando la llegada de Pablo. Nos hemos abastecido de linternas y además hemos cogido unos cuchillos de la cocina, pero ninguna de las dos tiene ni idea de cómo defenderse con ellos en caso de apuro, aunque espero con toda mi alma que no sea necesario. Llega Pablo muy excitado con su linterna y una cizalla gigante que bien nos puede servir de arma también. Le observo preocupada, se le ve tan débil que me da miedo que esta excursión le pueda causar algún problema y retrase su recuperación. Pero cualquiera le dice que no venga.

Nos dirigimos los tres a la alacena. De nuevo activo el mecanismo que abre la puerta al pasadizo y comenzamos a entrar recelosos cuando escucho un ruido que se acerca desde las profundidades de los pasadizos. Algo se acerca, algo oscuro. Lo sé. Observo a mis compañeros y compruebo que ellos también lo oyen. El ruido es cada vez más fuerte y se distinguen claramente chillidos.

Expectantes y asustados nos miramos sin atrevernos a retroceder o avanzar cuando de pronto una masa negra, pringosa, tétrica y voladora se nos viene encima. Gritamos como locos y nos lanzamos al suelo asustados. Al final descubrimos asombrados que son murciélagos: cientos de ellos nos sobrevuelan saliendo en bandada por la ventana de la cocina hacia la oscura noche.

Cuando desaparecen y la cocina queda nuevamente en calma, nos miramos alarmados por lo ocurrido. Me pregunto si será un mal presagio, y estoy a punto de abandonar indicando a Pablo y Jane que mejor nos vamos, cuando veo al chico triste en la puerta de acceso al pasadizo. Se lo debo... Así que me armo de valor y les hago a mis compis de desventuras un gesto de que entremos.

Al pasar a la galería, nuevamente un golpe de aire empuja la puerta, pero esta vez he colocado un taburete de la cocina para que no se cierre. Ya no veo el espíritu del chaval, pero siento su terror, tengo tanto miedo de lo que vamos a encontrar tras esas puertas que me tiemblan las manos. Pablo me ofrece la suya para que avancemos juntos. Enfocamos con nuestras linternas el suelo y las paredes de piedra y comenzamos a andar lentamente con cuidado de no tropezar. Sé perfectamente dónde están las malditas puertas. Las veo en mi cabeza cada vez que cierro los ojos.

Recorremos silenciosos el camino hasta que llegamos a la zona amplia donde están las celdas. Hay tres puertas de hierro cerradas a cal y canto, pero una de ellas, la de la rejilla, en lugar de cerradura tiene un candado, que tiene pinta de viejo, pero no más de veinte o treinta años, calculo. Esta es la puerta. Estoy segura porque nuevamente he sentido el violento impacto del horror y el sufrimiento que se esconde detrás. Respiro profundamente para calmar mi pánico, me armo de valor y le hago señas a Pablo para que rompa el candado con la cizalla.

Con un poco de esfuerzo y algún taco consigue romper el cerrojo y Jane empuja despacio la puerta que se abre chirriando, lo que nos pone a todos en alerta. Entramos despacio en la celda y la inspeccionamos atentamente enfocando todos los rincones con nuestras linternas. Se trata de una estancia oscura y tenebrosa, excavada en la misma piedra, en la que huele tan fuerte a algo asqueroso y putrefacto que los tres nos tapamos la nariz con lo que podemos. La humedad se filtra por el techo formando charcos en el suelo. Las paredes tienen argollas con grilletes y cadenas oxidadas y viejas. Sin duda aquí encerraron a presos. Otra pared está llena de curiosos instrumentos antiguos que me recuerdan a tenazas y rastrillos con púas y pinchos. En el centro de la sala hay una antigua y extraña mesa de madera, con una especie de rodillos a los lados que se giran con unas manivelas.

—¡Es un potro de tortura! —exclama Jane horrorizada. —con esto desencajaban los miembros de la gente.

—Mi abuela dijo que tuvimos un antepasado inquisidor —respondo, pensando que aquí mi antepasado haría sufrir a muchas personas.

—¡Fíjate! La mesa está manchada de sangre seca — nos muestra Jane.

—¿Es reciente? —pregunto alarmada.

—Pues no sabría decirte Amara. Pero esto no lleva aquí años sino como mucho semanas — contesta Pablo y yo me asusto mucho.

—¿O sea que alguien lo ha usado hace no demasiado tiempo?

—Las cuerdas están preparadas para dar servicio —observa Pablo.

—¿Qué servicio? —pregunto yo inocentemente.

—El de desmembrar a las personas cuando giras los rodillos con las manivelas.

—¡Qué horror! ¿Crees que le hicieron eso al chico? —pregunto aterrada.

—Yo solo le vi el cuello rajado. No aprecié si tenía las extremidades en su sitio — me dice muy serio Pablo.

Seguimos explorando la estancia y contemplamos estupefactos los artefactos que están colgados en la pared más cercana al potro. Ahora ya comprendo perfectamente para qué sirven: para torturar al pobre desdichado que hubiera caído en las manos de mi antepasado.

Exploramos la celda minuciosamente buscando alguna prueba que nos sirva para demostrar que aquí mataron a los chicos que vi.

—Mirad—nos llama Jane desde la esquina donde se encuentra una especie de enrejado que cubre un estrecho agujero que se hunde en las profundidades de la montaña. — Esa pared parece también manchada de sangre —dice enfocando la pared del agujero por dentro.

—¡Dios mío! —exclamo. — Es verdad que el olor es mucho más fuerte aquí.

—¿Es posible que esta reja se levante? — nos dice Pablo mientras tira con fuerza y la estructura de hierro que cubre el agujero se eleva.

—Creo que ya sé qué es esto. Lo vi en una visita que hicimos en Pedraza —nos dice Jane. — Cuando nos enseñaron las mazmorras, allí había algo parecido por donde tiraban los cuerpos o incluso a los condenados vivos que debían morir rodeados de inmundicia. Este agujero lo usaban los presos de esta sala para evacuar.

—¿Evacuar? — pregunto completamente asqueada. — ¿Hacían sus necesidades sobre los muertos o condenados del agujero?

—Eso nos dijeron.

—¡Qué asco! ¡Qué horror! ¡Qué de todo! — grito pensando que yo he estado durmiendo encima de un sitio así.

—Así es —dice Jane.

—¿Es posible que hayan lanzado los cuerpos de los chicos desaparecidos por aquí? —pregunto impresionada.

—¡Hay que llamar a la guardia civil ya! Tienen que investigar este lugar —dice Pablo muy decidido, y Jane y yo asentimos.

—¡De eso nada! — suena una voz a nuestra espalda que me para el corazón.

Cuando sobresaltados nos giramos, nos encontramos a Berna, Gema y Antonio con una escopeta en las manos.

—Mi querido sobrino —dice Berna. — ¿Cuántas veces te habré dicho este verano que te alejaras de este castillo y de ellas? Nunca me haces caso...

—No entiendo tíos, ¿qué hacéis aquí? —les pregunta Pablo aún incrédulo.

—Gema, Antonio, encadenar a la institutriz y a mi desobediente sobrino —ordena Berna.

—No, no puede ser — se resiste Pablo a aceptar la realidad. —Tía, tú no eres así. Eres una tía excéntrica y tienes tus cosas raras, pero serías incapaz de matar a una mosca. ¡Si te da miedo hasta tu sombra!

—¡Cállate! — grita mientras le abofetea —¡Te dije que te mantuvieras alejado! ¡Asume ahora las consecuencias de desobedecerme!

Antonio y Gema les encadenan a los grilletes de la pared mientras Berna, empuñando la preciosa daga enjoyada de mis sueños, me acorrala contra el potro de tortura. Intento usar el cuchillo que tengo en el bolsillo, pero de los nervios se me cae al suelo y una horrible sonrisa aparece en la cara de Berna.

—Gema, querida, ¿podrías encender las antorchas?

—Claro maestra — responde mi tía solícita dejándome atónita.

—El destino es curioso — nos dice Berna — y justo te ha traído aquí,

al lugar donde debiste estar desde el principio. Cuando fallaron los otros rituales pensé que el problema era yo. Que no era la elegida para tener el “Poder”, pero sin duda el problema era que las ofrendas no eran las adecuadas.

¡¿Qué dice esta mujer?! ¡Rituales! ¡Ofrendas! ¿De qué habla? Sea lo que sea tiene muy mala pinta, pienso mientras evalúo mentalmente si me daría tiempo a llegar a la puerta corriendo antes de que Antonio me pueda disparar.

—Sin embargo, esta vez el sacrificio será perfecto porque la ofrenda será una verdadera descendiente de “Las Siete”. Una con el “Don”. Esta vez la invocación funcionará y los espíritus tendrán que otorgarnos el gran “Poder” que les exigimos. ¡No podrán evitar acudir a la llamada de tu sangre!

¡Por Dios! ¿La llamada de mi sangre? ¡Ella es el ser maligno que invocaba a mis niños! Ella es el mal que ellos tanto temían. ¡La frágil y triste señora Berna! Me parece increíble, que esa asustadiza y mansa mujer resulte ser una bruja oscura que busca no sé qué “poder”. Es verdad que a la luz de las antorchas sus rasgos se muestran grotescos, deformes y llenos de maldad. Pero ¿qué pasa con mi tía Gema?

—Gema, ¿tú qué haces con ella? ¡Eres mi tía preferida! No puedes seguirle este loco juego — le imploro a mi tía, pero ella me mira con frialdad y no contesta.

—¿Gema? Ella fue quien empezó todo esto. Ella y su gemelo encontraron el tesoro, con piezas espectaculares como esta daga. Pero lo más valioso que contenía era un libro de conjuros que unía las fuerzas de las dos religiones bajo un único símbolo.

Y me enseña la cruz que ya he visto muchas veces en mis sueños cruzada por una “U” o más bien una luna musulmana.

—Herejía...— continúa Berna — Tus antepasados fueron condenados

de herejía al fundir las dos religiones. Rezaban a una nueva religión y por ello fueron condenados. Además, desafiaron a la propia Iglesia y a su Dios ya que se quitaron la vida sin su consentimiento. Quedaron malditos para siempre.

—¡No, para siempre no! — le grito fuera de mí — Nosotros les liberamos de su pena. ¡Ya no podrás invocarles! ¡No podrás obtener ningún poder!

—¡Calla bruja! — me dice poniendo la daga en mi cuello.

—¡Gema! Átala a la mesa.

No entiendo el comportamiento de mi tía, ella, que es independiente y no se casa con nadie, se comporta como una sumisa, obedeciendo las órdenes de la loca ésta.

—Gema, por favor, no lo hagas. No me ates. Soy tu sobrina. ¿No te das cuenta? —le suplico nuevamente a ver si logro que reaccione.

Pero Gema ni me mira. Yo me resisto y peleo, pero Berna me pone la daga en el cuello; me quedo quieta al acordarme del chico. Gema me ata las manos y las piernas a las cuerdas del potro. Escucho los gritos de Pablo y Jane impotentes en sus grilletes. Antonio acerca un viejo libro a la mesa, y Berna, con los brazos abiertos sobre mi cuerpo, comienza a clamar una especie de conjuro que lee en el libro. No entiendo de lenguas, pero podría ser latín, o árabe o incluso las dos, porque a veces suena de un modo y otras veces distinto.

Levanta lentamente el cuchillo sobre mi vientre y lo sujeta con ambas manos. Estoy aterrada, inmovilizada de pies y manos, esperando el golpe fatal en mi abdomen. Las lágrimas escapan de mis ojos mientras pienso en mi madre; quizás pronto la conozca o quizás me esté esperando, porque lo que sé con certeza es que hay otra vida después de esta y nos reunimos con las personas que queremos. La vida es un viaje y la muerte es solo un paso de una

realidad a otra. Un umbral. Solo es una puerta...Solo una puerta.... Me digo mentalmente para controlar el pánico y terror que tengo ahora mismo. Solo siento los años que estaré separada de Pablo.

Entonces escuchamos una voz procedente de la puerta:

—¡Detente Berna o disparo!

¡Es la voz de mi padre! La está apuntando con una pistola. Ha debido leer mi nota antes del amanecer. O quizás ya ha amanecido. Ha pasado tanto tiempo que no sé si es de día o de noche. Antonio apunta a mi padre, pero éste no cede. Si Berna se mueve la matará.

Entonces Gema parece que por fin reacciona y se acerca a mi padre contenta diciendo:

—Menos mal que has llegado hermano, Berna y Antonio nos tenían acorralados y querían hacer daño a Amara.

Y justo cuando está a su lado sonriente y con actitud inocente, hace un movimiento rápido y le apuñala en el costado. Yo grito espantada viendo cómo mi padre cae al suelo y Gema ríe como una demente. Una risa que yo conozco: la risa del bosque cuando se incendió todo.



XXII

Mi tía se gira hacia Berna y le dice:

—Buena actuación Berna. Casi me habías convencido de que eras tú la que mandabas —dice mientras nos amenaza a todos con el cuchillo. —Pero ya me estaba hartando de esconderme y fingir que no soy yo la única que piensa aquí.

No puedo creer lo que ven mis ojos. Mi tía, la persona que me ha acompañado toda mi vida, que ha estado en la tragedia al lado de mi familia, acaba de apuñalar a sangre fría a mi padre.

—No os preocupéis Berna y Antonio, que agradeceré vuestra fidelidad como siempre, queridos míos. Pero me temo que tendré que castigar la curiosidad de vuestro sobrino. Como la de sus padres. — dice con sonrisa deforme en la cara. —Berna, siempre lo supiste... Se acercaron demasiado a mi tesoro. Lo sabías, ¿no? Eran unos cotillas. Lo recuerdo como si fuera ayer. Jugaban con el niño explorando el bosque y descubrieron la salida del pasadizo. ¡Eran demasiado curiosos! — Gema mira a Berna con mirada retorcida —¡No me digas que te sorprendes!

Y comienza a reír nuevamente con una risa de demente que se me clava en el alma.

—¿No te acuerdas? Ese día te empeñaste en quedarte con el niño. Yo le hubiera matado también. ¡Fue tan fácil! —Y vuelve a reír como si de una gran broma se tratara. — Una pobre chica desamparada en la carretera. ¡Qué gran error recogerme en su coche!

Desde mi posición no veo la expresión de Berna, pero sí como se frota nerviosa las manos. Posiblemente siempre sospechara que algo raro ocurrió esa noche, pero no creo que tuviera la certeza de que mi tía matase a los padres de Pablo. Trato de girar la cabeza para buscar a Pablo en el fondo oscuro de la celda. Le intuyo, sé que está sufriendo, que descubrir lo que en realidad les pasó a sus padres le está destrozando. Quisiera estar a su lado y darle la mano... Pero este maldito potro me tiene completamente inmovilizada.

Entonces mi tía continúa con su paranoia. Tiene para todos:

— Y el resto de mi familia... ¡Ya no me son útiles! — grita girando

sobre sí misma y abriendo las manos. — Nunca lo fueron. Debí deshacerme de vosotros hace tiempo porque sois una panda de ineptos. Sobre todo, tú hermano, que casi pierdes mi tesoro. — Le apunta con la daga acusadoramente. — Tendrás que pagar por ello, como todos esos curiosos que se acercaron demasiado y pusieron en peligro lo que es mío. Como todos los que me lo quieren arrebatar... Como mi hermano gemelo...

—No, Gema—dice mi padre mal herido desde el suelo donde aprieta la herida con las manos para intentar contener la sangre. — Tú no mataste a Luis. Fue un accidente...

—Eso pensáis todos. ¡Pero no! — se vuelve a reír con esa risa que me da escalofríos. — De niños encontramos el cofre en estos pasadizos cerca de las calaveras. Era algo maravilloso... — nos dice susurrando. — Lleno de piedras preciosas, joyas impresionantes y libros antiguos. Yo quería que lo guardásemos para nosotros; nuestro secreto. Pero Luis se empeñaba en compartirlo con la familia. Quería contárselo todo a mamá — nos dice haciendo pucheritos. — Yo no podía permitirlo: ¡era solo mío!

—¡No! ¡No es verdad! — grita mi padre conmovido por la confesión.

—¡Claro que sí! — grita mi tía con cara de loca. — Le golpeé con la piedra en la cabeza cuando marchaba a contárselo a nuestra madre. Él no me hizo caso. Me estaba traicionando...— Comienza a llorar desconsoladamente como una niña.

—Y por eso te acompaña siempre...— le digo ahora que veo el niño a su lado perfectamente.

—Eso decía la loca de tu madre — deja de llorar de golpe, se gira y se acerca a mí. — Decía que mi hermano continuaba a mi lado torturando mi retorcida alma. Tu madre estaba completamente loca. Por eso solo podía estar internada. Aunque mi amoroso hermano trataba de protegerla, fue sencillo

convencer a todo el mundo de que era peligrosa y debía estar en un loquero.

—Yo en realidad nunca me he creído esas tonterías del “Don”, el “Poder”, ni el resultado de los rituales de Berna. Ay, la pobre Berna, dice que es bruja, pero no es más que una charlatana mentirosa — dice acusadora señalando ahora a Berna, que vuelve a ser la mujer asustadiza que yo conozco. — Solo sabe echar cartas e inventarse grandes mentiras, y tener miedo a los gatos negros y a los búhos en la noche. Pero luego nada de nada.

—Hemos realizado sacrificios de sangre muchas veces y nunca hemos logrado eso que tanto busca, ningún resultado salvo el que yo quería: matar a los curiosos y alejarlos lo mío. El tesoro me ha ayudado a ser una persona con éxito, a conseguir todo lo que quiero. Creí que tener familia estaba bien, me daba “caché”, pero sois solo una molestia. Y tú, Amara, tenías que ser una entrometida y fisgar por mi castillo, por mis secretos. Ahora te toca compensarme por ello.

Vuelve a reír mientras hace girar el mecanismo que estira las cuerdas donde están atadas mis manos creando una tensión en mis extremidades insufrible. Yo aúllo de dolor, los demás gritan diciendo que pare y Pablo la insulta lleno de rabia e impotencia.

—Esta parte es la que más me gusta. Cuando crujen las articulaciones, y los tendones se desgarran y los músculos se rajan.

Lloro de dolor y de terror. No me puedo creer que esta mujer tan horrible sea mi tía Gema. ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo es posible que lleve años matando gente y luego siendo encantadora con todos? ¿Cómo podíamos estar tan engañados? ¿Cómo puede hacerme daño solo para disfrutar? Siempre he tenido miedo a los muertos, pero en realidad son los vivos a los que debía temer: a los vivos que estaban más próximos a mí.

—¡Gema, no le hagas daño! ¡Házmelo a mí! — grita Jane desde la

pared donde se encuentra atada forzando las cadenas. —¡Tortúrame a mí!

—¡Ay! La triste Jane... — se gira caminando hacia ella y olvidándose de mí por un momento — Siempre escondida, ocultando su identidad real. Esto es muy divertido. ¿Sabes querido hermanito quién es Jane? ¿Es posible que nunca lo hayas sospechado? Jane es tu cuñada. La hermana de tu adorada y bruja esposa. ¿Sabías acaso querido y moribundo hermano que tu esposa era una gran bruja? ¿A qué tampoco lo sabías? El amor lo ciega todo. ¡Por eso yo no amo a nadie!

—¡Tortúrame a mí! —Llora Jane temblando delante de una demente y sonriente Gema.

—¡Tú no me diviertes para nada! — le dice. — Te he observado y eres un ser mediocre y despreciable. Que no sabe más que sufrir y lamentarse entre las sombras. ¡Luego acabaré contigo como con el resto de esta lamentable familia que me ha tocado! — grita llena de odio.

Vuelve a la mesa y levanta con las dos manos la fabulosa daga por encima de mi vientre. Yo estoy fuera de mí. El dolor de mis extremidades es insoportable y estoy mareada. Seguramente se me ha salido un hombro y casi deseo que ese cuchillo afilado termine de una vez mi tortura.

Pero entonces mi abuela entra en la sala, la cruza como un rayo y empuja a Gema haciéndola perder el equilibrio y tirar la daga lejos de mi cuerpo.

—¡Sabía que no eras una niña normal! ¡Sabía que no había sido un accidente!

Empiezan las dos a forcejear por recuperar la daga, tirándose del pelo y arañándose la cara, recorriendo la celda chocando con el potro, con las paredes y cayendo al suelo donde ruedan. Las dos intentan hacerse con el fabuloso puñal. Gema lo toma, pero mi abuela le muerde el brazo y lo vuelve a

perder. Mi abuela lo coge y esta vez Gema le retuerce la mano. Luchan madre e hija a muerte para controlar el puñal.

En ese momento noto que me sueltan las cuerdas y me giro para ver el rostro de Pablo. Berna y Antonio han liberado de los grilletes a Pablo y a Jane mientras mi abuela y Gema se debaten entre gritos y jadeos nuevamente por el suelo. Pablo comienza a palpar mis hombros para comprobar que, a pesar de todo, tengo cada cosa en su sitio. Jane ayuda a mi padre a levantarse y a acercarse con la pistola en la mano a las dos mujeres que continúan luchando.

—¡Se acabó Gema! — finalmente le dice mi padre colocando la pistola en su frente.

— ¡No, no se acabó! — grita, clavando el cuchillo una y otra vez a mi abuela.

Mi padre entonces dispara reventando la cabeza a su propia hermana, y veo a cámara lenta cómo la sangre y el cerebro se esparce por el suelo. Nos quedamos todos helados sin procesar lo que acaba de ocurrir. Estamos impactados y extenuados por tanto terror. Nadie reacciona hasta que escuchamos a mi abuela gemir. Entonces Berna y Pablo se agachan a atenderla.

Yo me quedo parada observando justo detrás de ellos a una niña y un niño agarrarse la mano y marchar brillando etéreos a través de la pared. Creo que por fin los gemelos descansarán en paz.

De pronto noto que un viento frío nos envuelve y una bruma extraña inunda la estancia. Ante mis ojos, una tras otra, las almas de los chicos atrapados van apareciendo. La sensación de tremendo horror que me angustiaba tanto se transforma en otra de gratitud y paz. Se tocan el corazón y desaparecen. La tranquilidad de haber cumplido mi cometido se apodera de mí.

En ese momento entra mi hermano a la sala y suelta:

— ¿Qué coño hacéis todos aquí? ¿Una fiesta sin mí?

La Guardia Civil encontró restos recientes de al menos diez personas en el agujero de la celda, entre ellos la del chico que vi en el bosque y la del otro chaval que yo pensaba que nos espiaba.

Con ayuda de Manu realizamos nuevamente una extremaunción para liberar a todas las posibles almas que por algún motivo aún quedaran atadas al mayorazgo. No quiero encontrarme con más antepasados míos o gente atrapada o condenada en mi propia casa. Pero esta vez Pablo obligó a Manu a jurar por la virgen, todos los santos, el propio Dios y Cristo a su derecha en los Cielos que mantendría la boca cerrada.

Berna y Antonio confesaron que habían ayudado a mi tía en sus asesinatos, en parte por miedo, pero también seducidos por la promesa del gran “Poder” que les permitiría conseguir todo lo que quisieran. Mi tía usó su superstición para controlarlos y conseguir lo que quería: torturar y asesinar a jóvenes. Venía al castillo, aunque estuviese cerrado y seducía a muchachos a los que mataba realizando los macabros rituales de los que nunca logró ningún efecto real, solo disfrutar con el horror que causaba. Otras víctimas eran “cazadas” por Antonio en el bosque y entregadas a mi tía como prenda de obediencia.

Berna y Antonio eran seres oscuros y mezquinos, pero en el fondo de sus negros corazones querían a su modo a Pablo, y cuando la vida de su sobrino se vio amenazada, algo en su fría alma cambió y se dieron cuenta de la locura de mi tía y del engaño de la promesa.

Según nos contó la Guardia Civil mi tía encajaba perfectamente en el perfil de psicópata: una persona muy inteligente que carece de empatía, que no

siente emociones y no tiene remordimientos. Pero hábiles actores, encantadores mentirosos, que pasan desapercibidos en su entorno manipulando a las personas para conseguir sus propósitos. Sigilosos y suspicaces en sus movimientos, comportándose perfectamente dentro de las normas sociales sin llamar la atención, proyectando una personalidad encantadora y simpática en caso necesario. Exactamente como era mi tía.

Mi padre se curó de sus heridas, pero mi abuela nunca se recuperó de la gran herida en el alma que le causó haber sido capaz de amar a una persona tan malvada que asesinó a su propio gemelo. La pobre murió poco tiempo después, triste y apenada en su casa de Ávila. En ese momento estábamos con ella y vi cómo el alma de mi abuelo la estaba esperando para acompañarla en su camino.

Jane se quedó con nosotros en la casa de Ávila ejerciendo de tía-institutriz, además de ir ganándose la amistad y el cariño de mi padre. Está claro que a mi progenitor le atraen las mujeres con mucho “Don”.

Mi relación con mi hermano mejoró algo, pero continuó sin soportarle demasiado rato seguido. Mi padre y yo tratamos de recuperar la confianza y los años perdidos, aunque los dos sabemos que aún nos queda mucho camino para lograrlo. Pero vamos dando los primeros pasos.

Gracias al tesoro encontrado por Gema, mi padre pudo realizar el sueño de que el legado de nuestra familia volviera a su esplendor restaurando el mayorazgo. Lo vamos a convertir en un museo donde se contará la historia de la familia, desde aquel Marqués de Águilas Negras que logró el favor del rey hasta la psicópata de mi tía. Una historia que maravillará a los visitantes con fantasmas incluidos. El éxito de la inversión está garantizado porque toda la gente del valle está deseando descubrir los terribles secretos que se ocultan en el castillo de la triste marquesa.

En el tesoro había varios libros, entre ellos el diario de la Dama que

vi en el río, y efectivamente, como dijo mi tía, había sido una hereje: hija de moriscos, musulmanes convertidos al cristianismo; la tumba árabe que encontré era de sus padres. Conservó sus creencias, pero las fusionó con la religión cristiana, dando lugar a un nuevo credo que unía lo mejor de ambas religiones. Ella rezaba a su propio Dios, el verdadero para ellos.

Atesoró los antiguos libros de su familia, incluido uno de remedios escrito en árabe, que fue el que Berna y mi tía confundieron con un libro de conjuros. La Dama sabía cómo curar a las gentes y por todo ello, fue acusada de hereje y bruja por los enemigos del marqués, cuando su marido, el caballero que yo vi, murió en la conquista de Granada. Su cuñado, “mi príncipe”, no supo protegerla de la ira de la Iglesia y la confinó con los niños en la torre por las presiones del clero. Aunque, en un intento desesperado de salvarla de su cruel destino, la dejó escapar, ocasión que ella aprovechó para quitarse la vida junto con la de sus hijos lanzándose a la fría poza donde la vi aquel día. Sin duda prefirió esa muerte a ser torturados y seguramente quemados en la hoguera. “Mi príncipe”, destrozado por la culpabilidad se quitó la vida para poder estar junto a los que amaba, condenado por toda la Eternidad.

Uno de los sobrinos, que heredó el mayorazgo, en un intento de limpiar el nombre de la familia y eliminar las sospechas de herejía, se convirtió en el gran Inquisidor de Ávila, logrando la hazaña de atrapar, torturar y quemar a “Las Siete brujas” del valle del Tiétar.



EPÍLOGO

Es junio, ha pasado todo un año desde aquel día que me asomaba abrumada por malos presagios a la ventana de este mismo coche para ver entre negros nubarrones el castillo en lo alto del barranco. Ahora lo hago con el corazón lleno de ilusión y felicidad porque él está esperándome.

Empecé mi carrera de filología en Ávila y Pablo continuó la suya de

medicina en Madrid. Nos hemos visto menos de lo que queríamos, pero hemos soñado tantas veces que estamos juntos viendo el atardecer en nuestro rincón secreto, que he llegado a pensar que quizás, tras el coma, mantenemos esa conexión que nos une en otra realidad entre este mundo y el más allá.

Pero hoy por fin podré sentir de verdad el calor de su cuerpo, el sonido de su risa, la ironía de sus palabras y el olor de su piel. Hoy por fin me reuniré con él y no me separaré de su lado en todo el verano. El coche cruza el portón del mayorazgo y mi corazón comienza a galopar enamorado en mi pecho. La luz me ciega, cierro los ojos intentando vislumbrar, ver a través del brillo caprichoso de las hojas de los árboles que rodean la casa. Entonces le descubro en la puerta del castillo, con el pelo brillante a la luz del sol y una sonrisa dibujada en sus ojos: tan tierno, tan maravilloso, tan mío.

FIN

NOTA AUTORA

Gracias por haber llegado al final del libro y haberme leído. Valoro muchísimo que hayas empleado tu tiempo en descubrir la historia de Amara.

Tenía muchas ganas de escribir una historia de terror gótico al estilo de los clásicos, pero no me he podido resistir a mezclarla con otros géneros que me encantan como el romanticismo y el thriller. Espero que me perdonen, pero es lo que tiene ser Indi: que escribimos lo que nos apetece ❖❖

Si te ha gustado, por favor, comenta tu impresión en Amazon o GoodReads, de ese modo, me estarás apoyando en esta aventura de ser escritora independiente.

Por último, si te gustó “El secreto de Amara”, solo quiero animarte a que descubras mis otros libros y que me sigas por las redes; me encanta saber de vosotros de primera mano.